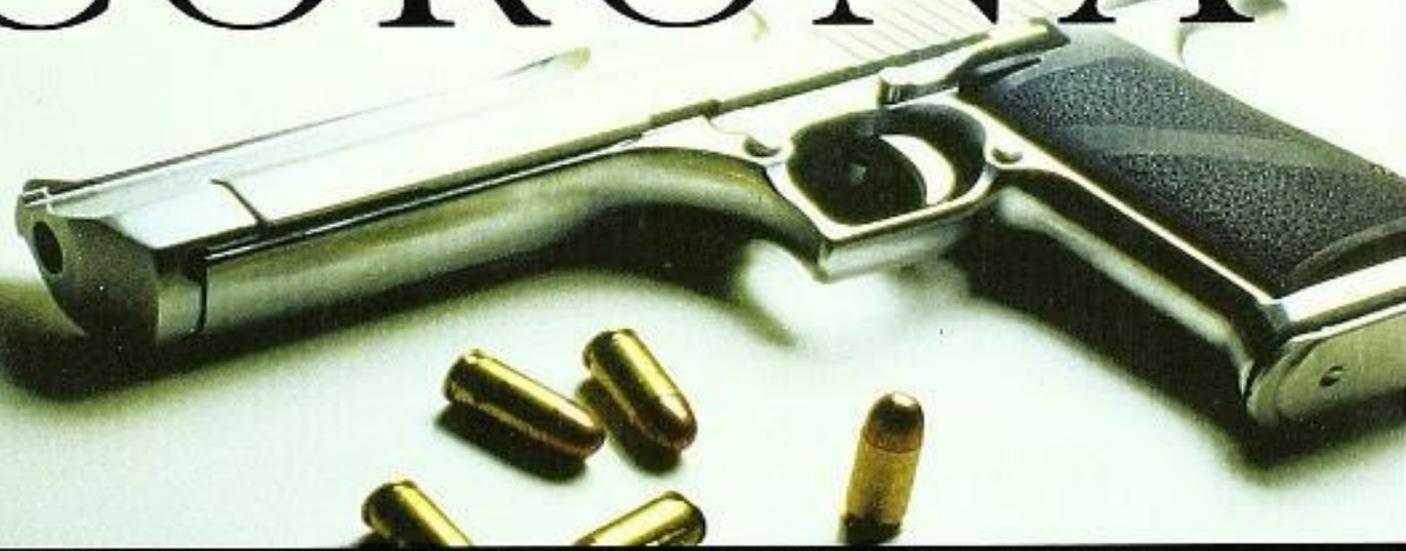


Por el autor de *El druida del César*



La
CUARTA
CORONA



CLAUDE CUENI



se

Lectulandia

El feliz matrimonio de Marcel Jakobi y Clairette, una joven rica e inteligente, se desmorona con la muerte de su hijo de cuatro años, víctima de una grave enfermedad. Jakobi comienza a frecuentar los bares y a descuidar su trabajo, en el que entró gracias a su suegro. Por su culpa, un empresario realiza una mala inversión y pierde una gran suma de dinero. Al cabo del tiempo, Jakobi comienza a recibir llamadas y notas amenazantes en las que le reclaman una cantidad que coincide con las pérdidas de la inversión.

La vida de Jakobi se trastorna completamente, pero ¿hasta qué punto llegará para defenderse?

Lectulandia

Claude Cueni

La cuarta corona

ePub r1.0

Rob_Cole 22.11.2017

Título original: *Der vierte Kranz*
Claude Cueni, 1989
Traducción: Irene Saslavsky
Retoque de cubierta: Rob_Cole

Editor digital: Rob_Cole
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Annemarie y Martin

Capítulo 1

ERA como si una aguja candente acabara de perforarle el cuerpo. Marcel Jakobi se tambaleó con la vista clavada en el ángel vengador. Quiso hablar, pero fue incapaz de articular palabra y se dio cuenta de que se tambaleaba. Levantó las manos para protegerse la cara. La segunda bala lo derribó al suelo y se golpeó la cabeza contra el frío empedrado. Una llamarada de calor le invadió y se sintió arder. Ignoraba si el segundo balazo estaba destinado a él. Marcel Jakobi tuvo un único pensamiento: la florista. Nunca la había besado, nunca le había dicho cuánto la amaba y eso le dio rabia. Quiso ponerse de pie y alzar el vuelo, pero su cuerpo permaneció tendido como un pedazo de plomo y, mientras agonizaba, volvió a ver a la florista por última vez. Y la besó en los labios.

Aun así, en aquel entonces todo había empezado de un modo tan bonito... aquella fría noche de noviembre en la roñosa cantina del paso subterráneo de la estación de ferrocarril. Marcel Jakobi acababa de cumplir veinticinco años. Como siempre, a medianoche se sentaba en el taburete rojo a tomar una cerveza, con su mono azul manchado de aceite de máquina. Había pasado las últimas noches trabajando en la cadena de montaje del servicio de paquetería. Aquel día tenía turno en la estación de ferrocarril. Faltaban sólo diez minutos para la llegada del cercanías de Pratteln. Traía los malditos paquetes de la tienda de modas Mesmer que le ampollaban las manos. Jakobi aborrecía la cantina, el tufo del aceite rancio de las patatas fritas. Detestaba las salchichas reventadas en la parrilla. Maldecía el viento que se colaba en el paso subterráneo procedente de las vías, apestando a hollín, vino barato y orina, como si incluso las pesadas locomotoras empinaran el codo en los andenes para soportar el frío helado.

Esa noche Jakobi pidió otra cerveza. Estaba harto de los viejos parroquianos de la cantina que, entre las diez de la noche y las tres de la mañana, se protegían el pecho con papel de periódico y contaban anécdotas sobre billetes de lotería de seis aciertos caducados e inventos geniales que les habían robado en la sala de desintoxicación. Todos habían empezado como Jakobi, como empaquetadores, y aunque la administración de la estación los había mandado al diablo hacía tiempo allí seguían, como si tuvieran que esperar a que llegara el último tren de carga de Pratteln.

Jakobi sabía que si algo no provocaba un cambio en su vida acabaría como aquellos tipos que se protegían el pecho con papel de periódico. No quería convertirse en uno de ellos. Los temía. A veces evitaba cualquier contacto visual con ellos, como si una sola mirada suya pudiera hechizarlo y atraparlo en el paso subterráneo para siempre. Quería ponerse de pie y cambiar de vida, quería hacerlo todo bien. Terminó por pedir otro botellín de cerveza, aunque en realidad hubiese

tenido que ponerse a trabajar. El tren de carga de Pratteln acababa de llegar al andén número ocho. Sin embargo, Jakobi se quedó sentado contemplando a la joven de la capa negra que entró en la cantina. Con un chal se cubría el rostro, invisible como el de las figuras mudas que la espiaban acurrucadas detrás de sus copas. Llevaba la melena, larga y negra, sujeta en una trenza. Tomó asiento en un taburete desvencijado y se limitó a inclinar la cabeza una única vez. El chal negro resbaló por encima de su nariz y Marcel Jakobi le vio la cara. No vio sus labios que vibraban sensualmente al beber de la copa de vino blanco, ni sus pómulos marcados que le conferían un aspecto duro y erótico, sino sólo sus ojos. Cuando Jakobi se levantó y se acercó a su mesa, se dio cuenta de que lo miraba con tanta intención como si lo hiciera por una cerradura, y eso lo alarmó.

En realidad, esa noche fue su perdición: el destino de Marcel Jakobi estaba sellado. Él sabía perfectamente en qué se estaba metiendo pero la deseaba, y ella a él, y a partir de ese instante su suerte estuvo echada. La vida de Jakobi había cambiado de repente.

Se llamaba Clairette Leutwyler, vivía en una pequeña buhardilla del centro de la ciudad y estudiaba economía en la universidad. Además trabajaba en el despacho de su padre. No le gustaba hablar de él (la madre no contaba). Su padre era el célebre Leutwyler, titular de la asesoría financiera Leutwyler, S. A., de renombre internacional. Pero cuanto más callaba acerca de su padre, tanto mayor era el deseo de Marcel Jakobi de averiguar más cosas acerca de aquel hombre y de conocerlo. Leutwyler era la personificación del dinero, del poder y de la influencia. A su mundo pertenecían el Mouton Rothschild, el olor de los caballos árabes y el aroma del césped recién cortado de los campos de golf. En cambio Marcel Jakobi sufría porque él no era la personificación de nada. Por eso quería acercarse a Leutwyler, aspirar una bocanada del aire que lo rodeaba, medirse con él, demostrarle que no era un Don Nadie. Fantaseaba con la idea de que el influyente financiero Leutwyler le hiciera una oferta lucrativa. Jakobi la rechazaría, bebiendo una copa de Chivas Regal en la octava planta del palacio Leutwyler o en el club Cheminée, en un reservado, y entonces el patriarca del mundo de las finanzas comprendería que se acostaba con su hija. Jakobi se pondría una camiseta para que Leutwyler viera los numerosos chupetones que tenía en el cuello...

Pero Clairette no tenía la menor intención de concertar un encuentro. Tal vez quería evitar cualquier conflicto. Sabía que su padre rechazaría a un empleado del ferrocarril que confundía Cambridge con el camembert y se sorprendió mucho cuando, poco después, su padre le propuso que se encontraran durante el fin de semana en alguna parte de la tierra de nadie del Jura. Le había hecho un plano del lugar. Clairette sacó su coche deportivo rojo del garaje y subió al puerto Des Rangiers con Jakobi. En la radio del coche sonaban *Once on a Sunday morning* y *Call me number one*. El viento agitaba el chal de Clairette, que llevaba gafas de sol; los labios de color burdeos se fruncían en un beso. Atravesó el puerto de montaña a toda

velocidad, era como si ningún poder del mundo pudiera detenerla. Al volante de su descapotable rojo se parecía mucho a su padre.

Una vez cruzado el puerto buscaron un lugar bonito para amarse al aire libre, pero había muchos lugares bonitos y ya se había hecho de noche cuando ambos llegaron a La Rochette, el restaurante excavado en la roca, junto a la carretera cantonal de Buix a Boncourt, próximo a la linde del bosque. Detrás se abría una profunda quebrada, por la que, muy de vez en cuando, pasaba el tren de Porrentruy a Delley con parada en todas las estaciones, que hacía vibrar las copas de cristal de las elegantes mesas del restaurante La Rochette.

Al atardecer, a su llegada, todos estaban pendientes de ellos. El padre de Clairette les había reservado una habitación con dos camas, que ellos no tardaron en juntar. En la mesa había una cubitera de la que sobresalía el cuello de una botella de champán Pol Roger, Cuvée Churchill. El botones apareció con dos paquetes. Todo estaba minuciosamente escenificado, como si fuera una operación financiera. Clairette sacó un vestido de noche del primer paquete, del segundo un esmoquin con forro de seda. Jakobi se lo probó.

Los primeros coches estadounidenses y deportivos de lujo empezaron a aparcar delante del establecimiento y Clairette conocía, y aborrecía, a los que se apearon. Eran la querida parentela, esa que sólo hablaba de dinero, beneficios y porcentajes. Clairette se sintió engañada, porque había creído que sólo se encontraría con su padre. Furiosa, rellenó el vestido de noche y el esmoquin con almohadas, los tendió en la cama y metió el Pol Roger y las copas de champán en el bolso. Ambos treparon a la ventana del baño, se dejaron caer al patio y se internaron en el bosque.

Marcel trató de hacerla cambiar de parecer, pero Clairette se limitó a sonreír. Resultaba imposible convencerla, tan imposible como cambiar sus orígenes. Jakobi corrió tras ella, pero Clairette era más rápida y de repente desapareció. Oyó su risa entre los matorrales y se aproximó al sonido, jadeando. Estaba sentada en el tronco de un árbol caído y descorchaba el champán. Se sentó a su lado. Clairette era imprevisible, lo sabía, le encantaba serlo y se notaba. Lo besó en la boca, tan apasionadamente que él se cayó del tronco. Después se arrodilló delante de él y le desabrochó el cinturón que le sujetaba el pantalón de tela barata.

—Quiero un hijo tuyo.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

Y Marcel Jakobi introdujo toda su vida en el cuerpo de Clairette; ella lo acogió y ya no lo soltó.

—No tienes elección, Marcel, si me abandonas...

—... me matarás —dijo Marcel, sonriendo.

—No —contestó ella en un tono inquietantemente decidido—. No, será mucho peor. Te amaré para siempre y mi amor jamás se acabará.

Oyeron risas y voces que provenían del cercano restaurante. Los huéspedes

parecían divertirse. Por lo visto, nadie los echaba de menos; a fin de cuentas, la mayoría había acudido para emborracharse.

Cuando las últimas luces de las habitaciones se apagaron, Clairette y Marcel volvieron al aparcamiento, y regresaron a Basilea en el descapotable rojo. Marcel estaba inquieto, le remordía la conciencia. Procuró convencerla, pero ella no le hizo caso. Decidía acerca de su vida, desde luego, y a partir de entonces también decidió sobre la de Marcel Jakobi.

—¿Y si te echa de la empresa?

La idea de que un día tuviera que comparecer ante su padre lo avergonzaba y le lanzó una mirada temerosa a Clairette, pero no demostró el menor arrepentimiento.

—¿Qué harás si te echa de la empresa? —insistió Jakobi. Clairette se limitó a sonreír, divertida.

—No puede. Me necesita. Soy su mano derecha. En cuanto obtenga el doctorado, él se jubilará. Eso será dentro de cuatro años. Entonces tú serás mi mano derecha.

—¿Yo? —preguntó Jakobi asombrado—. ¿Para qué queremos su empresa? La idea de trabajar en un despacho no me entusiasma demasiado.

—Ya le encontrarás el gusto. Es como con el Pol Roger.

—Yo sólo tengo un diploma comercial que no vale nada.

—Bastará —sonrió Clairette—. Te integraré en el equipo de trabajo. Ten paciencia, en cuatro años todo te parecerá muy distinto.

—¿En cuatro años? —murmuró Jakobi. Parecía apesadumbrado. Le hubiera gustado echar un vistazo al futuro, pero tal vez no se hubiese encontrado a sí mismo, a lo mejor en ese futuro él ya no existiría. No quería verlo, porque en el fondo Jakobi siempre había temido el futuro.

—Dentro de cuatro años estarás sentado detrás del gran escritorio de caoba de mi padre y le darás órdenes a nuestro doctor Schultheiss —bromeó Clairette, apretando el botón que cerraba la capota. La noche se había vuelto más fría.

—¿Y tú dónde estarás? —preguntó Jakobi, y aguardó tensamente a que le contestara. La creía capaz de todo, tanto de imaginarse un futuro como de alcanzar las metas fijadas.

—¿Yo? —sonrió Clairette—, yo estaré a tu lado.

Capítulo 2

AÑOS después, Marcel Jakobi estaba sentado detrás de un gran escritorio de caoba; el padre de Clairette colgaba de la pared: un retrato al óleo pintado poco antes de su muerte. El doctor Schultheiss estaba sentado frente a Jakobi; era un señor afable de setenta años y cabellera rala, con una pajarita blanca como la nieve. Tenía un divertido repertorio de gestos y modales distinguidos. Su anticuado dialecto de Basilea resultaba un tanto cómico, una jerga que sólo se utilizaba en las parodias carnavalescas. El doctor Schultheiss sabía muy bien que los tiempos habían cambiado y que el pasado no regresaría, pero en Leutwyler, S. A., el reloj se había detenido. Desde luego tenían ordenadores, impresoras láser y faxes, pero la decoración era la misma: muebles bellamente tallados de oscuro roble, imágenes grabadas en cobre de instalaciones industriales del siglo XVIII... y la bonita pajarita del doctor Schultheiss. Quizá sólo seguía trabajando por amor a Clairette. Le tenía un gran aprecio. Poseía todo aquello que tanto había apreciado en su padre. La quería como a una hija, tal vez incluso un poco más.

Pero aquel día, en aquel tibio día otoñal, Clairette no estaba junto a Marcel Jakobi. Llevaba cuatro años sin estar a su lado. Clairette estaba en casa, con su título de doctora, cambiando pañales, sondas y cánulas y evitando pensar en el futuro. El pequeño Lucien era un niño distinto. Tenía tres años, y jamás celebraría su quinto cumpleaños. Lo alimentaban por sonda desde su nacimiento. Clairette procuraba dárselo todo y le dedicaba su vida entera. Lucien había aprendido a hablar y a los tres años incluso se sabía el alfabeto. Clairette invitaba a los niños del vecindario que tanto le gustaban a Lucien, los entretenía, jugaba con ellos para que se quedaran un ratito más con Lucien. Se había convertido en la señora doctora Jakobi-Leutwyler y el empleado del ferrocarril con su diploma comercial mandaba detrás del gran escritorio. Jakobi lo tenía más fácil. Tras la muerte de Lucien podría aferrarse a aquel escritorio de caoba, pero a esas alturas Clairette ya habría olvidado incluso su propio nombre.

La risa de Kop interrumpió los oscuros pensamientos de Jakobi. Peter Kop era el tercero en importancia de la empresa, un compañero de clase de Marcel Jakobi, un zorro astuto, un hombre campechano que se había hecho a sí mismo, sin modales. Había ganado dinero y adquirido conocimientos prácticos con negocios inmobiliarios. Seis meses después de la muerte de Leutwyler, Jakobi lo había incorporado a la empresa con el fin de plantarle cara al doctor Schultheiss. En realidad, Kop nunca le había caído especialmente bien. Llevaba los pantalones siempre demasiado estrechos y un bigote rubio poblado y juguetón, porque Kop nunca dejaba de destacar lo que consideraba particularmente varonil. En la escuela

siempre había sido la estrella y numerosas veces le había propinado una paliza en el sótano donde guardaban las bicicletas. En cierta ocasión, años después, se habían encontrado casualmente y Kop lo había tratado con mucha amabilidad. Jakobi le perdonó y lo contrató. Con la ayuda de Kop, Jakobi le paró los pies al doctor Schultheiss, quien, desde un punto de vista profesional, era más capaz que ambos. Kop comprendió inmediatamente que Jakobi lo había contratado para que le hiciera de comodín. La idea le hacía gracia. Lo que más le gustaba era provocar al doctor Schultheiss con sus métodos y sus modales campechanos. Kop quería deshacerse de él. Jakobi no era ningún inconveniente; Kop lo consideraba un tipo simpático, puede que incluso un amigo, pero no un jefe.

Aquel día de otoño, una vez más, Kop había sacado de las casillas al doctor Schultheiss, que se esforzaba por controlarse. Estaba rojo de rabia y nadie se hubiera sorprendido de que estallara como un cohete y atravesara el cielo raso. Kop cebó su pipa y aguardó. Jakobi, sentado detrás del escritorio de caoba, callaba. Sabía que tendría que tomar una decisión, a favor de Kop o en contra de Schultheiss. Guardó silencio, Kop siguió hablando.

—Intento ofrecer soluciones excepcionales a nuestros clientes. A fin de cuentas, por eso acuden a nosotros y, gracias a usted, doctor Schultheiss, ya hemos perdido los suficientes.

Incapaz de articular una sola palabra, Schultheiss le lanzó una mirada furibunda. Jakobi callaba. Pensaba en Lucien.

—Señor Jakobi, creo que será mejor que en adelante me confíe los casos delicados a mí. Es evidente que el señor Kop se ha excedido en sus competencias.

Kop dio una chupada a la pipa.

—Debe cambiar su modo de pensar, doctor Schultheiss, aprender cosas nuevas. Hace tiempo que nuestros clientes lo han hecho. Si no lo logra, se quedará desfasado.

Jakobi le lanzó una mirada airada, estaba harto de la eterna rencilla, pero Kop no reaccionó. Sabía que Jakobi lo miraba, sabía que lo necesitaba. El doctor Schultheiss apiló sus documentos; el movimiento le proporcionó alivio y pudo volver a hablar.

—No nos dedicamos a lavar dinero, señor Kop. Lo que usted ha sugerido, en nuestro propio papel de carta, es una incitación a estafar al fisco —dijo el doctor, lanzando un vistazo al retrato al óleo como si esperara que el fallecido Leutwyler sancionara su afirmación—. Su suegro, que en paz descansa, señor Jakobi, jamás lo hubiese tolerado. No es una sugerencia seria.

El doctor Schultheiss asintió con la cabeza y le dio la espalda. Era la mayor demostración de nerviosismo que jamás se había permitido. Kop se puso de pie y le abrió la puerta con exagerada cortesía. Schultheiss buscó el apoyo de Jakobi por última vez. Éste pensaba en Lucien y Kop interpretó su silencio de manera bastante errónea. Descolgó el retrato de Leutwyler de la pared y se lo dio a Schultheiss.

—Por mí puede colgar este retrato en su despacho, pero el señor Leutwyler, que en paz descansa, ya no participará de nuestras reuniones.

Kop seguía comportándose como si estuviera en una obra en construcción. Schultheiss procuró disimular y soportó la humillación con dignidad. La discusión había llegado a un punto que le impedía quedarse pero, de repente, esbozó una picara sonrisa. Clavó la mirada en Jakobi, como si quisiera transmitirle un pensamiento.

—Le ruego que evite un segundo caso Grauwiler, señor Jakobi.

Jakobi se sobresaltó y Schultheiss, satisfecho, abrió la puerta y salió al pasillo.

Grauwiler había sido el primer cliente de Jakobi y lo que en aquel entonces le había ofrecido podría haberlo llevado a la cárcel. Se había librado de milagro porque el fabricante de salchichas Grauwiler calló. Desde entonces Jakobi no había vuelto a comer salchichas.

La puerta del despacho aún seguía abierta de par en par. Schultheiss se detuvo en el umbral; Jakobi estaba enfadado. Schultheiss disfrutó de su reacción.

Kop les lanzó una mirada interrogativa a ambos: al parecer, se trataba de una historia que él desconocía.

—Ocurrió antes de que te incorporaras a la empresa —murmuró Jakobi.

Kop sonrió.

—¿Quién se ocupará del nuevo cliente, pues? —Hacía rato que Kop lo sabía, pero lo preguntó. Quería que Schultheiss oyera la respuesta de una vez por todas. Jakobi trató de decidir a quién encargarle la tarea porque, a fin de cuentas, Kop se había hecho con el cliente. No convenía cambiar de asesor pero, por otra parte, Kop se había pasado de la raya: Jakobi no podía aceptar el lavado de dinero, pero tampoco quería que Kop se enfadara, porque le resultaba más útil que Schultheiss. Kop era su amigo, su único amigo. Sentía que Schultheiss lo menospreciaba, pero suponía que debía pasarle el cliente a él. Titubeó indeciso.

—Lo siento, doctor Schultheiss —dijo al fin—, pero el señor Kop se queda con el cliente. Un cambio sería como admitir ante Bocker que somos culpables. De otro modo, antes o después lo perderemos como cliente.

—Lo perderá de todos modos —replicó Schultheiss amargamente, y se acercó a la puerta—. Me alegraré cuando su esposa regrese a la empresa. Porque entonces algunas cosas cambiarán —dijo Schultheiss. Le lanzó una mirada llena de desprecio a Kop—. Sobre todo para usted, señor Kop.

—Mi mujer nunca regresará a la empresa —dijo Jakobi en tono decidido.

Schultheiss echó un vistazo al retrato que Kop le había entregado, arqueó las cejas y abandonó el despacho. Kop cerró la puerta con aire triunfal y, con un suspiro de alivio, se sentó en el borde del escritorio de caoba de Jakobi.

—Mándalo al infierno.

—¿A tu despacho? —bromeó Jakobi.

—Aquí el jefe eres tú, Marcel.

—Me disgusta que lo maltrates. El doctor Schultheiss es muy importante para nosotros.

—¡Qué va! Él sólo intenta convencerte de ello.

—Él y mi suegro aportaron la mayoría de los clientes. Si Schultheiss se marcha, se llevará la cartera de clientes consigo y tendremos que buscar otro asesor.

—¡Dios mío, ha sido Clairette quien te ha convencido de eso! No sé cómo Schultheiss logró ganársela.

—Le gustan las personas educadas.

Kop soltó una carcajada y le palmeó la espalda. Sabía que a Jakobi le desagradaba.

—¿Quién es el jefe, tú o ese viejo cabrón?

—Clairette. La empresa sigue perteneciéndole.

—Pero tú la diriges. Tienes que hacerte respetar. Eres tú quien le paga al viejo. Él es tu empleado.

—Y tú también —murmuró Jakobi en tono seco.

Le disgustaba que Kop apoyara ambos brazos en su escritorio como si fuera un leñador y tratara de convencerlo. Kop era un excelente orador, todo lo que decía resultaba convincente. Por eso tenía tanto éxito ganándose nuevos clientes y por eso quizá también estaba convencido de poder lograrlo, incluso sin Schultheiss. Las últimas palabras de Jakobi desconcertaron a Kop, que recorría el amplio despacho como un pequeño Napoleón, ideando nuevas estrategias. Jakobi quiso evitar que tomara aliento y prosiguió.

—Tú eres empleado de Clairette, Kop. Si chasquea los dedos, estarás despedido. Siempre se opuso a que te incorporara a la empresa. Te considera demasiado vulgar y jamás aceptará que Schultheiss sea suplantado.

—Clairette sólo está celosa porque de vez en cuando salimos juntos por la noche. No quiere ser un ama de casa. Pero no le queda más remedio que acostumbrarse a cuidar del niño. Me alegro de que ya no esté en la empresa. ¡Dios mío, que tristón que era aquel ambiente!

Alguien llamó a la puerta. Kop sonrió.

—Ahora te dará su carta de dimisión.

Kop abrió la puerta de golpe. Al otro lado estaba Charlotte. Era la secretaria. El suegro de Jakobi la había contratado pocos años antes de morir. Avanzó con elegancia. Vestía una minifalda de cuero negro muy estrecha y una camisa con un caótico estampado amarillo. Llevaba el cabello negro corto y tenía un cutis bronceado y perfecto. En la cuarentena, era una mujer cumplidora, generalmente tranquila pero rebosante de energía y ganas de vivir. Y más ambiciosa que muchas veinteañeras. Sus rasgos eran sensuales y bellos.

—El señor Bryan lo espera a las doce —dijo, y volvió a cerrar la puerta desde el exterior.

Jakobi le dio las gracias con una inclinación de cabeza. Disfrutaba de su presencia como si fuera un cálido rayo de sol en un melancólico día de noviembre.

—Nuestra Charlotte tampoco está mal. ¿Qué te parece si la invitamos a almorzar? Podríamos ir a nadar.

—Déjala en paz —respondió Jakobi irritado—. Además tiene novio.

—¿De veras? ¿Lo has visto?

—Es un pobre diablo —dijo Jakobi, encogiéndose de hombros.

Capítulo 3

MARCEL Jakobi estaba delante de la ventana con el teléfono en la mano. Por fin se decidió a marcar el número. Era poco antes de mediodía y quería asegurarse de que Clairette estuviera en casa. Cuando el teléfono sonó aún llevaba plumas en la cabeza: como todas las mañanas, jugaba a los indios con Lucien. Tenía que hacerlo, porque Lucien sólo se dejaba aplicar la sonda por el jefe Rosa Blanca. Jakobi sabía que no era el momento oportuno, pero eso no impidió que la llamara.

Clairette descolgó y dijo:

—Jakobi —sin mencionar su título de doctora. En la empresa lo había utilizado por amor a su padre pero en casa, rodeada de lavadoras, aspiradoras y extractores de vapor, usarlo le parecía bastante absurdo.

—Hoy no puedo ir a almorzar, tesoro, ¿ya has preparado algo? —Clairette calló. Parecía decepcionada. Desde que Lucien había llegado al mundo, siempre lo estaba. No era él quien la decepcionaba, era su propia vida. Amaba a Lucien más que a nadie, al igual que Jakobi, pero a diferencia de éste, que tras su escritorio de caoba a veces disfrutaba de algún cambio y de alguna distracción, e incluso de cierto reconocimiento, Clairette se encargaba de resolver cosas que no llamaban la atención de nadie. Se había convertido en ama de casa y eso era lo peor que podría haberle pasado. Eso era lo que le reprochaba a Jakobi en silencio, día tras día. Pero su problema no tenía solución. Podía quitarle un poco de sol a Jakobi, para que también él se acostumbrara a la oscuridad, como había tenido que hacer ella, pero eso no la hacía más feliz. Clairette se había convertido en ama de casa y madre y quería seguir siéndolo por Lucien. Por Lucien estaba dispuesta a que su vida transcurriera en un desagüe. También Jakobi, pero él podía trabajar, tener éxito y ganar dinero, y ella estaba atascada en el desagüe...

—Tengo un almuerzo de trabajo —dijo Jakobi.

—¿Con quién? —preguntó ella con curiosidad.

—Con el señor Bryan, tú no lo conoces. —Las preguntas lo fastidiaban y quiso cambiar de tema cuanto antes—. ¿Cómo está Lucien?

—Vuelve a tener dificultades para respirar, como el fin de semana pasado; pero no te preocupes, ya me las arreglaré.

—Si dentro de media hora no se encuentra mejor, llama al doctor Weiss.

—Ya lo he hecho. No te preocupes, de verdad. Puedes confiar en mí. ¿A qué hora vendrás a casa?

—Alrededor de las siete.

—Tengo que colgar. Lucien está gritando, tiene hambre.

Jakobi colgó el auricular. Aún estaba ante la ventana, prácticamente desnudo.

Quería preguntarle algo más. Sumido en sus pensamientos, descorchó la botella de champán apoyándola en la mesilla; un Pol Roger Cuvée Churchill, la marca predilecta de su difunto suegro.

—¿Todo en orden, señor Bryan?

Charlotte acababa de salir de la ducha. Jakobi la abrazó y la besó en la boca. La mano de ella buscó su miembro, lo obligó a sentarse en una silla, se sentó encima de él e introdujo su miembro erecto en su vagina. Ambos se habían espiado y observado toda la mañana, se habían arrancado la ropa con la mirada y ahora estaban tendidos en el suelo alfombrado de la habitación 207 del hotel Euler.

Las oficinas de la asesoría financiera Leutwyler, S. A., se encontraban en la cuarta planta del edificio, junto a la Heuwaage, en pleno centro financiero, a menos de cinco minutos de la estación de ferrocarril y del hotel Euler. La ventaja del Euler era que tenía varias entradas que daban al restaurante, al bar o al hotel.

Dos horas después, cuando Jakobi abandonó el establecimiento, el portero se despidió de él como siempre, llamándolo señor Bryan. Charlotte salió pocos minutos después; siempre entraban y salían por separado. Fuera de la habitación 207, ninguno de los dos exigía nada al otro.

Alrededor de las dos de la tarde, Jakobi salió del ascensor en la octava planta. Camino de la oficina se había comido un bocadillo. Las dos horas pasadas con Charlotte eran bastante escasas y, a no ser en la pausa para almorzar, casi no tenía oportunidad de encontrarse con ella.

Jakobi entró a las oficinas de la asesoría Leutwyler. Ante él se extendía una recepción ovalada, el reino de Charlotte, muy luminosa gracias a las numerosas ventanas situadas detrás de su escritorio. Allí Charlotte era una extraña. Sólo dejaba de serlo cuando estaba desnuda, desnuda y gimiendo de placer.

El rollo de papel del télex ya llegaba hasta el suelo. El doctor Schultheiss estaba de pie detrás de la fotocopidora, la tranquilidad en persona. Era el usuario más entusiasta de la fotocopidora y la destructora de documentos. Al ver entrar a Jakobi, sonrió en silencio. Esperó que éste le diera la espalda para que la sorpresa fuera mayor.

—Ha llamado un tal señor Lucas, señor Jakobi.

—¿Qué quería?

—Quería hablar con usted personalmente, señor Jakobi. Ha insistido en que se trataba de algo muy personal.

Jakobi sonrió. Estaba acostumbrado a los clientes extravagantes amantes del secretismo, a quienes les hubiese encantado encontrarse con él en la cima del Matterhorn para comunicarle que se afeitaban con navaja.

Jakobi entró a su despacho, se sentó detrás del escritorio y apoyó los pies encima, pero en cuanto vio el retrato de Leutwyler en la pared, le dieron ganas de bajarlos inmediatamente. Por lo visto, Schultheiss lo había vuelto a colgar en su sitio: para dejar un mensaje, como tenía por costumbre. Al igual que Clairette. Cuando

descubría sus camisas en el cubo de la basura entendía lo siguiente: no dejes la ropa sucia tirada en el pasillo. Pero ¿qué pretendía comunicarle el doctor Schultheiss? ¿Tendría relación con ese señor Lucas? El nombre le recordaba a Grauwiler, el fabricante de salchichas, aquel cliente que Schultheiss había mencionado por la mañana. «Le ruego que evite un segundo caso Grauwiler», había dicho el doctor. ¿Acaso Schultheiss estaba al tanto, o sólo le había llamado la atención que el cliente nunca más volviera a aparecer? Era imposible que algún miembro de la empresa supiera lo que había ocurrido en aquel entonces.

Jakobi lanzó una mirada impertinente al retrato de su suegro. Leutwyler tenía la culpa. Que se acostara con su hija y la hiciera feliz no le había bastado. Disponer de su propio dinero, eso era lo que siempre le había faltado a Jakobi para ganarse el respeto de Leutwyler. En Grauwiler, el fabricante de salchichas de Ginebra, había visto la oportunidad de conseguirlo. En su momento, las acciones de la Hawks se cotizaban por debajo de su valor, ni siquiera valían el dinero en efectivo del que disponía la empresa. Como de costumbre, por todas partes circulaban rumores de una OPA y el valor de las acciones Hawks subió como la espuma. Jakobi se propuso comprarlas y venderlas inmediatamente después de la OPA. Pero necesitaba disponer de capital durante un par de semanas y el único dinero a su alcance era el medio millón que Grauwiler, por motivos de liquidez, se veía obligado a lavar. Grauwiler tenía un problema. Su socio de muchos años, funcionario de impuestos, había sido ascendido, y Grauwiler ignoraba si su sucesor en el cargo tenía ganas de emprender un crucero de tres semanas, de cambiar de coche porque la radio no funcionaba bien o si prefería cobrar los sobornos en efectivo, así que abrió una nueva cuenta corriente a nombre de «Lucas». Leutwyler le había encargado el caso a Jakobi para comprobar si podía confiar en él y de algún modo también para dejar claro que no se trataba de administrar el dinero de bolsillo de los niños del coro. Jakobi dedicó cada minuto libre a seguir el desarrollo de las acciones de Hawks. Estaba absolutamente convencido de que podría obtener una ganancia del 50% a corto plazo.

Un viernes, a las tres y cuarto de la tarde, vació la cuenta «Lucas» e invirtió el medio millón de Grauwiler en la Bolsa. Un comentario un tanto intempestivo del ministro de Economía estadounidense durante un partido de golf provocó el desplome de la Bolsa.

Jakobi intentó salir a tiempo, pero cuando volvió a depositar el dinero en la cuenta «Lucas» faltaban 150 000 francos. Curiosamente, Grauwiler, el fabricante de salchichas, nunca más dio señales de vida. Ningún miembro de la empresa lo notó porque durante aquellas semanas Leutwyler estaba internado en la unidad de cuidados intensivos del hospital cantonal de Basilea. Toda su vida había dependido de los cigarrillos, y al final de las bombonas de oxígeno y los respiradores. La agonía de Leutwyler también paralizó la empresa. El ambiente era opresivo y tétrico. En los pasillos y los despachos de la Leutwyler ya nadie reía. Durante meses, todos presenciaron el lamentable espectáculo de la agonía de un hombre que hubiera

merecido un final más humano; pero las máquinas siguieron bombeando, presionando y absorbiendo, manteniendo con vida a un despojo humano que hacía mucho que estaba acabado y dispuesto a abandonar el mundo.

Jakobi se sirvió un escocés; puso con la pinza dos cubitos de la discreta nevera instalada debajo del escritorio en la copa. Absorto, oyó el crujido del hielo al partirse. ¿Por qué precisamente ahora Schultheiss volvía a sacar a la luz esa vieja historia? ¿Pretendía amenazarlo, demostrarle que estaba al tanto? Pero era imposible que supiera nada. ¿Acaso Jakobi se había limitado a cerrar los ojos durante los últimos cuatro años, con la esperanza de que todo siguiera igual? ¿Lo habría reprimido todo, del mismo modo que reprimía el convencimiento de que la esperanza de vida de Lucien era muy escasa? Jakobi se sentía fatal, como un leño podrido, porque en el fondo seguía siendo el joven del mono azul que circulaba por los andenes con el que Clairette se había encontrado aquella madrugada de hacía cuatro años.

Vació la copa de un solo trago. Si Schultheiss pretendía inquietarlo con sus comentarios, no cabía duda de que lo había logrado.

Se puso de pie y fue al despacho de Kop porque quería charlar un poco. El despacho de Kop era contiguo al suyo. Cuando abrió la puerta vio que en el vestíbulo no había nadie; al parecer, Schultheiss había vuelto a acaparar a Charlotte. Lo hacía siempre que podía, para demostrarle a Jakobi que necesitaba una secretaria propia.

Jakobi entró en el despacho. Kop, que llevaba una camisa azul y pantalones azul oscuro, parecía un policía. Alzó la vista y siguió hablándole al dictáfono:

—... en cuanto la confirmación y las cartas de débito conformes a la cifra II hayan sido presentadas, así como los documentos, y hayan sido abonados tanto los impuestos derivados del cambio de titularidad como las ganancias del terreno. Punto aparte.

A Kop le encantaba hacer esperar a Jakobi, para demostrar que no lo consideraba su jefe.

—Esta noche jugaremos a los bolos.

—Esta noche no puedo —contestó Jakobi.

Kop hizo caso omiso de sus palabras.

—Ya he hecho la reserva en la bolera. En la pista ocho. Esta noche, en la siete juegan las dos rubias.

—No puedo.

Además, Jakobi estaba hasta las narices de los rollos de Kop con las mujeres. Desde su divorcio quería conocer mujeres nuevas todas las noches. Entraba en los clubes nocturnos como una apisonadora y se presentaba como un amante irresistible haciendo todo tipo de comentarios picantes, pero a la mayoría de las mujeres les resultaba bastante insoportable. Y también a Jakobi.

—Clairette también puede irse a la cama sola, ¿no? ¿Acaso seguís acostándoos?

—Antes nos pasábamos media vida en la cama.

—Ahora le ha llegado el turno a la segunda mitad —rió Kop—, por eso esta

noche iremos a la bolera. Antes de mi divorcio ocurría exactamente lo mismo.

—Oye, Kop, he de hablar con Clairette antes de que sea demasiado tarde. Si no fuera por Lucien, creo que todo habría acabado entre nosotros. Desde que ya no trabaja en la empresa, todo ha cambiado. Desde que nació Lucien.

Kop hizo un gesto negativo con la mano, no sentía aprecio por Clairette. Era la rival que lo privaba de la presencia de Jakobi. Era la dueña de la empresa y él dependía de su benevolencia. No la soportaba porque a ella no le hacían gracia sus chistes y porque en su presencia casi siempre se sentía cohibido.

—Por mí, puedes mandarla a freír espárragos. Yo jugaré a los bolos.

—Si encontráramos una canguro, Clairette podría acompañarnos. Un cambio le vendría bien.

—Hace tres años que no encontráis una canguro —dijo Kop, indicando que hacía rato que había dado la noche por perdida.

—Lucien no es un niño corriente —murmuró Jakobi.

—Sí, sí, lo sé. Y Clairette no es una mujer corriente. Pero te aseguro que no jugará con nosotros, no tiene sentido del humor. No me apetece hablar de culturas indígenas. No comprendo cómo soportas convivir con ella, parece tallada en piedra. En tu casa a uno se le congela la sangre en las venas.

Ése era el efecto que Clairette ejercía sobre los demás: les parecía distante y fría, implacablemente seria y fatalista. Y sin embargo, a Kop le hubiera gustado que fuera su amante. Hubiese bastado con que lo apreciara un poco, pero Kop no despertaba su interés. Era un tipo superficial, carente de empatía porque lo único que le interesaba eran el sexo y el dinero. Nunca la había mirado a los ojos e ignoraba que se podía espiar a través de ellos.

—Vale, te acompañaré, pero sólo media hora —dijo Jakobi, sin saber si lo decía en serio.

Charlotte entró en el despacho. Nadie hubiera notado que hacía sólo dos horas había estado tendida en la cama de un hotel con Jakobi.

—Ha llamado su mujer. Quiere que regrese a casa de inmediato —dijo en tono profesional; volvió a salir y cerró la puerta.

Kop soltó una carcajada.

—¿Cuánto tiempo más pretende seguir con ese juegucito? Te hace quedar como un gilipollas. ¿Le has hablado de tus dos rubias de la pista siete?

Jakobi no reaccionó. Kop estaba convencido de que se había ido de la lengua.

—Fue un error. Ojos que no ven, corazón que no siente —dijo Kop, soltando otra carcajada.

—No entiendes nada de nuestro amor.

—Veo que te está hundiendo con su amor. Es hora de que se conforme con su destino y te deje trabajar en paz. Al final acabará por pedirte que resuelvas los problemas de la empresa en la cocina y celebres las reuniones en el lavadero.

Jakobi guardó silencio. Sabía que, hasta cierto punto, Kop llevaba razón, pero sus

comentarios le resultaban inaceptables porque Kop sólo conocía el amor de oídas. Era incapaz de imaginarse que alguien pretendiera poseerlo por completo y se hiciera notar en todas partes. Y tampoco sabía que Clairette sentía que Jakobi se alejaba de ella cada vez más.

—Intenta alcanzar un arreglo impositivo para la empresa Graber. Se lo he prometido.

Jakobi abandonó el despacho malhumorado. Decidió que en el futuro no volvería a hablarle a Kop de Clairette y de su matrimonio.

—No será ningún problema, señor Jakobi.

Kop había captado la indirecta y, decepcionado, se quedó en su despacho lleno de muebles baratos. En lo único que gastaba dinero era en los coches, que obtenía a muy buen precio mediante complicadas maniobras. Llevaba estadísticas de todas sus compras y ventas. Adoraba las estadísticas y, como también adoraba a las mujeres, sus aventuras se convertían en un asunto estadístico. Kop siempre quería ser el mejor y el primero en todas partes. Sus orígenes eran muy humildes. De un modo similar a Jakobi, y mediante artimañas, había obtenido un diploma comercial tras aprobar la formación profesional como albañil. A lo mejor ése era el motivo de la atracción mutua. Ambos funcionaban de un modo parecido, ambos trataban instintivamente de alcanzar el éxito. Tenían la misma edad, podrían haber sido mellizos y por eso no se lo tomaban a mal si de vez en cuando el otro lo sacaba de las casillas.

Marcel Jakobi subió a su Rover blanco y se dirigió hacia las afueras. Allí se encontraba la mansión de su suegro, una casa señorial de ocho habitaciones construida en los años treinta del siglo pasado, situada en un parque, heredada al igual que el Rover en el que estaba sentado, heredada como la corbata que le rodeaba el cuello.

Jakobi bajó la ventanilla, arrancó la medalla de san Cristóbal pegada a la guantera con un imán y la arrojó fuera. A veces quería acabar con todo lo que le recordaba a Leutwyler, pero todo lo que poseía provenía de éste, de su legado. La cama en la que dormía, el espejo del baño ante el cual se afeitaba e incluso el vino que bebía con la cena. Durante el entierro de su suegro Jakobi pensó: «Ahora se ha ido, ahora soy libre». Poco después de mudarse a la mansión, sin embargo, comprendió que la presencia de Leutwyler era más palpable que nunca. Y Clairette se había vuelto aún más parecida a su padre.

El Rover cruzó la puerta abierta del jardín. Al ver el coche del doctor Weiss, un escalofrío le recorrió la espalda. Entre las desnudas copas de los árboles brillaba el sol. Jakobi se apeó y se apresuró a entrar en la casa.

—¿Clairette? —gritó, ya desde el vestíbulo.

Estaba acostumbrado a no recibir respuesta. Últimamente, Clairette apenas le dirigía la palabra. Subió la ancha escalera de pizarra y corrió por el pasillo hasta la gran habitación procurando oír algún sonido. La puerta estaba abierta. De las paredes colgaban grandes carteles circenses, graciosos personajes de fábula y los dibujos de

Lucien. Pintaba a las personas con cabezas enormes, porque su cabeza era lo único que funcionaba. La cabeza lo era todo. Toda la habitación estaba dispuesta en función de sus necesidades: la ciudad construida con piezas de Lego, el tren y sus numerosas agujas y andenes, la granja con animales de goma espuma que a Lucien le gustaba tanto agarrar, las tiendas de indios detrás del túnel, el aeropuerto, la inmensa tortuga en medio de docenas de animales de peluche y encima de la tortuga, sentada, una india con trenzas negras como el carbón: Clairette. Llevaba una pluma blanca en el pelo y la frente pintada con pintura de guerra. Estaba sentada encima de la gigantesca tortuga, inmóvil, con la mirada perdida. Las manos le sangraban. Aferraba una jeringa y no había notado que tenía la aguja clavada en el dedo anular. Era como si las paredes respiraran.

Jakobi sintió que se tambaleaba, de hecho se le doblaron las rodillas. Se obligó a dar un paso adelante, hacia la gran tienda india. Delante de ésta había una mesita de esquinas redondeadas forrada de pequeñas imágenes de animales. Y encima de la mesita reposaban las ampollas, las jeringas, las vendas estériles, el Desogen, las cánulas, el alimento que se administraba a través de la sonda.

—¿Está dormido? —tartamudeó Jakobi.

Preguntaba como si estuviera en trance. Clairette no parecía oírlo.

—¿Por qué me has llamado por teléfono? En la empresa se burlan de mí.

Sabía que hablaba a tontas y a locas. Quería hablar de cosas intrascendentes y escucharlas para deshacerse de los malos presentimientos, pero Clairette seguía inmóvil, sentada encima de la enorme tortuga. A su espalda apareció la figura del doctor Weiss, con los brazos colgando. Jakobi no quería alzar la vista, no quería ver el rostro que confirmara lo inconcebible. Pero cuando vio el rostro fruncido y los ojos llorosos que suplicaban perdón, Jakobi cayó de rodillas; el golpe impulsó su torso hacia delante y metió la cabeza en la tienda india, en cuyo interior yacía el pequeño jefe que aún no había cumplido los cuatro años. Llevaba la luna y el sol pintados en la ancha frente y un punto rojo en la naricita. Tenía los grandes y bonitos ojos abiertos, como siempre que escuchaba un cuento nuevo. Sus pequeños labios estaban ligeramente pálidos. Jakobi se arrojó sobre el pequeño jefe y apretó los labios contra los suyos, y lamentó que durante todos aquellos años el pequeño jefe hubiera aceptado lo atroz con tanta paciencia. Lo apretó contra su pecho y sus lágrimas desdibujaron el sol y la luna pintados en la frente del niño. El sol había dejado de brillar para Lucien Jakobi. Estaba muerto.

—Levántate, pequeño jefe, Águila Negra ha regresado. Te he traído algo...

Pero el niño no se movió. La sonrisa picara se había borrado de su rostro. No parecía enfadado con nadie. Jakobi lo alzó y lo abrazó. La cabecita cayó hacia atrás, la pluma se soltó de su pelo y aterrizó encima de la manta multicolor.

—Despierta —susurró Jakobi.

—Lo intentamos todo, señor Jakobi —dijo el doctor Weiss, apoyándole una mano en el hombro—. Siempre le dije que un día, Lucien... a veces lo olvidábamos. Por

suerte.

Jakobi se giró y miró al doctor Weiss en silencio. ¿Qué podría haber dicho?

—Esta mañana contó hasta cuarenta y tres. Aunque nadie lo creía posible. Cuarenta y tres ponis indios.

Clairette lo murmuró como de paso, como si quisiera demostrarse a sí misma y al doctor Weiss que todos los médicos se equivocan y que también sus pronósticos, según los cuales Lucien no llegaría a cumplir los cuatro años, eran erróneos; había contado hasta cuarenta y tres, así que todos los pronósticos médicos estaban equivocados y Lucien seguía con vida. Su rostro estaba bañado en lágrimas, pero no se oía un lloro ni un sollozo. Cayó de la tortuga sin hacer ruido, perdió el conocimiento y quedó tendida encima de una jirafa de peluche.

El doctor Weiss se inclinó sobre ella. Jakobi sólo vio sus anchos hombros y la mano que introducía en la maleta. El doctor le inyectó un líquido en el brazo. Después la alzó y la llevó a la habitación de huéspedes contigua.

—Inyécteme lo mismo —rogó Jakobi con voz ronca.

Capítulo 4

TEMPRANO por la mañana, dos personas vestidas de negro recorrían la interminable avenida del cementerio. Durante la noche los árboles habían perdido las últimas hojas. Todo parecía muerto: las lápidas que surgían de la tierra helada, las flores marchitas que las adornaban y una tumba recién cubierta de tierra con una cruz provisional de madera. Ambas figuras avanzaron hasta que la bruma se las tragó. Aunque el frío era intenso, no iban de la mano. Incluso habían olvidado cuándo había muerto su hijo. ¿Hacía dos días? ¿La semana pasada? Gracias a la ayuda del doctor Weiss habían pasado el tiempo durmiendo, pero su sueño no había sido apacible sino más bien una anestesia sin sueños. Cada vez que abrían los ojos regresaba la sensación de desasosiego: el intento de recordar seguido de una pena sorda que los abatía como un mazazo. Y también la necesidad de volver a dormir.

Clairette y Jakobi estaban ante la tumba abierta.

Dos jóvenes empleados del cementerio levantaron el pequeño ataúd y pasaron las cuerdas por debajo de él. Era la segunda vez en media hora, porque la primera Clairette se había desplomado. Habían ido al restaurante de enfrente y tomado dos copas de vodka. Volvían a estar ahí, ante el ataúd abierto, incapaces de despegar la mirada de su pequeño Lucien. Se aferraban a sus muñecas y le acariciaban el rostro. Después cerraron el féretro y sólo quedaron las fotos, los recuerdos y el dolor.

Cuando el ataúd desapareció en la tumba abierta, nadie sabía cómo había ocurrido. ¿Quién había cerrado la tapa?

Ambos empleados del cementerio aguardaban una señal; se limitaban a permanecer de pie, sosteniendo su pala. Molestaban. Como si lo hubieran acordado con anterioridad, Clairette y Jakobi les quitaron las palas y los ahuyentaron con una mirada. Los empleados desaparecieron en la bruma.

Por fin, cuando Clairette y Jakobi se quedaron solos, ella sacó una pluma de indio de su bolso y le lanzó una mirada casi tímida a su marido, que también sostenía una pluma en la mano. Ambos intercambiaron una sonrisa y arrojaron las plumas a la tumba abierta. El viento las sostuvo, las elevó y las dejó caer girando sobre sí mismas hasta que se posaron en la tierra. Luego agarraron cada uno una pala, la clavaron en la tierra endurecida y empezaron a arrojarla en la tumba, con furia y en silencio, palada tras palada hasta llenar el hueco.

Cuando recorrían la avenida en sentido contrario, ambos sabían que volverían a ese lugar y que lo único que encontrarían sería una entre las numerosas tumbas con un nombre grabado en la lápida, un nombre que sólo para ellos tendría significado.

Oyeron el llanto de una mujer procedente de alguna parte. Sólo vieron una solitaria silueta encorvada, de una de las numerosas personas que hacía años habían

sufrido una pérdida y que nunca habían dejado de padecer. Ahora también ellos formaban parte de ese grupo.

En el extremo de la avenida tres figuras se perfilaron en la niebla. Jakobi reconoció a una de ellas de inmediato: era Charlotte, acompañada del doctor Schultheiss y de Kop. Cada uno llevaba una corona. Clairette y Jakobi no querían detenerse, pero los otros tres no se apartaron y permanecieron un rato frente a ellos.

Finalmente, Charlotte se abrazó a Jakobi y se echó a llorar. El doctor Schultheiss, compungido, agarró la mano de Clairette, la atrajo hacia sí y le acarició el pelo. Kop permanecía a un lado con expresión seria. Jakobi le dio las gracias con una mirada. Se alegró de que Kop hubiera acudido.

Jakobi no abrazó a Charlotte, dejó que se colgara de su cuello y miró hacia el puesto de flores por encima del hombro de Kop. Vio a la florista, y ella notó que él la contemplaba. Su sonrisa, que expresaba compasión y calidez, fue más de lo que podría haber esperado de aquel día.

—Ahora iremos a la tumba, señora Jakobi.

El doctor Schultheiss parecía esperar una respuesta. Por lo visto quería volver a ver a Clairette, acompañarla a casa en coche o sentarse junto a ella. No sabía si servirían algo de comer. Quizás aún recordaba la fracasada celebración en el Jura. En aquella ocasión, Leutwyler también lo había invitado a él.

—Hemos hecho una reserva en el restaurante de enfrente —dijo Clairette en tono cansado.

El doctor Schultheiss asintió y echó un vistazo inquieto a la avenida. Después siguió a Kop y a Charlotte, que ya caminaban hacia la tumba. Al parecer, sabían el número.

Habían reservado una salita en el restaurante de enfrente. El dueño los acompañó al interior. Las mesas cubiertas de manteles blancos formaban un rectángulo. El propietario los ayudó a quitarse los abrigos, un gesto rutinario, indiferente pero cortés. La reserva de la sala destinada a los deudos no tenía nada de particular. Los lunes servían estofado de carne, los martes ciervo a la pimienta y los fines de semana, a veces, enterraban a un anciano.

—¿Cuándo podemos servir?

—Traiga una botella de ginebra y una de cola. —El dueño frunció los labios.

—Usted es el señor Jakobi, ¿verdad?

Éste asintió con la cabeza.

—Reservó para cuarenta personas.

Cuarenta cubiertos en las mesas. Cuarenta botellas de agua mineral. Jakobi le acercó una silla a Clairette y se sentó a su lado. Quería emborracharse, y ella también.

—Olvidé enviar las invitaciones.

El dueño del restaurante dudaba entre permitir que se quedaran o hacerlos pasar a la otra sala. Por fin se marchó, sin haberse decidido.

—Estás muy lejos, Marcel —murmuró Clairette.

Jakobi le rozó la mano; quería transmitirle algo, pero Clairette la apartó.

—Ahora lo he perdido todo.

—Todavía me tienes a mí —replicó Jakobi; lo decía en serio.

—¿A ti? A ti te perdí hace tiempo, Marcel, lo sabes perfectamente —dijo, agarró una de las copas junto a los numerosos cubiertos y la apretó. Parecía aferrarse a ella; la copa se rompió y la sangre goteó sobre el mantel blanco—. ¿Para qué habría de seguir viviendo?

Jakobi tampoco lo sabía. Estaba extenuado, como después de un viaje de negocios agotador del que lo único que se recuerda son las prolongadas esperas en los aeropuertos. Se alegró de que el viaje hubiera llegado a su fin y no le hubiese importado demasiado que fuera el último. No tenía ganas de seguir participando de la vida. Se sentía incapaz de darle ánimos a su mujer.

—¿Quieres que llame al doctor Weiss?

—No necesito un médico, Marcel, es a ti a quien quiero.

Jakobi clavó la vista en el vacío. Oía las palabras de Clairette pero no les encontraba sentido. ¿De qué le podía servir él?

Una camarera trajo una botella de ginebra y una de cola. Al parecer, el dueño del restaurante había decidido dejar de ocuparse personalmente de ambos huéspedes. Jakobi le quitó la botella a la camarera.

—Yo serviré. Por favor, déjenos solos.

La camarera abandonó la salita y cerró la puerta. Jakobi llenó las copas hasta la mitad con ginebra y después añadió cola, una mezcla que ambos solían beber, antes, cuando los días aún les pertenecían.

Jakobi vació la copa y volvió a servirse. Echó una breve mirada a su mujer. Ella dejó la copa en la mesa; él sabía que la ginebra le traía a la memoria las calurosas tardes de verano, el chapoteo en el agua fría de madrugada, las frescas ensaladas en el restaurante con jardín, las perezosas tardes a la sombra, las cortinas blancas y azules agitadas por el viento y el fresco dormitorio en el que se recuperaban del calor, untaban sus cuerpos con crema y se amaban hasta que sentían ganas de hacer alguna locura. Pero hacía tiempo que todo eso formaba parte del pasado. En los años siguientes, ambos ya sabían a qué dedicarse durante las veinticuatro horas en cuanto se levantaban de la cama.

—En los últimos años apenas hemos tenido tiempo para nosotros, Clairette.

—Los únicos que habéis sacado algún provecho habéis sido tú y Lucien. Lo di todo por él. Lucien está muerto. No queda nada de lo que me gustaba de mí misma y me detesto por ello.

Clairette se sirvió otra copa y empezó a emborracharse. Cuando estaba de humor, no paraba. En cierta ocasión había bebido hasta casi caer en coma. Jakobi dejó que lo hiciera, lo prefería. Le dijo que jamás la abandonaría, aunque en ese momento pensaba en Charlotte. Pero Charlotte... eso no era amor: era pasión sexual, dos horas para olvidar todo lo demás.

—Hace tiempo que me has abandonado, Marcel. He dejado de existir, me he disuelto en el aire.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Antes lo sabías.

Clairette se sirvió otra copa y le lanzó una mirada poco amistosa. Jakobi la esquivó. No podía devolverle a Lucien. Su inactividad parecía irritarla. Cada vez que Lucien sufría un resfriado sin importancia, Jakobi se quedaba en casa. Velaba junto a la cama de Lucien toda la noche para tranquilizar a Clairette. Ni siquiera podía leer el periódico y ahora, cuando velar por la noche ya no serviría de nada, las cosas serían aún peores. No habría taxis que Jakobi pudiera tomar a las dos de la mañana con el fin de comprar un segundo o un tercer termómetro porque Clairette desconfiaba del primero. Jakobi no sabía qué hacer. Vació la copa y se sirvió otra.

Cuando el doctor Schultheiss, Charlotte y Kop regresaron del cementerio y tomaron asiento junto a ellos, Jakobi se sintió aliviado. En seguida comprendieron que allí no servirían Chateaubriand. Schultheiss contempló la botella vacía de ginebra con cierta vergüenza.

—¿Puedo acompañaros a casa en coche?

Era como si Clairette se sintiera a salvo. Asintió en silencio y se puso de pie. Jakobi la imitó, titubeando, pero para Clairette su vacilación se prolongó en exceso.

—Vete a jugar a los bolos con Kop.

—¿Hoy? —preguntó Jakobi, horrorizado.

—Siempre —contestó Clairette, y dejó que Schultheiss la ayudara a ponerse el abrigo y la tomara del brazo con suavidad. Ambos abandonaron la sala.

—No sería mala idea ir a jugar a los bolos. ¿Vienes, Charlotte?

Jakobi no oyó su respuesta y salió del restaurante. Cuando llegó a la acera el Mercedes del doctor Schultheiss ya se alejaba por la avenida del cementerio. Jakobi se detuvo delante del puesto de flores y compró un ramo. Sólo entonces recordó que aún no había pagado la cuenta del restaurante. La florista le regaló una rosa negra. Él le devolvió la mirada. Ya había visto a esa mujer en otra ocasión. Trabajaba en la floristería situada frente al edificio, junto a la Heuwaage. Tendría unos treinta y cinco años, solía llevar tejanos y una camisa de color violeta. A Jakobi le caía bien, cerca de ella se sentía tranquilo. Por primera vez en la vida sintió que todo había salido mal y que, si pudiera empezar de nuevo, lo haría todo de un modo diferente. Pero la vida no es un juego que uno puede interrumpir a voluntad y reiniciar. Vivir siempre es un asunto serio y cualquier error resultaba fatal.

Jakobi recorrió la avenida del cementerio. El frío era intenso. Sentía la necesidad de recibir un castigo. Ya había cuatro coronas encima de la tumba de Luden; una de ellas ponía: LUCAS. Jakobi intentó recordar desesperadamente quién había llevado la cuarta corona, ¿Schultheiss, Kop o Charlotte? A Jakobi le pareció imposible que uno de ellos fuera Lucas. Ninguno le hubiera hecho una cosa así, justo ahora. ¿Acaso un desconocido había dejado la corona en la tumba mientras él estaba sentado con su

mujer en el restaurante? ¿Quizá Grauwiler? Lo que más lo inquietaba era que el desconocido que había depositado la corona hubiera penetrado en su círculo privado y no demostrara ninguna compasión por su dolor. Por lo visto, Lucas estaba decidido a llegar al final. Lucas desconocía la misericordia.

Media hora después, cuando Jakobi abandonó el cementerio, la florista había desaparecido.

Capítulo 5

JAKOBI estaba tendido en el suelo de la habitación del niño montando la furgoneta amarilla con piezas de Lego; uno de los paneles laterales se había caído. Encajó las figuras caídas en las placas perforadas del Lego y arregló la fachada del cuartel de bomberos. Habían pasado tres días desde la última vez que había visitado la tumba de Lucien. Se sentía apático, agotado. No quería ver a nadie. Hacía horas que permanecía tendido en la habitación de su hijo. La tarde llegaba lentamente a su fin; era un día lluvioso, oscuro y encapotado. Jakobi, presa de la melancolía, se puso boca arriba y abrió un libro infantil: *¿Qué hace Papá Noel en julio?* Lucien hubiese sabido la respuesta.

Tanteó un juguete tras otro, como un ciego, pero Lucien seguía ausente. El penetrante olor del Desogen lo impregnaba todo. Jakobi tomó una bolsa de plástico y arrojó dentro las cánulas esterilizadas y los alimentos para su administración mediante sonda.

Quería modificar las imágenes del pasado, crear un niño dichoso, cuidado y mimado. Pero sin sondas.

—Deja eso.

No se había dado cuenta de que Clairette había entrado a la habitación. Era la una en punto, la hora del «almuerzo» de Lucien. Jakobi la miró, trató de descubrir alguna expresión en su rostro que denotara un punto en común, de reconciliación, de paz.

—Se lo prometí a Lucien, le prometí que tiraría estas cosas al cubo de la basura en cuanto él... —dijo Jakobi, sosteniendo la bolsa de plástico en la mano. Clairette no dio muestras de querer quitársela.

—A mí también me prometiste muchas cosas, Marcel. Hace mucho tiempo.

—Espera, Clairette.

Pero ella ya había abandonado la habitación.

—Intentémoslo de nuevo, Clairette.

—Eso no es tan sencillo como imaginas —dijo ella, de pie en el umbral—. Estoy destrozada. La semana pasada me enterré a mí misma y un par de palabras amables no harán que recupere la vida.

Jakobi salió de la casa y arrojó la bolsa de plástico a la basura. Ferdinand, un niño del vecindario de cuatro años, se acercó a él montado en su triciclo.

—¿Puedo ir a jugar con Lucien?

Jakobi distinguió la silueta de Clairette detrás de las cortinas del salón.

—Hoy no.

—¿Y mañana?

Jakobi le acarició el pelo al pequeño Ferdinand. A lo mejor a sus padres se les

ocurriría alguna explicación, como por ejemplo que ahora Lucien estaba trabajando con Papá Noel en el bosque, clasificando las cartas de los niños, encargando los juguetes y comprobando los plazos de entrega, o algo por el estilo. A fin de cuentas, Lucien era un experto en juguetes. Y entonces todos los niños lo envidiarían y preguntarían si ellos también podían trabajar con Papá Noel y eso complicaría el asunto. ¿Por qué Lucien podía trabajar con Papá Noel y Ferdinand no? Jakobi no dejaba de hacerse esa pregunta que lo sumía en la desesperación. ¿Por qué mi Lucien? Ningún automovilista lo había atropellado, nadie era responsable, nadie tenía la culpa.

Ferdinand agachó la cabeza y siguió pedaleando. Un Chevrolet azul apareció en el extremo de la calle: era Kop.

Jakobi volvió a entrar en la casa.

Clairette recorría las habitaciones a paso lento, con una regadera en la mano.

—¿Qué haremos esta noche? —preguntó Jakobi. No hablaba en serio.

—El coche de Kop está estacionado delante de la puerta —murmuró su mujer, sonriendo para sus adentros, como si hubiera adivinado las intenciones de su marido hacía rato.

—¿Kop? —preguntó Jakobi, fingiendo asombro—, supongo que pretende ir a jugar a los bolos.

Podríamos ir los tres, claro. ¿Qué te parece, Clairette?

Ella volvió a llenar la regadera y cruzó la habitación de puntillas.

—Sabes que no me gusta jugar. Ya he jugado lo suficiente.

—¿Y yo?

—Tú ya no eres un niño.

Llamaron al timbre de la entrada.

—¿Quieres que pasemos la velada juntos?

—Ha llegado Kop.

Ella simuló tener planes, como siempre hacía cuando aparecía Kop. Lo detestaba. Kop era la personificación de todo lo que aborrecía: la fuerza bruta masculina, el chovinismo, lo campechano, la fanfarronería.

—Deberíamos alternar un poco —dijo Jakobi en tono dubitativo—. Aquí, entre estas cuatro paredes, ya es todo bastante difícil. Si seguimos así, acabaremos en el manicomio...

—Antes pasábamos semanas enteras en una pequeña buhardilla. ¿No lo recuerdas?

—No aguanto más, Clairette, he de ir a la ciudad, ver gente, hacer cualquier cosa por más absurda que sea.

—Si crees que te ayudará, hazlo, vete tranquilo.

Volvieron a llamar al timbre, insistentemente.

—¿Y tú?

—Es mejor dejar los cadáveres en casa, pero en algún momento empiezan a

apestar y eso resulta desagradable.

La pesada bola golpeó la pista con estrépito y rebotó hacia la izquierda hasta caer en el canal lateral, sin tocar ningún bolo.

La bolera estaba casi vacía. Sólo dos de las ocho pistas estaban ocupadas.

Jakobi se sentó detrás del pupitre, agarró un lápiz y trazó una diagonal a través del triángulo correspondiente. Kop agarró la bola negra, se detuvo ante la línea blanca pintada en el suelo al principio de la pista y lanzó la bola con elegancia y sin esfuerzo. La bola rodó hasta el centro del grupo de bolos y, excepto dos, los derribó todos. Uno se tambaleó y acabó por golpear el último que permanecía en pie. La victoria de Kop resultó casi exagerada e intentó quitarle importancia.

—He tenido suerte —murmuró, e incluso renunció a apuntarse la última partida.

Marcel Jakobi estaba sentado delante del pupitre jugueteando con el lápiz. Había roto la punta sin querer. Kop le apoyó una mano en el hombro.

—Te llevará un par de años, Marcel, pero lo superarás. Debes hacerlo. ¿Por qué no emprendes un viajecito? Por el Mediterráneo, o algo así.

Kop se quitó las zapatillas de jugar a los bolos; en la bolera era obligatorio llevarlas.

—No puedo irme, no dejo de pensar que a lo mejor Lucien volverá y jugará con el pequeño Ferdinand en casa de los vecinos. Que llamaré a los padres por teléfono para que lo manden a casa.

Kop calló. Hacía tiempo que comprendía el problema de Jakobi: consistía en matar el tiempo durante los próximos tres meses. Él estaría a su lado, lo escucharía y, en primavera, daría un puñetazo en la mesa porque habría llegado el momento de poner punto final al luto.

—Venga —dijo Kop en un tono inusualmente suave—, vamos al bar Río.

Durante los días siguientes, Jakobi permaneció en el despacho hasta tarde por la noche. Se alegraba de poder trabajar, y cuanto más mejor. Era la primera vez en la vida que alcanzaba auténticos logros. Curraba como un poseso. Ningún detalle era demasiado nimio para que él no se ocupara personalmente de resolverlo. Clasificaba el correo con suma minuciosidad, abría cada sobre con el abrecartas, como si se tratara de crear un objeto artístico para la siguiente bienal. Examinaba con lupa cada folleto publicitario, comprobaba cada oferta a fondo e incluso resolvía las estúpidas encuestas de las empresas remitentes. Se sentía a gusto en medio del cúmulo matutino de folletos, estaba ocupado, podía olvidar y sin embargo no se veía obligado a tomar decisiones importantes. El correo diario era una de las cosas más bonitas de la jornada. Hasta que llegó la misteriosa tarjeta de Ginebra.

«Te mataré», ponía y, en el remitente: LUCAS.

Jakobi se puso de pie y corrió hasta el despacho del doctor Schultheiss con la tarjeta. Desde el día del entierro, cuando había acompañado a casa a Clairette, Schultheiss parecía despreciarlo aún más. Le tenía mucho afecto a Clairette, tal vez más que a una hija. Percibía que era desdichada y que no recibía el apoyo de Jakobi.

¿O acaso se debía a las interminables querellas con Kop a las que Jakobi no ponía punto final? ¿Acaso Schultheiss temía quedarse sin empleo? Era un adicto al trabajo. Había ahorrado lo suficiente para permitirse una jubilación cómoda, naturalmente, pero a un hombre que vive para trabajar no se le puede quitar el empleo. Incluso en la unidad de cuidados intensivos Schultheiss hubiera acabado la declaración de la renta antes de pedir más oxígeno.

—He recibido una postal de Ginebra —dijo Jakobi, lanzándole una mirada interrogativa. Schultheiss se alzó las gafas y levantó la vista del escritorio.

—¿Dice que ha recibido una postal de Ginebra?

—Sí.

—¿De un cliente? —preguntó Schultheiss en tono tranquilo.

—No lo sé. —Jakobi estaba muy nervioso. Y enfadado.

—¿Cómo se llama?

Jakobi guardó silencio. Schultheiss tendió la mano hacia la tarjeta. Jakobi vaciló. Después se marchó de la habitación sin decir una palabra.

Capítulo 6

LAS semanas transcurrían penosamente, como un líquido viscoso. Había días en los que Jakobi lograba olvidar, pero los recuerdos volvían repentinamente a hacer presente el pasado de un modo aún más aterrador.

Durante aquellas semanas, Jakobi ignoraba lo que hacía Clairette. Puede que se dedicara a los quehaceres domésticos con minuciosidad patológica. Los aborrecidos quehaceres domésticos se habían convertido en su principal ocupación. Jakobi tenía prohibido ayudarle. Sus tareas aumentaban y, con éstas, su enfado. Quería ser perfecta, irremplazable. Limpiaba los inodoros todos los días. De vez en cuando se imaginaba fugas que dejaban un rastro de cal y se pasaba la tarde buscando productos para impermeabilizar y para eliminar la cal.

Donde Jakobi se sentía más próximo a Clairette era en el cementerio, pero nunca lo visitaban juntos.

Cada vez que iba, las frescas rosas blancas delataban que su mujer había estado allí. Y Jakobi también le compraba flores a la florista, que no dejaba de fascinarlo, flores frescas para que su mujer supiera que él también había visitado la tumba. De vez en cuando se encontraban en la avenida del cementerio. En cierta ocasión, Jakobi se detuvo. Clairette siguió andando: pretendía que él regresara a la tumba una vez más, o que la esperara. Quería que hiciera un pequeño sacrificio; Jakobi trató de esperarla entre las tumbas. Cada vez que visitaban el cementerio había una nueva, porque el frío otoñal se cobraba sus víctimas y vaciaba servicios enteros de los hospitales. Pero esa tarde Clairette se detuvo ante la tumba. Hacía mucho frío y Jakobi sabía que esperaba un sacrificio de él. Trató de satisfacer su deseo, pero no lo logró. A medianoche, cuando abandonó el cementerio, Clairette aún permanecía de pie ante la tumba de Lucien.

Regresó a casa de madrugada. Estaba muy resfriada y pasó los diez días siguientes en cama, consumida por la fiebre. Jakobi le dejaba los medicamentos delante de la puerta y, por la mañana, una tetera de té caliente. Clairette se había encerrado en la habitación de Lucien; de vez en cuando, cuando iba al baño, él se colaba a hurtadillas en la habitación y examinaba el termómetro.

Todas las noches visitaba la tumba de Lucien. Como su mujer estaba enferma, era él quien compraba las rosas blancas y las disponía en el florero que sobresalía de la tierra que cubría la tumba. Hacía tiempo que había quitado la corona que ponía «Lucas» y la había depositado en una tumba abandonada. Pensar en Lucas lo llenaba de temor, pero intentaba reprimirlo. No tenía intención de hacer nada al respecto, se limitaba a esperar. En algún momento, el asunto se arreglaría por sí solo.

Cuando tras diez días Clairette abandonó la habitación de Lucien, se sumió en un

silencio absoluto y de noche trasgüeaba por los pasillos de la casa, como un fantasma. Hacía caso omiso de la presencia de Jakobi y éste la dejaba hacer sin hacerle preguntas. Aprendieron a comunicarse con rapidez y sin palabras. Ambos comprendían las señales enviadas por el otro. De noche, cuando Clairette estaba sentada delante del televisor y clavaba la vista en la copa vacía, Jakobi sabía que debía traerle más agua mineral de la cocina, pero si miraba el reloj y sus rasgos se crispaban, sabía que en realidad estaba cansada y quería irse a dormir pero no podía. Quería una botella de vino tinto. Por motivos incomprensibles, Clairette detestaba bajar al sótano; por eso tenía que comunicarse con Jakobi cuando quería beber. De todo lo demás se encargaba ella. Cuando Jakobi se sentaba a la mesa para almorzar, ella se levantaba; si ya estaba sentado a la mesa, aguardaba a que él acabara de comer y se levantara de la mesa. Sólo entonces se marchaba a la cocina.

Clairette circulaba únicamente entre el dormitorio, la cocina y el salón.

Se acostumbró a permanecer delante del televisor hasta el final de la emisión; cuando ésta llegaba a su fin, introducía un DVD en el lector. No podía concentrarse para leer un libro; después de leer unas líneas lo dejaba: algo la había molestado, le había recordado a Lucien o su propia vida.

De vez en cuando, Jakobi le hacía compañía. A veces una imagen televisiva provocaba una asociación que les despertaba un recuerdo compartido, pero muy rara vez intercambiaban una mirada. Jakobi amaba a Clairette, aunque quizá lo suyo no era exactamente amor sino el deber de apoyarla asumido años antes, porque en el fondo se sentía incómodo en su presencia, casi amenazado. Sobre todo en casa. Clairette se había vuelto inaccesible y la tensión y la agresividad acumuladas hacían crepitar el ambiente. Cuando su mujer se servía más vino, temía que arrojara la botella contra el televisor y se fuera a la cama sin mediar palabra. Si iba a buscar un cuchillo para cortar unas rodajas de queso y comerlas delante del televisor, él cambiaba de asiento al sofá más alejado, como si temiera que lo apuñalara de improviso. Le daba miedo y, cuando se pasaba horas sentada a oscuras en la habitación de Lucien y de repente aparecía en el pasillo, Jakobi cerraba la puerta de la suya sin hacer ruido y fingía dormir. En algún momento, Clairette había separado las dos camas y pasado la de él a la habitación que hacía las veces de despacho.

Esa noche, Jakobi también trató de encontrar un tema que la obligara a hablar. «Si habla no sentirá la tentación de permitirse un arrebato descontrolado», pensó. Pero no se le ocurrió un tema que garantizara un diálogo pacífico. ¿Debía volver a representar el papel del empleado del ferrocarril para despertar su compasión? ¿Decirle que estaba en apuros y contarle el asunto de Lucas? ¿Debía hablarle de aquello? Clairette jamás le perdonaría que se hubiera quedado con el dinero de Grauwiler, pero sin embargo debía contárselo.

—Schultheiss y Kop han vuelto a pelearse —dijo Jakobi, tratando de iniciar una conversación—. Hace poco Schultheiss incluso me dijo: «Le ruego que evite un segundo caso Grauwiler». ¿Te acuerdas de él?

Clairette se puso a cambiar de canal, saltando de un programa a otro en segundos; al parecer Jakobi había despertado su interés, hasta el punto de que no quería ver ningún programa en especial.

—Grauwiler fue mi primer cliente. No hacía ni dos semanas que estaba en la empresa.

—¿Por qué me lo cuentas? —Clairette lo miraba fijamente, con una mirada dura llena de reproche.

Jakobi ya lamentaba haber iniciado la conversación. Seguro que ahora Clairette le soltaría un sermón sobre Dios y el mundo y lo desolado de su existencia.

—Hace mucho que no me hablas de la empresa.

—No sabía si te interesaba.

Jakobi acababa de meter la pata. Sabía que esas palabras suponían el inicio de una discusión interminable que sólo podía acabar intensificándose y que superaría todas las discusiones anteriores. Jakobi ansió que llegara la hora de que Clairette se fuera a la cama.

—Siento gran interés por mi empresa, pero tú lo has olvidado, reprimido, porque me has degradado convirtiéndome en tu criada. Pero ahora eso cambiará, Marcel. Seguro que encontrarás a alguien que se ocupe de las tareas domésticas.

—¿Qué te propones?

Jakobi se inquietó. Cuando Clairette entraba en acción lo convertía en poco más que un gusano. Quería anticiparse a ella, someterse, soportar los reproches más absurdos, confesar y ponerse de rodillas para que lo alzara y tal vez lo abrazara.

—¿Por qué dices eso? Sé que te lo debo todo. Si no fuera por ti, todavía estaría en aquella cantina de la estación.

—Quién sabe, a lo mejor pronto volverás a estar allí.

Clairette calló. Jakobi sospechó que tramaba algo.

—¿Me estás amenazando?

—¿Con qué? —rió Clairette. Estaba en su elemento e hizo caso omiso del timbre que volvía a sonar. Debía de ser Kop: era el único que osaba tocar el timbre con tanta insistencia.

—¿Quieres que abra la puerta?

—No espero visita.

Parecía que empezaba a divertirse con la discusión.

—Yo tampoco espero visita.

—Entonces quédate sentado, estoy hablando contigo.

Jakobi se había puesto de pie, dudoso de qué hacer. No tenía inconveniente en volver a sentarse, pero la humillación de hacerlo hubiera sido demasiado grande.

—¿De qué quieres que hablemos?

—De que estoy destrozada, de eso quiero que hablemos.

Jakobi atravesó el salón; Clairette se puso de pie y se interpuso entre él y la puerta. Quería obligarlo a tratarla con violencia. Si pretendía abrirle la puerta a Kop,

se vería obligado a apartarle el brazo. Pero no se permitía la violencia, nunca en la vida había golpeado a otra persona. Por eso había recibido tantas palizas en la escuela.

—Detesto que me amenacen —dijo Jakobi, y agarró el brazo estirado de Clairette. Ella lo apoyó contra el marco de la puerta con fuerza aún mayor.

—Si me abandonas esta noche, no vuelvas. Cerraré la puerta con llave y no te dejaré entrar. Podrás recoger tu ropa en el jardín.

Jakobi sabía que lo decía en serio. No superaría esa noche sin humillarse.

Cuando el timbre volvió a sonar trató de agarrarla del brazo, pero ella lo retiró con rapidez y se apartó. Le lanzó una mirada malévola y triunfal que anunciaba venganza y castigo.

Jakobi abrió la puerta de entrada. Kop estaba a punto de perder la paciencia.

—Dios mío, Marcel, tenemos que estar allí dentro de media hora.

—¿Dónde?

—En lo de Gribi, pedazo de burro.

Jakobi volvió al salón seguido de Kop. Clairette estaba sentada en el sofá con una sonrisa encantadora.

—Buenas noches, doctora Jakobi —dijo Kop, aproximándose y estrechándole la mano con amabilidad. Clairette no se movió. Lo miró fijamente, para abochornarlo; sabía que no aguantaba su mirada y que en su presencia se derretía como un muñeco de nieve al sol. Kop desvió la mirada y se balanceó nerviosamente, pasando el peso de un pie a otro mientras esperaba a que Jakobi regresara con la gabardina.

—En la empresa siempre hay muchos problemas, la empresa Gribi, ¿la recuerda?

—Conozco a todos los clientes de mi empresa.

Kop se interrumpió, pero prosiguió inmediatamente.

—Quieren mostrarnos las nuevas naves de producción. Tomaremos un pequeño aperitivo. Hemos de demostrar que no sólo nos interesa su dinero, sino también sus instalaciones...

—... y su *whisky*.

Kop soltó una carcajada. Reír lo ponía tenso.

—¿No puedes ir tú solo? —dijo Marcel Jakobi al regresar al salón. Ya llevaba la gabardina gris claro colgada del brazo.

—El viejo Gribi insiste en verte, quiere comentarte algo...

—En realidad, nosotros también tenemos cosas que comentar —lo interrumpió Clairette.

—Pero se trata de algo muy importante, doctora Jakobi. Marcel no debe ofender al viejo Gribi. A fin de cuentas, es el director de la empresa.

—Por poco tiempo —dijo Clairette. Su sonrisa era fría y cruel.

Kop le lanzó una mirada interrogativa a Marcel. Una modificación en la jerarquía también tendría consecuencias imprevisibles para él; pero en ese momento Jakobi se preguntaba si podía darle un beso de despedida a su mujer. Si se lo daba, o al menos

si lo intentaba, apartaría la cara. Si no se lo daba, se lo reprocharía. Jakobi recorrió el salón en silencio y salió al pasillo. Kop lo siguió y volvió a despedirse diciendo:

—Doctora Jakobi.

Cuando por fin abrió la puerta de entrada y el aire frío le golpeó la cara, Jakobi se alegró.

—¡No juegues a los bolos mucho tiempo! —gritó Clairette a su espalda—. Te provoca tendovaginitis. Sería mejor que fueras a un bar: allí no te resfriarás.

Kop rió para sus adentros.

—¡A la salud del viejo Gribi! —exclamó Kop, alzando su copa de champán.

—A la salud del viejo Gribi —repitió Jakobi, pero sin el menor entusiasmo. Ambos estaban sentados ante la barra del bar Río, tonteando. Ya habían bebido unas cuantas copas y observaban sus rostros joviales en el espejo mural que había detrás de los estantes de las botellas. Jakobi disfrutaba de su ligera borrachera.

Durante los últimos meses cada vez le resultaba más difícil soportar el mundo (y su intimidad) estando sobrio. Últimamente bebía una copita de vino blanco como aperitivo, dos copas de tinto con el almuerzo, y por la noche bebía hasta caer dormido. Se daba cuenta de que tartamudeaba, de que tenía lagunas y de que a veces colgaba el auricular sin saber con quién acababa de hablar. Sencillamente lo olvidaba uno o dos minutos.

Jakobi le lanzó una mirada a Kop. Volvía a recordar que lo había sacado de su casa con una excusa.

—¿Por qué mencionaste a Gribi? Hace mucho que dejó de ser cliente nuestro.

—Era un cabrón redomado, deberías alegrarte de que nos deshiciéramos de él. —Kop rió y alzó la copa.

—Clairette no lo vería así.

Kop negó con la mano.

—Alégrate de que te haya sacado de allí. Aquello es peor que la cárcel, porque en la cárcel al menos el retrete está junto a la cama.

Kop le hizo señas a la camarera. Quería pedir otra botella y su gesto era desenfadado, como el de esos fanfarrones que por las noches pretenden conquistar la ciudad con un puñado de billetes. Kop no era un gran bebedor, pero cuando quería sonsacarle algo importante a Jakobi, bebía tanto como él. En cambio, Jakobi era de esos que aún no se han dado cuenta de que son unos borrachos porque siguen funcionando. Por las mañanas se presentan bien afeitados, llegan puntuales al trabajo y todavía no han intentado dejar de beber durante un día. Detrás de ciertos aficionados al buen vino se oculta un alcohólico indefenso.

—¿Acaso Clairette quiere volver a la empresa? —preguntó Kop.

La mirada de Jakobi se volvió inquieta. Si Clairette se aliaba con Kop, sus perspectivas eran nefastas. La idea le pasó por la cabeza como un cohete.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Clairette te ha dicho algo?

—Tú estabas allí, ¿no? Ha sido algo más que una insinuación. Debes investigar

ese asunto, Marcel. Si descubre que he convertido la empresa de su honorable padre en una lavandería... —dijo Kop, riendo y agachando la cabeza como si una Clairette invisible se dispusiera a darle una bofetada—. En serio, Marcel, si ésa vuelve podemos hacer las maletas.

Kop empleaba el «nosotros» siempre que se sentía amenazado, pero cuando se trataba de un éxito permanecía fiel al «yo».

—No tengo nada que reprocharme —repuso Jakobi, y se echó a reír; era la primera vez que lo hacía en muchas semanas—. Excepto haberte contratado, quizá.

Ambos entrechocaron las copas, sonriendo.

—A la salud del caso Grauwiler —murmuró Kop, y observó la reacción de Jakobi.

Éste volvió a dejar la copa en la barra: con ese comentario, Kop le había estropeado la velada. Estaba realmente enfadado con él.

—¿Qué pasa con Grauwiler? —preguntó Kop con fingida inocencia.

—¿De vez en cuando te dedicas a enviar postales?

—¿Yo? —Kop estaba sorprendido y trataba de encontrarle la gracia a la pregunta—. Háblame de Grauwiler. ¿Qué pasó en aquel entonces?

—Fue mi primer cliente. Lo perdí. Eso es todo.

—¿Cuánto perdió él?

—¿Quién? —preguntó Jakobi en tono desconfiado.

—Grauwiler —contestó Kop alegremente.

Jakobi lo contempló un buen rato. Era demasiado perezoso para plantarle cara a Kop. Quería averiguar si sabía algo y le resultaba indiferente que su silencio le confiriera un peso adicional al asunto Grauwiler. Pensó en inventar una historia de cama, pero era de suponer que entretanto Kop ya había revisado los archivos y descubierto quién era Grauwiler.

—¿Sabes guardar un secreto? —preguntó Jakobi.

Kop asintió con la cabeza y Jakobi sonrió de oreja a oreja.

—Yo también, querido Kop, por eso me lo guardo.

—Venga ya —dijo el otro—. Yo también te contaré un secreto, hasta creo que es uno que te importará bastante.

Jakobi estaba convencido de que Kop había visto algo relacionado con «Lucas» o lo había visto en el hotel Euler con Charlotte.

—Grauwiler era un fabricante de salchichas de Ginebra. Me confió un poco de dinero; yo lo usé para jugar en la Bolsa y obtuve una pequeña ganancia. Después se lo devolví. Mi suegro se lo tomó muy mal y Grauwiler dejó de ser cliente nuestro.

Jakobi habló apresuradamente. En realidad hubiera querido decirle la verdad pero sabía muy bien que, aunque Kop era un tipo simpático, también era de naturaleza astuta y, si metía las narices en el asunto Grauwiler, todo tendería a empeorar. Lo único que quería era averiguar el secreto de Kop.

—Cuéntame tu secreto.

Kop soltó una carcajada y le golpeó el hombro; el champán se derramó.

—Ahora te contaré un auténtico secreto: soy tu amigo y, al igual que todos los buenos amigos, no tengo secretos para ti.

Eso era típico de Kop. En realidad, Jakobi no tenía muy claro por qué lo apreciaba tanto. ¿Quizá porque, a diferencia de Clairette, hablaba superficial y despreocupadamente de todo lo que se le pasaba por la cabeza? ¿Porque era una persona alegre y risueña?

Jakobi quería poner fin a la velada. El beneficio había sido escaso. Kop se dio cuenta de que Jakobi no tenía ganas de seguir bebiendo; le hubiera gustado pedir otra botella para que no se marchara, pero tenía el Chevrolet azul en el aparcamiento. Quería conducir hasta su casa y pretendía estar lo bastante sobrio para hacerlo. Kop era un hombre de principios, sólo que a ellos se sumaba su astucia en los negocios.

—¿Hace mucho que duermes en la habitación que has convertido en tu despacho? —le preguntó, intentando penetrar en la intimidad de Jakobi. Quería ahorrarse la tercera botella de champán sin perder la atención del otro.

—Anoche me acosté muy tarde y no quise despertar a Clairette.

—A mí no me ha parecido un arreglo provisional —murmuró Kop con exagerada preocupación—. ¿Qué haces a solas en tu despacho por las noches? ¿Estudias la nueva jurisprudencia acerca del divorcio?

—No quiero divorciarme —se indignó Jakobi; sí que quería, a decir verdad, pero no podía. Reconocía que le daba miedo.

—Espera a ver qué pasa, Marcel, mañana querrás hacerlo. Eso fue lo que me ocurrió a mí. Las parejas dejan de relacionarse, como si quisieran prepararse para la soltería. Haz que crea que le pones los cuernos, eso simplificará las cosas. ¿Tienes una amante?

¿Era eso lo que Jakobi valoraba de él, esa actitud sincera y abierta, tosca y desmañada, a veces grosera y primitiva pero sincera y directa?

—Si abandono a Clairette, me mata.

Kop soltó una carcajada.

—Cuando le dije a Florence que las cosas entre nosotros se habían acabado, primero quiso quitarse la vida, pero ya sabes lo torpe que era. Después quiso matarme a mí. Ahora vive con ese sacerdote católico renegado en los alpes de Friburgo y administra un telesquí. No, Marcel, Clairette no te matará, ¿por qué habría de hacerlo cuando todo le pertenece a ella? A lo mejor estará encantada de librarse de ti, ¿no te parece? Es una posibilidad.

Pasaron toda la velada en el bar Río, hasta altas horas de la noche. Hablaron de mujeres, con la insensibilidad y la falsedad de las que sólo son capaces los hombres. Kop le habló de un yate que quería comprar, del mundo que recorrería en yate y de las mujeres que lo acompañarían. Y desde luego de que su amigo Jakobi también formaría parte del grupo.

Kop sospechaba que, en caso de que Clairette volviera, sus días en la financiera

Leutwyler estaban contados. Ya planeaba su futuro con la cartera de clientes con la que procuraría quedarse. En su fantasía, Marcel ya se había divorciado de Clairette. Dos hombres en alta mar, viento en popa...

Poco después de medianoche, Kop dejó a Jakobi ante la puerta de su casa. Las luces estaban apagadas; la puerta de entrada no estaba cerrada con llave, como Clairette había amenazado que estaría. En su dormitorio no había nadie, la nevera estaba vacía. La camisa limpia para el día siguiente reposaba encima del montón de ropa del sótano.

Jakobi se sintió aliviado. Tal vez su mujer se hubiera arrojado a las vías del tren. Él no haría lo mismo, pero en caso de que regresara las cosas empeorarían, porque Clairette presentía todos sus pensamientos, esos que él era incapaz de formular hasta el final.

Clairette no estaba tendida en las vías del tren. Estaba sentada detrás del gran escritorio de caoba de su padre y revisaba la correspondencia de los últimos cinco años. Todo lo relacionado con el asunto Grauwiler. No se levantó en ningún momento; de vez en cuando dirigía la mirada al retrato de su padre. Siempre había querido ser como él y ahora lo echaba de menos.

Seguía amando a Jakobi, más que a nadie, pero al mismo tiempo deseaba no haberlo conocido nunca, porque no sabía si algún día él encontraría la palabra que la liberara de su prisión.

Clairette permaneció en el despacho toda la noche. Cuando empezó a clarear volvió a dejar los archivadores en el estante. Echó un vistazo al lugar de trabajo de Charlotte; jamás hubiera osado entrar en el despacho del doctor Schultheiss, y el de Kop no le interesaba. Apagó la luz, cerró la puerta con tres vueltas de llave y tomó el ascensor a la planta baja.

Los primeros tranvías se vaciaban en las paradas, la gente bajaba y cruzaba la calle como un ejército de hormigas para desaparecer en los edificios de oficinas y las tiendas.

Clairette se sentó en un café y pidió el desayuno. Desde su mesa junto a la ventana veía toda la calle y también veía a Jakobi cuando entrara en la empresa. Llegó a las ocho y media. Clairette pagó, condujo hasta su casa, tomó un somnífero y se fue a dormir.

Capítulo 7

CHARLOTTE estaba colgada de los brazos en los asideros cromados de la ducha, a ambos lados de la jabonera, con las piernas abrazadas a las caderas de Jakobi y corcoveando como una yegua excitada. Jakobi la agarraba de la cintura y la penetraba profundamente. Sus pechos se agitaban y alcanzó el orgasmo gimiendo de placer.

Horas después, cuando recogían su ropa interior del suelo del hotel, intercambiaron apresuradamente unas cuantas palabras, como si aún tuvieran que acordar una cita de negocios.

—Hemos de tener más cuidado en la oficina, creo que Kop sospecha algo —dijo Jakobi.

—¿Kop? —replicó Charlotte desconcertada. Cuando vio la expresión de Jakobi soltó una suave carcajada—. No lo creo, lo único que quiere es tomarte el pelo.

Jakobi le abrochó el sujetador negro y la rodeó con los brazos hasta que ella percibió la presión de su pene erecto contra el trasero y echó atrás la cabeza.

—Esta mañana Kop me ha dicho que te divorcias.

—Que se ocupe de sus propios asuntos —le susurró Jakobi al oído, y le acarició el cuello—. Desde que se divorció está empeñado en convertirme en un soltero.

Charlotte cerró los ojos.

—Jamás abandonarás a Clairette, ¿verdad?

Jakobi le bajó la braguita negra y deslizó la mano entre sus piernas; el agua y el amor seguían humedeciendo su vulva.

Charlotte se puso de rodillas y apoyó las manos en la alfombra. Con mucha suavidad, Jakobi le introdujo la verga en la tibia cavidad mientras ella se balanceaba hacia delante y hacia atrás. Él se inclinó hacia delante, buscó sus pechos, los levantó y la atrajo hacia sí.

Se amaron hasta media tarde, hasta quedar tendidos bajo la ventana del hotel, jadeando. En el fondo se entendían estupendamente; nunca habían intentado hacer nada en común fuera del hotel Euler, como ir a cenar o al cine. Todo siempre transcurría de igual modo: la pequeña habitación del hotel Euler, el recuerdo del encuentro anterior, la llamada telefónica y la reserva a nombre del señor Bryan.

Antes de dejar la habitación bebieron la inevitable copa de champán. El amor los dejaba vacíos y satisfechos. Por primera vez, Jakobi sintió que ella quería algo más que las horas pasadas en el hotel. No era nada extraño que intentara imaginarse una vida con él, dado lo bien que se entendían en la cama.

Charlotte quiso saber más acerca de Clairette: si todo había empezado entre ambos de un modo similar. Y si tal vez también acabaría de un modo similar.

Jakobi no tenía ganas de contarle la verdad. La pasión física tal vez fuera

semejante, pero... había sido amor, auténtico amor, ilimitado y eterno, y Jakobi no quería hablar de ello.

—Dame tiempo, Charlotte —dijo, poniéndose los calcetines.

—No me queda mucho, Marcel, tengo treinta y ocho años.

Lo miró de un modo desconocido. Amaba a Jakobi y, a decir verdad, él también la amaba. Se sentía bien entre sus brazos pero no quería permanecer allí para siempre, sólo de vez en cuando. Jakobi se abrochó los botones del pantalón blanco. Hacía adelgazado y hacía dos semanas que llevaba cinturón. Jakobi le lanzó un vistazo; quería explicárselo, quería intentarlo. Charlotte se pasó el estrecho jersey color burdeos por la cabeza y poco a poco volvió a convertirse en la secretaria de la asesoría financiera Leutwyler, S. A.

—La vida con Clairette es un infierno, pero no siempre fue así. Cuando nació el niño, nuestras necesidades pasaron a un segundo plano. Sabíamos que Luden sólo viviría unos cuantos años. Sufría una enfermedad incurable. Quisimos regalarle una vida durante ese breve lapso y haciéndolo perdimos la nuestra. Clairette y yo necesitamos una oportunidad. Sin Lucien, las cosas jamás hubieran acabado así. Ahora que ha muerto, ella necesita mi apoyo. No puedo abandonarla así, sin más. Lucharé por conservarme. Esperaré hasta que pueda vivir sin mí, pero no la abandonaré por otra mujer, lo haré para recuperar mi libertad.

Charlotte le dedicó una sonrisa comprensiva. Las lágrimas le surcaban las mejillas. Hacía tiempo que sabía que jamás podría proporcionarle lo que había experimentado con Clairette. Sabía que Jakobi ya no quería vivir un amor loco, que sólo quería que lo dejaran tranquilo y, de vez en cuando, jugar a ser el señor Bryan. Jakobi la estrechó en un abrazo. Charlotte no le dijo que quizá le hubiese gustado tener un hijo suyo, no dijo nada más. A lo mejor debería haber callado antes. A lo mejor todo hubiera seguido igual de bien durante años, pero su anhelo era que Jakobi se lo entregara todo, que le entregara el corazón, a ella sola.

Cuando Jakobi bajó por la escalera del hotel, el portero le hizo una señal.

—Le han enviado una postal, señor Bryan.

—Debe tratarse de un malentendido.

—Pero usted es el señor Bryan, ¿verdad?

Claro que lo era, cuando reservaba una habitación del hotel a mediodía. Pero era imposible que nadie lo supiera y por eso tenía que tratarse de un malentendido.

El portero volvió a tenderle la postal y, con expresión decidida, dijo:

—De momento, usted es el único señor Bryan del hotel.

Jakobi agarró la tarjeta. No quería llamar la atención de los otros huéspedes negándose a aceptarla. Quizás alguien supiera que él era Marcel Jakobi, así que la tomó y salió a la calle. Charlotte había abandonado el Euler unos minutos antes y en ese momento bajaba por la escalera que desembocaba en el paso subterráneo de la estación de ferrocarril. Jakobi echó un vistazo a la postal: era una fotografía de un antiguo monumento de Basilea, el de San Jorge a caballo clavando la lanza en las

fauces del dragón. Leyó lo que ponía en el reverso. De inmediato, supo que la tarjeta estaba destinada a él. El texto era inequívoco:

«*Estoy aquí. Te mataré. LUCAS*».

Jakobi pasó la tarde detrás de su escritorio de caoba de la asesoría Leutwyler. Por la ventana veía el concurrido cruce. El tranvía 16 subía por la empinada Margarethenstrasse; quizá Lucas tomara por ella si venía desde la estación de ferrocarril. En la esquina de la Margarethenstrasse con Steinentorberg había un inmenso hueco entre las casas: habían demolido el café Ópera y también las casas contiguas. Cuando aún trabajaba en la estación de ferrocarril, Jakobi había vivido en una de ellas. Recordaba la pequeña buhardilla, cuyas claraboyas siempre estaban llenas de excrementos de paloma. En la planta baja solía haber una especie de depósito de alfombras. En los pisos habían reformado los apartamentos para convertirlos en habitaciones individuales baratas. Todos los pasillos apestaban a ropa de cama mugrienta, retretes sin ventilación, café y aguardiente. Alrededor de las diez, unas figuras excéntricas con calzoncillos largos agujereados se arrastraban hasta el único lavabo del pasillo y se lavaban la cara con mucha precaución, como si se tratara de no emborronar un óleo recién pintado. Se quitaban un jersey tras otro, metían todas sus cosas en un bolso y se marchaban. Jakobi suponía que emprendían viaje para conocer mundo, pero por la noche volvían a estar allí, figuras silenciosas que le esquivaban como tímidas fieras. Y Jakobi había sido una de ellas. En otra época.

Con aire pensativo, Jakobi quitó el polvo del escritorio de caoba con la mano. Se sentía bastante peor que en aquel entonces, en esa buhardilla que ya no existía. Contempló la grúa de la obra, cuyo brazo de hierro oscilaba de un lado a otro hasta que la bola de cemento colgada *del* extremo tomaba impulso y demolía otra pared. Se preguntó dónde estarían todas aquellas personas que habían vivido allí, en ese lugar donde las palomas cagaban por las ventanas abiertas.

Al atardecer, cuando llegó en coche a casa, había un hombre en la entrada. Se había levantado el cuello del largo abrigo. Jakobi detuvo el coche delante del portal y se apeó, contemplando al desconocido con desconfianza. Iba hacia la cancela del jardín delantero cuando el desconocido le cerró el paso.

—¿Es usted el señor Jakobi?

Jakobi retrocedió asustado y clavó la mirada en las manos del otro, que se movían dentro de los bolsillos del abrigo. En las películas, había visto personajes infames que disparaban un arma que llevaban en el bolsillo, y Lucas pertenecía a esa categoría de persona. La infame corona depositada en la tumba lo demostraba.

—¿Lucas? —preguntó Jakobi con un hilo de voz, sin despegar la vista de las manos del otro.

—Max —dijo, sacó la mano del bolsillo con rapidez y se la tendió. Jakobi, desconcertado, se la estrechó.

—He venido por los muebles infantiles. El señor Kop, nuestro vecino, me dijo que me diera una vuelta por aquí... —dijo Max, con una amplia sonrisa. Llevaba un hirsuto bigote castaño claro y era un hombre de aspecto bonachón, un tanto rollizo y con panza.

Jakobi alzó la vista, aliviado. Tras las cortinas, durante un fragmento de segundo, creyó ver la cabeza de Clairette.

—Pase, por favor.

Ambos entraron a la casa.

—Los niños crecen con mucha rapidez. ¿Para qué comprar cosas nuevas? Además, los juguetes de segunda mano son más saludables, debido a la pintura venenosa. Seguro que usted ya lo sabe. Dicen que el amarillo es especialmente venenoso. Y también el plástico. Si tiene piezas de Lego me las llevaré todas, excepto las amarillas. Y también el Playmobil. He traído el catálogo y he marcado lo que los niños ya tienen... me encantaría el Safari-Jeep. Pero que hayan pintado al porteador de negro me parece una equivocación, hoy ya no se puede hacer eso porque nosotros, los blancos, somos los porteadores del futuro...

Jakobi trató de abrir la puerta de la habitación de Lucien. Estaba cerrada con llave o cerrada con cerrojo por dentro.

—Lo siento, ya está todo vendido.

—¿De veras? ¡Qué lástima! El señor Kop me habló de una granja de madera. Se la prometí a los niños. Una vaca de plástico cuesta dos cincuenta en las tiendas, ¿verdad? Y seguro que si le comprara la granja usted me la regalaría. ¿Y ahora qué hago? ¿Permite que me quite el abrigo?

—Déjeselo puesto y váyase al diablo.

—Oiga...

Jakobi lo empujó por el pasillo y abrió la puerta principal.

—Cuidado con el escalón.

Max quiso añadir algo pero ya estaba fuera, en el felpudo marrón. La puerta se cerró con estrépito. Jakobi se quitó el abrigo y lo arrojó encima del pasamano de la escalera. Sabía que había sido injusto con el hombre, pero la incertidumbre de no saber si era Lucas o no lo había puesto insoportablemente tenso.

Entonces oyó una llave que giraba en una cerradura y regresó a la puerta de la habitación del niño. Cuando trató de abrirla descubrió que ya no estaba cerrada con llave. La entreabrió y se asomó. Clairette estaba sentada en alguna parte, lo percibía. En el magnetófono sonaba una canción triste: *Home into the River*.

—No ha sido idea mía, créeme, fue Kop quien envió a ese imbécil —dijo, en la oscuridad.

Jakobi oyó abrirse la segunda puerta de la habitación infantil. Era evidente que Clairette hacía oídos sordos a sus palabras. Salió al pasillo atravesando la habitación contigua y Jakobi la siguió hasta la cocina. Clairette sostenía una copa en la mano, sacó una botella abierta de vino blanco Dézaley de la nevera y se sirvió. Después la

dejó encima de la mesa. Jakobi también se sirvió una copa.

—La reunión se prolongó un poco más de lo previsto, no pude llamarte por teléfono. ¿Estás enfadada?

—Aún te ruborizas cuando mientes.

Clairette volvió a la habitación del niño y cerró la puerta con llave. Jakobi quiso entrar por la otra puerta, la que daba al pasillo, pero Clairette se le adelantó y también la cerró con llave por dentro. Jakobi se quedó plantado con la copa de vino en la mano. La vació de un trago y esperó. Después llamó a la puerta con suavidad.

—¿Clairette?

—Te ha llamado un tal señor Lucas.

—¿Lucas? —gritó Jakobi, golpeando la puerta con violencia—. ¿Qué quería?

—Quería hablar contigo.

—¿Por qué? ¿Qué quiere de mí?

—Dice que tú lo sabes. Que ahora está en Basilea y que próximamente te hará una visita.

Jakobi no comprendió sus últimas palabras. El volumen del lamento indio de la canción era demasiado alto. La voz aguda de la cantante rogaba al río que la acogiera en el reino de los muertos y no la devolviera a la orilla. Jakobi gritó el nombre de Clairette, pero cuanto más gritaba más ensordecedora se volvía la música.

Esa noche Jakobi permaneció en el despacho de su casa con la vista clavada en el teléfono. Quería hablar con Lucas. Pensó en ir en coche hasta Ginebra para verse con Grauwiler. Pero si el misterioso Lucas era un desconocido, lo único que conseguiría visitando a Grauwiler en Ginebra sería proporcionarle una pista a Lucas.

Aguardar junto al teléfono sin hacer nada acabó por resultarle insoportable. Lo desconectó y trató de conciliar el sueño, pero estaba inquieto. No lograba dejar de pensar en Lucas. Alrededor de las dos de la madrugada tomó un somnífero y por fin se durmió. Soñó con Lucien. Lucien era feliz, corría por la avenida del cementerio. En la pequeña tumba yacía otra persona. Cuando Jakobi despertó, quiso ir directamente a la habitación a abrazar a Lucien. Entonces el recuerdo lo golpeó como la bola de cemento que había visto en la obra del café Ópera. Lucien estaba muerto.

Capítulo 8

KOP estaba sentado en el borde del escritorio de caoba jugueteando con los expedientes que Jakobi le había dado.

—Créeme, Marcel, confía en mi olfato. En un par de meses estaréis divorciados. Mejor un final doloroso que un dolor sin fin.

—Supongo que estás ansioso de que ocurra.

—Estás desperdiciando tu vida. Eres como alguien que está en la estación sabiendo adónde quiere ir pero deja pasar un tren tras otro.

—¿Quieres algo más?

Kop bajó del escritorio, no quería insistir.

—¿Ha ido a verte Max?

Jakobi se encolerizó; había olvidado al desconocido y su cháchara.

—Debes estar como una cabra para enviarme a un perfecto desconocido a casa. No te metas en mis asuntos...

Kop no se lo tomó a mal. Le lanzó una mirada escrutadora pero no resentida.

—Soy tu amigo, Marcel. Hace tres meses que tu hijo ha muerto.

—¿Ya han pasado tres meses? —Jakobi parecía perplejo: el tiempo había seguido transcurriendo, pese a todo.

—Sí, Marcel. Está muerto. Hace tres meses. Procura olvidar. Tienes que mirar hacia delante, emprender algo nuevo, cambiarlo todo. Abandona esa casa, múdate a un nuevo entorno que no te recuerde el pasado. Clairette trata de impedirlo, porque si logras superar la muerte de Lucien ya no habrá nada que os una, y ella lo sabe.

Jakobi sabía que Kop llevaba razón y también que realmente intentaba ayudarlo. Por una parte, quería renunciar a todo lo que le recordara a Lucien; por otra, buscaba los recuerdos, la proximidad de su hijo muerto.

—Me han hecho una oferta provechosa por un yate estupendo. Si logro reunir el dinero, lo compraré. Navegaremos juntos hasta Grecia y disfrutaremos de dos semanas maravillosas —dijo Kop, golpeándose los muslos con aire divertido—. Y cuando regresemos, montaremos nuestra propia empresa. Clairette nos despedirá a los dos, créeme. No se quedará mucho tiempo mano sobre mano; ayer Schultheiss mantuvo una prolongada conversación telefónica con ella. Creo que quiere que vuelva a la empresa y eso es lo mejor para ella, claro: regresar a la empresa y concentrarse en el trabajo. Pero para nosotros será el fin.

Jakobi no creía que Clairette lo despidiera; tenía los buenos modales que había heredado de su padre demasiado arraigados.

Alguien llamó a la puerta. Charlotte entró y dejó el correo en el escritorio de Jakobi. Kop la siguió con la mirada: no la deseaba, quería que se fuera al diablo

porque Charlotte lo molestaba. Quería estar a solas con Jakobi, quería ayudar a su amigo.

—¿Reservo una habitación para el señor Bryan? —preguntó ella suplicante. Ya sabía la respuesta, de ahí la súplica.

—Bryan ha anulado todas las citas.

—Es una pena, me caía bien.

Charlotte abandonó el despacho. Jakobi sintió lástima por ella. La apreciaba, pero la mezcla de sentimientos lo sumía en la confusión. Por primera vez, la idea de ocupar la habitación 207 no lo excitaba. Necesitaba a alguien que le ofreciera su apoyo.

—¿Quién demonios es ese señor Bryan? —preguntó Kop.

Jakobi no contestó y se puso a clasificar el correo en silencio. De repente descubrió la postal de Basilea con la imagen ecuestre de san Jorge. Al mirar el reverso vio que se la había enviado Lucas: «Estoy abajo, en la calle. Lucas», ponía.

Jakobi dejó caer la postal, corrió a la ventana y clavó la vista en la calle. Había docenas de personas y cualquiera de ellas podría ser Lucas. Cualquiera.

—¿Quién es Lucas? —preguntó Kop.

Jakobi se giró. Kop arrojó la tarjeta sobre el escritorio; la había leído. Jakobi le *lanz*ó una mirada desconfiada.

—¿De verdad no lo sabes?

Kop negó con la cabeza. Parecía esperar una respuesta.

Jakobi abrió la puerta y salió al vestíbulo. Charlotte y el doctor Schultheiss estaban de pie ante el estante de los expedientes. Schultheiss sostenía unas hojas en la mano, Charlotte jugueteaba con su collar. Ambos alzaron la vista, parecía que acababan de mantener una conversación íntima.

—Si llama un tal señor Lucas, dígame que...

Jakobi enmudeció; Schultheiss le miró perplejo. El rostro de Jakobi era una máscara inexpresiva: era como si hubiera descubierto algo terrible.

—¿Es cliente nuestro? —preguntó Schultheiss.

Charlotte esperaba que terminara la frase, sin disimular su decepción por la anulación de la cita con el señor Bryan.

—¿Qué quiere que le diga al señor Lucas?

Kop apareció en el umbral, detrás de Jakobi. Llenó su pipa de tabaco con aire pensativo; parecía que estaba urdiendo algún plan.

A la mañana siguiente, Schultheiss, Kop y Jakobi hablaban de la estrategia con respecto a un nuevo cliente; los tres estaban sentados en el despacho de Schultheiss, en el que reinaba un orden perfecto. Jakobi volvió a sentirse fascinado por los lomos de los numerosos archivadores negros, casi ilegibles. Schultheiss escribía a mano las etiquetas y procuraba ser el único capaz de descifrarlas: quería seguir siendo imprescindible.

—¿Desea hacer algún comentario?

El doctor Schultheiss y Kop aguardaron a que Jakobi respondiera, pero éste se mantuvo callado. Había perdido el hilo de la conversación. Entonces intervino Kop.

—Según los informes de Brodmer, del departamento de quiebras, nuestro cliente puede hacerse con el edificio de la empresa, incluido el inventario, por 5,4 millones.

Jakobi asintió, como si estuviera de acuerdo con su comentario, pero en realidad se limitaba a estar agradecido de que Kop hubiera tomado el mando y poder seguir reflexionando sobre Lucas, Clairette y todo cuanto lo atosigaba de un modo insoportable, porque no sabía cómo resolverlo. Kop siguió hablando y gesticulando, unas veces con aire serio e implacable, otras esbozando una sonrisa coqueta y jugueteando con su corbata a rayas blancas y azules, que no hacía juego en absoluto con su camisa amarilla. No tenía buen gusto, quizá porque una camisa barata, por más horrorosa que fuera, le producía más placer que una de buena tela y corte elegante cuatro veces más cara. En cambio era un genio de la oratoria y constituía una ayuda inestimable desde cualquier punto de vista. Jakobi le estaba agradecido y en ese preciso instante decidió asociarse con Kop. Una vez que Schultheiss se hubiera despedido, le ofrecería comprar una parte de la empresa. Kop sonrió, como si hubiera adivinado sus pensamientos.

Schultheiss parecía prestar atención a los argumentos de Kop y asintió, pero con expresión compungida. Al final se le ocurrió un argumento que quizás hiciera fracasar la estrategia de Kop y esbozó una sonrisa cansina.

—Todo eso suena muy bien, señor Kop. Pero ¿qué ocurrirá con los bancos acreedores? Si no estuvieran de acuerdo... —dijo, lanzándole un vistazo a Jakobi, que seguía ausente. Kop disfrutaba del espectáculo; retomó el hilo de inmediato.

—Yo lo arreglaré. Los acreedores no tienen otra opción; si no aceptan la venta, en un mes la empresa saldrá a subasta y, en ese caso, lo único que podrán vender serán los grabados de la sala de juntas.

Kop estaba convencido de tener razón, como siempre. Una vez más, le había sacado una vuelta de ventaja a Schultheiss. El teléfono sonó, Schultheiss descolgó el auricular, escuchó con atención y miró fijamente a Jakobi. Después arqueó las cejas con expresión sorprendida y sonrió.

—Charlotte le ruega que salga, señor Jakobi; hay una llamada personal para usted...

Jakobi se levantó con tanta precipitación que derribó la silla. Kop la levantó. Jakobi se aflojó el nudo de la corbata y abandonó la habitación.

Charlotte lo estaba esperando. En cuanto él cerró la puerta a sus espaldas, ella le susurró:

—Ha llamado el señor Lucas.

—¿Qué ha dicho?

Charlotte sacó una notita, contempló el papel y, avergonzada, tartamudeó:

—«El número de Lucas es el 453 797 436. Lucas fue estafado por valor de ciento cincuenta mil salchichas. Lucas tiene hambre».

Jakobi se llevó la mano a la garganta, tratando de encontrar una salida.

—¿Qué te pasa?

Charlotte se puso de pie con la intención de tocarlo, pero Jakobi retrocedió: tenía miedo.

—¿Volverá a llamar?

—Sí, creo que sí.

—¿Sí o no? —gritó Jakobi a voz en cuello. Charlotte retrocedió un paso, asustada.

—No ha dicho nada más, pero me ha dado la impresión de que él...

—La próxima vez, pásamelo de inmediato. Si no estuviera aquí, concierta una cita. Da lo mismo dónde y cuándo.

Jakobi abrió el cajón del escritorio de Charlotte, sacó un manajo de llaves y abandonó la recepción.

La asesoría financiera Leutwyler, S. A., había alquilado diversos espacios en el sótano. Uno de ellos se utilizaba como archivo para los expedientes de los clientes que habían fallecido o de cuyos asuntos la empresa había dejado de ocuparse por algún motivo.

Jakobi bajó en ascensor. El sótano olía a los medicamentos del almacén de la farmacia de la planta baja. El olor le recordó a Lucien. La puerta metálica gris ahuyentó el recuerdo; estaba cerrada con llave. Jakobi intentó abrirla con diversas llaves y por fin encontró la correcta. Abrió y tanteó la pared buscando el interruptor. De pronto se sobresaltó, apartó la mano y se golpeó la espinilla contra la puerta metálica entreabierta. Había sufrido una descarga eléctrica; la luz estaba encendida, el interruptor colgaba de la pared. Echó una desconfiada mirada en torno, como si tratara de descubrir un poder misterioso. Por fin se animó a entrar en el archivo, no sin antes comprobar que la puerta no volviera a cerrarse por sí sola.

Después fue de estante en estante buscando la letra «G». Recitó el alfabeto en voz baja, porque en medio de su desasosiego no recordaba si la «G» venía antes de la «D». Grauwiler. Sacó el archivador y lo abrió: estaba vacío. Alguien había sacado el contenido hacía poco, las huellas en el polvoriento estante lo confirmaban pero ¿quién? «Schultheiss, Kop o Charlotte —pensó Jakobi—. O Clairette. O los cuatro, confabulados». Estaba seguro de que Grauwiler no tenía nada que ver con el asunto, porque no tenía acceso al archivo. El doctor Schultheiss quería que saliera de la empresa, quería que fracasara porque sabía perfectamente que Clairette volvería al trabajo. El doctor nunca lo entregaría a la policía, por supuesto. Sólo quería deshacerse de él. Pero si quien se había apoderado del contenido del archivador era Schultheiss, ¿quién acababa de llamarlo por teléfono? ¿Se trataba de una manipulación? ¿Charlotte formaba parte de ella? El señor Bryan la había decepcionado. A lo mejor todo había empezado como un juego, aquel día, cuando Schultheiss había dicho: «Le ruego que evite un segundo caso Grauwiler». Tal vez la reacción de Jakobi había estimulado la imaginación del doctor. Había seguido a

Jakobi hasta el Euler y después le había pedido explicaciones a Charlotte. Claro: la llamada previa no había existido, formaba parte de la trama urdida por Schultheiss y Charlotte. En su último encuentro en la habitación 207, ella había salido del hotel antes que él y dejado la postal de «Lucas» al recepcionista.

Poco después, cuando Jakobi volvió a las oficinas de la cuarta planta, creyó haber dado con la verdad. Charlotte estaba sentada a su mesa y, junto a ella, ligeramente inclinado hacia delante, estaba Schultheiss; ambos cuchicheaban. Cuando Jakobi entró, el doctor se irguió y se arregló la pajarita.

Después de dejar las llaves en el cajón de Charlotte echó un vistazo al despacho de Kop, que sólo alzó la vista un segundo y volvió a enfrascarse en el montón de expedientes.

—En caso de urgencia, podrá localizarme en mi número particular, Charlotte.

—Muy bien, señor Jakobi.

—¿Estará aquí mañana por la mañana? —le preguntó Schultheiss. «¿Quién es el jefe?», pensó Jakobi y le lanzó una mirada malhumorada.

—A las siete en punto, doctor Schultheiss —dijo, y salió de las oficinas.

La floristería estaba frente al edificio. Jakobi sabía que, entre semana, la florista del cementerio trabajaba en aquella tienda. Entró en la floristería para recuperar el sosiego. La vio al fondo, junto a las rosas. Estaba cortando unas cuantas. Era tan dulce y hermosa... tal vez un tanto frágil, de labios suaves un poco protuberantes. Jakobi fingió interés por unas tijeras de podar, si situó detrás de un estante y la contempló. Hacía rato que ella había notado su presencia; le sonrió y lo miró directamente a los ojos. Ambos se gustaban. Cuando la mujer reía, se destacaba su dentadura perfecta. Aunque su expresión era muy sensual, no despertaba en él los mismos sentimientos que Charlotte. «Es una lástima no haberla conocido antes», pensó Jakobi. Ojalá en aquel entonces hubiera vendido flores en la estación de ferrocarril. Le hubiese gustado muchísimo pisarse la vida entre tijeras de podar y tuestos. Ya no deseaba tener todo aquello que Clairette le había proporcionado antes de nacer Lucien. Lo había llevado al cielo y al infierno, pero ya se conformaba con un lugar junto a la florista.

—¿Me permite que compre las rosas que acaba de cortar?

Ella esbozó una sonrisa divertida. Era una pregunta estúpida. ¿Para qué cortaban las rosas si no para venderlas?

—¿Cuántas quiere?

Jakobi se encogió de hombros. Le daba igual. Podría haberle vendido igualmente una cortadora de césped y un cactus. Le hubiera dicho que sí a todo, así que se limitó a asentir con la cabeza cuando ella depositó una segunda y después una tercera y una cuarta rosa en el papel de envolver.

Se echó a reír y su risa era tan bonita que él se limitó a asentir sin parar. Tras la undécima rosa, la florista sospechó que a Jakobi la cifra le daba igual. Kop hubiese aprovechado la circunstancia, pero ella se limitó a envolver las once rosas.

Jakobi pagó; ella le deseó que pasara una velada estupenda. Él hubiera querido decirle la verdad, contarle que esa noche se sentiría tan desconsolado como la anterior y que era una pena que no la hubiera encontrado en otra época, en el pasaje subterráneo de la estación. Y que era a ella a quien quería regalarle las flores.

Jakobi abandonó la tienda con el ramo de rosas, sin volverse. Sabía que la chica lo seguía con la mirada. No creía que se hubiera enamorado de él, no: se limitaba a seguirlo con la mirada porque no era frecuente que un hombre tan simpático y atolondrado, uno que ni siquiera sabía qué quería, entrara en la tienda.

Cuando Jakobi entró en casa de su difunto suegro tenía la firme intención de regalarle las rosas a Clairette. Quería mostrarse amable, subir una botella de champán del sótano y hablar con ella. A fin de cuentas, se lo debía todo; su mujer no tenía la culpa de que se sintiera disconforme con su situación profesional. ¿En qué podría haberlo convertido? De no ser por ella, seguiría de pie en la barra de la penosa cantina del pasaje subterráneo. En la floristería había deseado seguir allí, se había autoconvencido de que jamás había conocido a Clairette y de que aquel día se encontraría con la florista por primera vez. La fantasía había sido agradable, pero ahora que volvía a estar en la mansión era incapaz de imaginarse que se separaría de Clairette y decidió visitar a la florista sólo en sueños.

Todo el pasillo olía a pintura. Jakobi se quitó el abrigo y se dirigió a la habitación infantil con las rosas. La puerta estaba abierta, los juguetes habían desaparecido, un plástico cubría la alfombra y en el centro reposaba un cubo de pintura. Un hombre pintaba el techo de blanco con un rodillo, tarareando una canción; no parecía notar la presencia de Jakobi.

—¿Dónde están los juguetes?

El hombre se volvió, saludó inclinando la cabeza y bostezó.

—¿Los juguetes?

—Sí. ¿Y dónde está mi mujer?

—Si usted es el señor Jakobi, en realidad debería... quiero decir... yo sólo pinto la habitación.

El teléfono sonó, Jakobi fue al dormitorio de Clairette. El teléfono estaba debajo de la cama. Se arrodilló y descolgó el auricular.

Era Charlotte. Parecía nerviosa.

—Ha llamado Lucas. Hace media hora.

—¿Has fijado una cita?

—Dentro de media hora, en el Euler.

—¿En el Euler? —gritó Jakobi.

—Sí —contestó ella, intimidada.

—¿Eso es todo?

—Señor Bryan...

—¿Está Schultheiss en su despacho? —rugió Jakobi.

—No, ha salido hace un cuarto de hora, por un asunto profesional.

Jakobi colgó violentamente, salió de la casa a toda prisa y arrojó las rosas al paraguero situado debajo del buzón.

Capítulo 9

POCO antes de mediodía, Jakobi aparcó el coche en el callejón, ante la salida trasera de un banco y echó un vistazo al reloj: faltaban diez minutos para la cita. Procuró caminar despacio mirando escaparates: el de la joyería que había frente a la estación de ferrocarril, el de la farmacia contigua. Ya sólo el hotel Jura lo separaba del Euler y miró por la ventana del restaurante del Jura: Schultheiss, había reconocido a Schultheiss, no cabía duda. Clairette estaba sentada frente a él y Jakobi consideró la posibilidad de entrar en el restaurante y dirigirse a ellos como «Lucas», pero a lo mejor sólo uno de los dos era Lucas. De algún modo, la idea de que ambos tenían algo que ver con el asunto lo tranquilizaba, pero inmediatamente comprendió que sólo se trataba de una suposición. Si Clairette quería encontrarse con el doctor Schultheiss, seguro que no lo haría en la empresa y tampoco en casa de él ni en la suya. Sabía que el café del hotel Jura le gustaba muchísimo. Ambos solían sentarse en la terraza del hotel durante las cálidas noches de verano, con el cochecito del niño junto a la mesa. Tomaban un helado y después el célebre café; tal vez fuera el único motivo por el cual optaban por el Jura.

A lo lejos, unas campanas dieron los cuartos. Cinco minutos más y Lucas se quitaría la careta.

El restaurante del hotel Euler estaba casi vacío. Un hombre de unos cincuenta años leía la noticia de portada de la revista *Der Spiegel*: un reportaje sobre un político que había olvidado su pasado y que ya no sabía cuándo ocurrió qué. En el rincón opuesto de la sala había una mesa desocupada con dos cubiertos. Un camarero se acercó a Jakobi.

—¿Desea comer?

—No, gracias.

—La sala grande está reservada para los huéspedes. Le ruego que se dirija al bar.

—Tengo una cita con el señor Lucas. —Lo dijo en voz muy alta, con el fin de comprobar la reacción del hombre que leía *Der Spiegel*, pero éste no reaccionó.

—El señor Lucas tiene hecha una reserva. Sígame, por favor. —El camarero condujo a Jakobi hasta la mesita ya dispuesta para dos comensales, sacó la botella de vino blanco del cubo de hielo y llenó las dos copas—. El señor Lucas no tardará. Me dijo que sirviera la comida.

Jakobi se sirvió más vino. Lucas ya llevaba media hora de retraso. El camarero se marchó a la cocina con una fuente de plata cubierta. El vino lo había tranquilizado ligeramente; que Lucas quisiera comer con él parecía un indicio de que era una persona sensata con la que se podía hablar, pese a que hasta aquel momento se hubiera comportado de un modo un tanto extraño. Sólo cuando el camarero volvió a

aparecer con la fuente de plata recordó que Lucas lo había amenazado de muerte por escrito. El camarero destapó la fuente y le sirvió cinco pares de salchichas.

—¿Qué es esto, ¿una broma?

—Es un encargo del señor Lucas.

—¿Dónde se ha metido?

—Ha dicho que hoy no podía venir. —El camarero era muy comedido, hablaba en tono cortés y sosegado. Jakobi decidió que era imposible que supiera algo más y sacó la cartera: quería salir de aquel manicomio.

»El señor Lucas ya ha pagado la cuenta, le desea buen provecho y dice que la próxima cuenta correrá a cargo de usted.

Jakobi vació la copa y se puso de pie. Estaba hasta las narices de tonterías.

—El señor Lucas ¿también dijo a cuánto ascenderá la próxima cuenta? —preguntó, casi en broma.

El camarero le tendió un platillo con una cuenta doblada, con membrete del hotel. Jakobi tomó la nota y retrocedió un paso atrás para evitar que el camarero leyera la nota. Ponía: «Su vida o 150 000 francos».

Jakobi resolló; de pronto se encontraba fatal. Lucas tenía que ser un psicópata. Le lanzó una mirada al camarero que quitaba los platos y los cubiertos.

—¿Qué aspecto tenía el tal Lucas?

El camarero lo miró, asombrado.

—No lo he visto. Reservó la habitación 207 para una noche pero aún no ha llegado; telefoneó a la directora del hotel y lo arreglaron todo por teléfono.

Jakobi salió apresuradamente del restaurante del Euler. La habitación 207 era la del señor Bryan. Su habitación. En todo caso, ahora sabía lo que Lucas quería: dinero, más precisamente ciento cincuenta mil francos. Al parecer, antes del primer encuentro Lucas pretendía ablandarlo hasta tal punto que Jakobi ya no se negara a pagarle.

Pasó por delante del Jura y volvió a echar un vistazo al interior: en la mesa que ocupaban hacía media hora Clairette y Schultheiss no había nadie.

Cuando regresó al despacho lo primero que hizo Jakobi fue ir al despacho de Schultheiss, que estaba sumando columnas de cifras con una calculadora de bolsillo.

—Hace un rato quería hablar con usted, doctor Schultheiss.

—Lo siento, estaba fuera. ¿En qué puedo servirle?

—¿Puedo preguntarle dónde estaba?

Schultheiss no vaciló y respondió de manera espontánea.

—Tenía una cita con su mujer en el hotel Jura.

Jakobi se sintió aliviado. Le había dicho la verdad. ¿O quizá lo habían visto y por eso no intentaba mentirle? Schultheiss pareció comprender que Jakobi no se daba por satisfecho con la respuesta, pero no era la clase de persona que se siente obligada a dar explicaciones a nadie acerca de sus conversaciones.

—Debería informar a su mujer acerca de las actividades de la empresa con más

frecuencia. Siente un gran interés por nuestro trabajo. Creo que la conversación de hoy al mediodía con el señor Kop la inquietó un poco...

—¿También se ha encontrado con Kop?

—¿No lo sabía? —Tener más información que Jakobi era un gozo para Schultheiss—. ¿Para qué me necesitaba, señor Jakobi? Ha dicho que hoy al mediodía ha estado buscándome.

Jakobi torció el gesto; que el otro hubiera descubierto su excusa lo irritaba. Enfadado, abandonó el despacho y fue en busca de Kop, que hojeaba una revista de armas.

—Te has encontrado con Clairette, hoy a mediodía —dijo, cerrando la puerta.

—¿Estás celoso?

—¿De qué hablasteis? ¿Para qué querías verla?

Kop sacó un folleto y se lo tendió por encima del escritorio. En la portada a todo color aparecía un yate en alta mar.

—¿Habéis hablado de esto? —preguntó Jakobi nervioso, arrojando el prospecto encima del escritorio.

Kop se arrellanó con aire de suficiencia, se balanceó hacia un lado y hacia el otro en la silla giratoria y volvió a tenderle el prospecto.

—Necesito más dinero. Es hora de que me aumenten el sueldo.

Jakobi volvió a contemplar la portada: era un yate muy bonito. Jakobi no entendía nada de yates, pero la imagen le gustaba. No le costaba imaginarse navegando con Kop hasta Grecia.

—¿Por qué no me lo has pedido a mí?

Kop entornó los ojos.

—¿Qué decisión hubieras tomado?

—Hubiese hablado con Clairette.

—¿Lo ves? Es mucho más sencillo que hable directamente con ella, porque se negaría a cualquiera de tus peticiones.

—¿Y bien? ¿Te ha aumentado el sueldo?

Kop soltó una carcajada y clavó el prospecto en un tablero, junto a la ventana. Quería comprar el yate a toda costa.

—Me detesta. Soy el demonio que por las noches rapta a su marido y lo lleva al burdel.

Kop se alejó un par de pasos del tablero y admiró el yate reproducido en papel cuché. Era un Princess 38, técnicamente perfecto, del año 1985, con dos motores diesel Volvo de 165 caballos.

—¿No te parece magnífico, Marcel? Es nuestra princesa. ¿Puedes prestarme un poco de dinero?

—¿Ciento cincuenta mil? —preguntó Jakobi, tanteándolo.

Kop asintió, satisfecho.

—Es una buena oferta. El yate cuesta doscientos cuarenta mil, pero creo con

ciento cincuenta alcanzará. En dos meses te devuelvo el dinero, palabra de honor.

—No dispongo del dinero —murmuró Jakobi con resignación—, ése parece ser el problema de ambos.

Kop estaba desilusionado, pero no quería tirar la toalla. No le creía.

—Oye, Marcel. En realidad dispondría del dinero, pero tengo un asunto importante a la vista. Es un terreno inmenso, a ciento quince francos el metro cuadrado, incluido el perímetro, imagínatelo, en Delsberg, una excelente situación. Los herederos no se ponen de acuerdo. Unas cuantas semanas más y estarán dispuestos a venderlo. Dentro de cinco años lo venderé a cuatrocientos francos el metro cuadrado y ganaré casi medio millón. Edificar sería aún mejor. El perito me dijo que se podrían edificar entre diez y doce casas unifamiliares. Si logro hacer ese negocio, no me quedará dinero para el yate. Préstamelo y podrás participar en ese proyecto. ¿Lo consideras una oferta justa?

Jakobi no abrió la boca.

—Imagínatelo: de diez a doce casas; eso son sesenta mil por casa para cada uno y alrededor de ciento cuarenta mil por el terreno. Un millón limpio para cada uno. ¿Y sabes qué haremos con ese dinero?

—¿Ganar otro millón? —preguntó Jakobi irritado.

—Compraremos un yate más grande y navegaremos alrededor del Cabo. No, no, Marcel, en algún punto hay que parar, no se vive sólo del trabajo. Seis meses de vacaciones por año son buenos para el vigor sexual. En todo caso, mejores que el polvo de cuerno de rinoceronte. ¿Te imaginas todo lo que podremos emprender? Y, cuando regresemos, daremos el siguiente golpe.

Las ideas de Kop sonaban muy bien, pero Jakobi quería hacer tabla rasa antes. Quería encontrar a Lucas.

—No puedo prestarte nada, Kop. No tengo dinero propio. La empresa, la casa, el coche... todo le pertenece a Clairette.

Kop pegó un puñetazo en el escritorio.

—¿Cómo es posible que no hayas desplumado al viejo Leutwyler? Yo en tu lugar lo hubiera engatusado día y noche hasta que financiara cada uno de mis proyectos. Yo hubiese aportado las ideas y él el dinero. ¿Acaso nunca has tratado de ganar tu propio dinero?

—Sí, con ese asunto con Grauwiler. Kop sonrió, divertido, y abrió el cajón inferior de su escritorio.

—Y ahora es un problema, ¿verdad? —dijo Kop. Sacó unas hojas perforadas y se las pasó a Jakobi: el expediente Grauwiler.

—¿Eres Lucas?

—No, amigo mío, me he limitado a estudiar el expediente Grauwiler. En cierta ocasión, nuestro doctor Schultheiss dejó caer un comentario. Es cierto que tú me contaste tu versión, pero la verdad también tiene su encanto. Sólo quería saber en qué te equivocaste, porque a fin de cuentas somos socios, ¿no?

—Creía que éramos amigos.

—¿Qué te parece una partida de bolos? Esta noche. Así podremos hablar de todo con tranquilidad.

Jakobi estaba seguro de que Kop no tenía nada que ver con toda esa historia de Lucas y deprimido porque se había equivocado: todo lo que no encajaba acababa por encajar solo, como los expedientes desaparecidos del archivo que ahora tenía delante de las narices. Y en cuanto a la falta de liquidez de Kop, al diablo con ello: a todo el mundo le hace falta dinero, siempre.

De pronto, Jakobi llegó a la conclusión de que la clave se encontraba en Ginebra, en Grauwiler. Era posible que Grauwiler se llegara desde Ginebra sólo para dejar la corona. Quizás había escrito la dirección en un par de tarjetas y encargado a alguien de Basilea que le enviara una todos los días. Lucas sólo había hecho la reserva en el hotel Euler por teléfono. Además, las salchichas que le había servido el camarero, toda la puesta en escena, llevaba la firma de Grauwiler; de repente Jakobi se convenció de que Lucas estaba en Ginebra y montaba todos sus macabros jueguecitos desde allí.

—No, Kop, esta noche no puedo, tengo que marcharme un par de días.

Hubiera preferido partir de inmediato pero Clairette no tenía que enterarse, así que cuando se hizo de noche se marchó a casa y puso el despertador a las cuatro de la madrugada. A esa hora, Clairette estaría profundamente dormida; rara vez se acostaba antes de las dos. Jakobi se metió en la cama, pero no logró conciliar el sueño. Se encontraba mal; había pillado un virus.

Capítulo 10

DE madrugada, Jakobi condujo el Rover por la autopista de Ginebra. Se encontraba fatal, tenía la nariz tapada, los ojos llorosos y retortijones. Sospechaba que aquel viaje sería crucial para él. Casi no había tráfico y cuando empezó a clarear y el paisaje se destacó de la oscuridad, Jakobi se encontró en medio de un alud metálico que avanzaba rugiendo y apestando hacia la ciudad a orillas del Ródano. De repente un BMW deportivo se salió del carril contrario, chocó contra la mediana, rebotó, dio una vuelta de campana y patinó por el asfalto hasta caer por el terraplén derecho. Por el retrovisor Jakobi sólo alcanzó a ver las llamas que se elevaban al cielo, y ya no pudo olvidar esa imagen.

Decidió que haría revisar los neumáticos en cuanto llegara a la siguiente gasolinera, y también los frenos. Lucas era capaz de todo. En realidad hubiera tenido que alquilar un coche, por motivos de seguridad.

Pasó los siguientes veinte kilómetros como si estuviera sentado encima de un barril de pólvora. Los ojos le seguían llorando, los senos frontales llenos de pus le palpitaban. Le chorreaba la nariz y le mojaba los pantalones, como si se hubiera orinado de miedo.

Cuando llegó a Ginebra, lo primero que hizo fue comprar un plano de la ciudad; después se metió en una cabina telefónica, abrió el listín y buscó la calle en la que se encontraba la fábrica de salchichas de Grauwiler. Al igual que en el restaurante del hotel Euler, volvía a tener la sensación de que era posible hablar con Lucas de un modo sensato, porque un cadáver no le sería de ninguna utilidad. ¿Por qué no pagar la deuda a plazos? Seguro que llegarían a un acuerdo acerca de los intereses: un 5,25% era una cifra muy justa.

Jakobi cruzó el patio y detuvo el coche en el estacionamiento destinado a los clientes. La fábrica de salchichas, un edificio gris rectangular de dos plantas y techo plano, estaba en un polígono industrial. El olor que escapaba de los tubos de ventilación no era precisamente agradable. Olía a carne de cerdo mal conservada.

Jakobi echó un vistazo a la nave de producción y vio una máquina cromada de la que surgía un interminable chorro de carne picada por una abertura cubierta con una especie de preservativo. Después, un artilugio metálico cerraba la punta automáticamente. La salchicha sin fin atada a intervalos se enroscaba en una gran caja de aluminio con el nombre impreso de una conocida cadena de alimentación.

El proceso lo inquietó. Sabía que las salchichas se elaboraban de un modo similar en todo el mundo; sin embargo, aquel sistema de fabricación se le antojaba extravagante, el producto de un cerebro enfermo. Lucas le daba miedo.

Jakobi subió los escalones hasta la recepción. En las paredes había carteles de

señalización de las plantas y las secciones. Jakobi buscó la dirección de la empresa.

—*Je peux vous aider?*

Jakobi se volvió. Detrás de la mesa acristalada de recepción había una joven telefonista.

—*Je cherche Monsieur Grauwiler.*

Jakobi agarró el bolígrafo y apuntó la hora y su nombre en la lista de visitas.

—*Monsieur Grauwiler?*

—*Le directeur.*

—*Mais il ne travaille plus, il a vendu la fabrique, il y a quatre ans.*

—*Il habite à Genève?*

La joven telefonista vaciló. Al parecer, ignoraba si podía darle la dirección del antiguo director.

—*C'est plutôt privé. Vous pouvez me passer le livre de téléphone?*

La chica tecleó un par de letras en el listín telefónico, un artilugio de color verde oliva con una pequeña pantalla de plasma. La dirección apareció unos segundos después.

—*Voilà* —dijo la chica con orgullo—. *17, Chemin du Châtelet.*

La casa de Grauwiler estaba en una ladera que daba al lago de Ginebra. No era especialmente bonita: un enorme chalé de dos plantas de al menos trescientos metros cuadrados de superficie habitable y cien metros cuadrados de terreno, de un estilo parecido a la fábrica de salchichas. El jardín estaba abandonado y lleno de malas hierbas, y los arbustos se habían asfixiado entre sí. El terreno estaba rodeado por una reja negra, alta y las dos iniciales del cartel del timbre eran casi ilegibles. Jakobi llamó. Intentó hacerlo con energía, como Kop. Que la puerta de la reja se abriera casi de inmediato lo sorprendió.

Recorrió cuidadosamente los mojados adoquines cubiertos de hierba; estaban resbaladizos. Oyó un ladrido y un perro salchicha salió de detrás de los arbustos y corrió hacia él. Jakobi quiso esquivarlo, resbaló en la hierba húmeda y se golpeó la cadera izquierda contra el borde de un adoquín. El perro salchicha le olisqueó los zapatos. La puerta de entrada se abrió... Jakobi intentó ponerse de pie con rapidez, pero la mano sobre la que se apoyó se hundió en la tierra junto al adoquín. Una mujer soltó una carcajada.

—*Vous vous êtes fait mal?*

Jakobi alzó la vista. Una mujer de aspecto decidido, de unos setenta años, estaba de pie en el umbral. Pese a su considerable gordura, parecía muy ágil. Se secó las manos en el delantal. Jakobi logró ponerse de pie; tenía la mano derecha manchada de excrementos de gato.

—¡Mierda! —siseó Jakobi.

—¿Habla alemán? —le preguntó la mujer, divertida. Sacó un trapo del bolsillo de su delantal y le limpió las manos al desconcertado Jakobi.

»Estos gatos... Todos los gatos del vecindario hacen sus necesidades en el jardín.

Nuestro perro *Dondo* ya no es tan joven, y los gatos no se lo toman en serio. Ése es el problema de la vejez, ya no te toman en serio —dijo la señora, limpiando los dedos de Jakobi con energía.

—El perro salchicha me ha dado un buen susto —dijo Jakobi, y decidió que le hablaría del perro a Grauwiler, para que el ambiente no fuera tan tenso. La mujer le soltó la mano, ya limpia.

»Gracias. Mi nombre es Jakobi, vengo de Basilea. Pasé por la fábrica, no sabía que el señor Grauwiler ya no trabaja.

—¿Era amigo suyo?

—Mantuvimos una relación comercial hace unos años.

—Entre por favor, aquí fuera hace mucho frío.

La mujer hizo pasar a Jakobi al amplio vestíbulo, decorado en un estilo inglés que no encajaba en absoluto con el aspecto exterior de la vivienda. En el extremo de la alfombra roja y desgastada había una polvorienta armadura. De las paredes colgaban viejas banderas cantonales suizas protegidas por vitrinas de cristal, además de diversas lanzas y espadas. La mujer pulsó un interruptor y un pálido resplandor amarillento iluminó el vestíbulo.

—Lo enterramos el pasado otoño, hace un año, pero es como si ayer le hubiera servido el té en la biblioteca, al señor Grauwiler. El tiempo pasa con una rapidez escandalosa. Es mejor no pensar en ello. Cociné para él durante treinta años.

El ama de llaves sonrió con melancolía. Jakobi se limitó a esperar; ella comprendió de inmediato que él no podía compartir sus sentimientos: estaba sola con sus recuerdos y sensaciones, al igual que todos.

—Venga, vamos a la cocina, le prepararé un café.

El ama de llaves lo acompañó hasta una amplia cocina-comedor. Un trozo de carne se doraba dentro de una gran sartén de hierro fundido. Olía a ajo y hierbas frescas y de pronto Jakobi notó que tenía apetito.

—Tome asiento. El café aún está caliente.

Jakobi se sentó en un largo banco de madera y la mujer le sirvió una gran taza de café, una pieza de estilo vienés de los años treinta del siglo pasado, de porcelana blanca. Una máquina de hacer pasta estaba atornillada en el borde opuesto de la mesa. Bajo el embudo en forma de colador había un grueso cuenco, de esos que hoy en día resulta imposible encontrar en ninguna tienda. El ama de llaves hizo girar la manivela y del embudo surgieron hilos de pasta fresca. Cuando se volvían demasiado largos, se cortaban y caían en el cuenco. Era la primera vez que Jakobi veía la preparación de pasta casera y también a alguien que se pusiera a cocinar a las nueve de la mañana. No recordaba ningún olor de su infancia excepto el del estercolero situado detrás de la vieja casa de su abuela, aunque ya no había estercoleros que le devolvieran a la infancia. Decidió que cuando regresara a Basilea se detendría en una granja y olisquearía un estercolero.

El ama de llaves dejó un trozo de tocino y pan negro junto a la cafetera. Tener un

invitado a quien atender la ponía contenta. Grauwiler no podía haber sido muy malvado si aquella buena mujer había aguantado tanto tiempo junto a él. En realidad, era la madre que Jakobi siempre deseó tener. Su madre y sus tías, que lo habían criado, sólo le chillaban, le pegaban y lo amenazaban, nunca tenían tiempo de ocuparse de él. Siempre se había sentido como un chucho fastidioso al que de vez en cuando hay que llevar a la esquina de la calle más próxima para que se alivie. Y todas las personas a las que Jakobi había conocido en la estación de ferrocarril habían pasado su infancia en los pasillos y las escaleras, como él, sin recibir durante días enteros más afecto que la ocasional caricia del lechero cuando les pasaba la mano por el pelo.

Jakobi siempre había albergado la secreta esperanza de que un día se detuviera un tren del que bajara un ángel. La que bajó fue Clairette. Que la vida junto a ella no hubiera transcurrido como en los cuentos lo entristecía. Clairette había perdido las alas, la vida se las había recortado.

El ama de llaves levantó la tapa de la sartén, dio vuelta a la carne y la roció generosamente con vino tinto. Jakobi aspiró el aroma del asado, mezcla de ajo frito, cebollas y hierbas. La pasta fresca del cuenco marrón lo sumía en la melancolía. La mujer se sentó a la mesa y cortó el tocino en pequeños dados para añadirlos a la ensalada.

Le habló de la esposa de Grauwiler, alcohólica, que se había quitado la vida hacía veinte años, en Nochebuena. Habló en tono dulce y comprensivo, sin una sola crítica; reflexionó sobre sí misma y el mundo como una persona que observa la estupidez y los errores humanos desde una nube. Sólo entonces Jakobi cayó en la cuenta de que esa buena mujer estaba cocinando, cocinando para alguien.

—El señor Grauwiler ¿tenía hijos?

El ama de llaves rió.

—¿Cree que cocino para mí sola? Puede quedarse a comer. Lucas se alegrará.

—¿Lucas? —tartamudeó Jakobi con los ojos como platos.

—Sí —rió ella—, Lucas. Es el único hijo del señor Grauwiler.

—¿Dónde está? Tengo que hablar con él.

—¿Malas noticias? —preguntó el ama de llaves. Se limpió las manos en el delantal y se sirvió una copa de vino.

—No, no, nada malo. No sabía que el señor Grauwiler tuviera un hijo... llamado Lucas.

—¡Qué raro es usted! —dijo el ama de llaves. Tomó otra copa del estante y se sentó frente a Jakobi.

»¿Una copita? Con este tiempo, es lo mejor para la circulación. Es un Châteauneuf del 68. Lo uso para cocinar; todavía hay más de dos mil botellas en el sótano del bueno de Grauwiler. Lucas no bebe vino.

La mención de aquel nombre le dio escalofríos a Jakobi; ella le sirvió una copa.

—¿Le desagrada el nombre? Se lo puse yo. Me dejaron elegir —dijo, orgullosa,

pero inmediatamente después agachó la cabeza, casi avergonzada.

»Fue un gesto muy simpático de los Grauwiler.

Jakobi bebió un sorbo. Tomó un trozo de pan para matar el sabor del café.

—El señor Grauwiler siempre fue muy amable conmigo, la señora también, por supuesto, pero por desgracia... Ya sabe, eran muy jóvenes.

—¿El señor Grauwiler también le habló de sus asuntos de negocios?

De pronto el ama de llaves pasó a formar parte del grupo de los sospechosos; aunque Jakobi lo consideraba imposible, algo lo impulsó a plantearle la pregunta.

—No, nunca traté de ocupar el lugar de su esposa. No me correspondía hacerlo, sólo me ocupé de Lucas. El niño estaba muy solo, pero ahora ya ha cumplido los treinta y dos —dijo, desviando la mirada con aire preocupado—. Lucas no es como los demás niños. Permaneció alejado de la vida. No sé si eso es bueno. Era un muchacho muy simpático, créame. Ahora mismo lo llevaré con él, pero sea prudente. Si pretende causarle problemas dígamelo ahora, por favor.

Jakobi negó con la cabeza y se levantó del banco de madera.

—¿Me promete que no le dirá nada desagradable?

Jakobi asintió. Era una promesa. El ama de llaves suspiró, parecía deprimida. Acompañó a Jakobi al vestíbulo, se detuvo ante una puerta de dos hojas y llamó.

—Puede pasar, pero trátelo con amabilidad. Su sensibilidad no es la misma que la de las personas de allí fuera.

Abrió la puerta y Jakobi entró en una oscura sala de unos ochenta metros cuadrados. No estaba amueblada. Un gigantesco entramado de vías de ferrocarril ocupaba todo el parque. Las vías, de un palmo de ancho, atravesaban grandes túneles y cadenas de montañas de un metro de altura. Al fondo del salón había una anticuada estación de ferrocarril iluminada, situada a unos dos metros del suelo. Detrás, un hombre joven se movía con cierta torpeza, según le pareció a Jakobi. Tenía el rostro un tanto hinchado. Llevaba una gorra roja de jefe de estación y parecía mirar en torno con expresión de extrañeza. De pie detrás de su mesa de controles, dirigía los trenes de pasajeros y los de mercancías por la sala.

Jakobi recorrió la habitación pegado a la pared hasta que estuvo a pocos metros de la escalera metálica que subía a la estación. Desde allí se apreciaba toda la instalación.

El joven siguió un tren de carga —que pasaba junto a Jakobi— con la mirada. Ya debía haberlo visto.

—He venido a ver a Lucas —dijo Jakobi, y alzó la vista, con la esperanza de descifrar la expresión del joven.

—Yo soy Lucas. —Manipuló una palanca de la mesa. De repente una luz intensa bañó un puente de ferrocarril situado en el centro de la instalación y un tren de mercancías lo atravesó. El zumbido de las vías invadió toda la sala.

—¿Qué quiere de mí? —le preguntó Jakobi en tono seco.

—Ese tope que está a su izquierda, junto al molino de viento. ¿Lo ve? Es

defectuoso; es el tercer accidente ferroviario de esta semana. Remedie el desperfecto por favor.

Jakobi se arrodilló; en el interior del molino se iluminó una lamparita; vio el tope que se había soltado de la vía y volvió a unir ambas partes.

—Usted me ha pedido ciento cincuenta mil francos.

—La instalación no está en venta.

En realidad, Jakobi quería correr escaleras arriba y abofetear a aquel individuo, que la gorra roja saliera volando a través de la sala; pero le había prometido al ama de llaves que sería amable y lo había hecho en aquella cocina que tantos recuerdos le había traído, así que decidió cumplir su promesa.

—En cierto sentido, fui... un colega de su difunto padre, Lucas.

—¿Conoce Ginebra?

—Tengo un plano de la ciudad.

—Encontrará a mi padre detrás del Chemin Furet, en el cementerio de Châtelaine.

Jakobi dudó que aquel Lucas fuera «Lucas». Por otra parte, los mensajes que había recibido encajaban con el aspecto de ese personaje curioso que, gracias a unas circunstancias desafortunadas, había logrado mantenerse al margen de la vida adulta.

—Hace cinco años su padre me confió una suma de dinero considerable. No sé si usted está al tanto de las actividades financieras de su padre de aquel entonces. Era dinero negro. Medio millón.

—He de ver qué puedo hacer.

Lucas dirigía un largo tren de mercancías de vagones abiertos amarillos por las montañas, en dirección a Jakobi. El tren se detuvo delante de él; en cada vagón hubieran cabido ocho libros de bolsillo apilados.

—Cárguelos, por favor, tenemos poco tiempo, el Hispania-Express pasará dentro de escasos minutos.

Jakobi miró fijamente los vagones vacíos; tal vez cupieran en ellos ciento cincuenta mil francos en billetes grandes.

—No llevo el dinero encima. En su momento, su padre me encargó que lo depositara en una cuenta numerada cuya contraseña era «Lucas». Desfalqué ciento cincuenta mil.

—Al menos, usted no pretende convencerme de que acepte un puesto administrativo, y lo considero muy digno por su parte.

Jakobi se frotó la nuca, abochornado. La conversación se desarrollaba como una complicada partida de ajedrez: un solo movimiento en falso y las piezas caerían del tablero.

—En aquel entonces no tenía dinero, y ahora tampoco lo tengo.

—Compre un abono para el tren a mitad de precio. Cualquiera puede permitírselo.

El tren de carga siguió avanzando y desapareció dentro de un túnel. La iluminación del molino se apagó.

—Especulé en Bolsa con el dinero de su padre y lo perdí.

—Habría sido más inteligente comprar acciones del Tren 2000: el interés era sólo del 4%, pero con la garantía del Estado.

Lucas hizo sonar el silbato que llevaba al cuello colgado de un cordón.

—Si siente remordimientos y quiere desahogarse, el ama de llaves se encuentra en el bar de la estación. Está asando carne y bebiendo Châteauneuf del 68. Tiene unos pechos muy blandos.

Lentamente, Jakobi subió los peldaños metálicos hasta la galería.

—Baje —rugió Lucas—, está prohibido que los pasajeros entren en el edificio de la estación.

—Engañé a su padre —gritó Jakobi—, lo convencí de que me confiara medio millón y me quedé con ciento cincuenta mil. ¿Es que no lo comprende?

—Lo comprendo perfectamente, milord.

—Hace semanas que un misterioso Lucas se dedica a atemorizarme. Me escribe postales diciendo que me matará. Por eso estoy aquí. Quiero llegar a un acuerdo con él.

Lucas hizo circular los trenes a gran velocidad por toda la instalación. Incluso se oía el monótono zumbido de los transformadores. Lucas parecía nervioso.

—Mi padre se pasó toda la vida jugando con dinero. Era su afición. Una afición cara, pero no creo que él lo esté atemorizando. Era un buen perdedor y por eso murió. No creo que los muertos resuciten, *they never come back*.

Por encima de la puerta de dos hojas parpadeaba un cartel luminoso de salida.

—Buenas noches, milord. Debo interrumpir las actividades durante un par de horas, de lo contrario tendré problemas con los sindicatos.

Todos los trenes disminuyeron de velocidad, cambiaron de vía y se dirigieron a la gran estación de ferrocarril.

Jakobi regresó a la salida, caminando pegado a la pared. Antes de abrir la puerta echó un último vistazo a la galería. Lucas se había quitado la gorra roja. Jakobi volvió a hablarle con insistencia.

—La cuenta numerada llevaba su nombre, Lucas. El dinero era para usted. Sólo para usted. ¿Le da igual?

—Me la suda.

Jakobi salió al vestíbulo y cerró la puerta. El ama de llaves salió de la cocina, parecía afligida. Había puesto la mesa para tres, pero hacía rato que Jakobi había perdido el apetito. Lo único que quería era salir de la casa, pero no podía dejarla así sin más, y menos con esa expresión de preocupación.

—Todo ha ido bien —murmuró—. No se preocupe, Lucas es un chico estupendo.

El ama de llaves lo agarró de la mano; estaba conmovida y le sonrió cálidamente, estrechándole la mano con fuerza.

—Es mi niño pequeño, ¿comprende? Es mi niño.

Jakobi asintió con la cabeza y salió apresuradamente de la casa.

Capítulo 11

POR la tarde volvía a estar en Basilea, pero no fue a su despacho. Estuvo en la sesión de las tres de la tarde en el cine Plaza, en la de las cinco del Hollywood y en la de las siete del Capitol. Tal vez inconscientemente intentaba encontrar una solución a su problema, pero las tres películas relataban historias diferentes y al final, todos los protagonistas morían. Uno había sufrido con ellos, les había cogido cariño... y al final, muertos.

Alrededor de las diez Jakobi regresó a casa de su difunto suegro. Nunca la había considerado como propia. No había elegido las alfombras ni los muebles, que Clairette cambiaba de vez en cuando. Mientras que de mañana cualquier perro marcaba su territorio, en esa casa Jakobi siempre se sentía como un invitado temporal.

La mesa estaba puesta en el salón: un plato de quesos, rollos de carne ahumada, una botella medio llena de Grand Corbin del 78 y dos cubiertos. Uno estaba intacto, en el otro plato reposaban el cuchillo y el tenedor cruzados, unas migas de pan y medio pepinillo.

Jakobi se sentó delante del plato de Clairette, tomó un trozo de pan y se sirvió una copa de vino.

—¡Ha vuelto a llamar ese Lucas!

La voz surgía de la oscuridad y sólo entonces Jakobi distinguió la silueta de Clairette sentada en un sillón, entre las enormes plantas de interior. La parte posterior de la sala estaba a oscuras, excepto por una pequeña lámpara de mesa.

—¿Llamó aquí, a casa?

—Sí, dijo que mañana te hará una visita.

«Pues que venga», pensó Jakobi; estaba harto de dejarse intimidar por los mensajes infantiles de «Lucas». Le parecía que si Lucas iba en serio ya hacía tiempo que se hubiera encontrado con él o establecido una manera concreta de que le entregara el dinero.

—¿Dónde estabas ayer por la tarde? —preguntó. Quería comprobar si ella mantendría sus encuentros con Schultheiss y Kop en secreto.

—¿Alguna vez te he preguntado dónde estabas tú durante los últimos cuatro años?

Jakobi no tenía ganas de pelea. Alzó la copa y aspiró el aroma con la boca cerrada. Aún tenía la nariz tapada por el resfriado y apenas percibió la fragancia a sándalo y rosas. Bebió dos sorbos y dejó que el vino se derramara en su paladar.

—En realidad es una lástima beber este vino ahora. Todavía es demasiado joven.

—Entonces, ¿por qué te lo tomas? —le preguntó Clairette con irritación.

Se puso de pie y se acercó lentamente, sonriendo, como siempre cuando tramaba algo especialmente desagradable. Sólo entonces Jakobi recordó que ella le había regalado el vino en el primer aniversario de su encuentro en la estación de ferrocarril. En aquel entonces ambos se habían jurado que todos los años, el día de su aniversario, sacarían una botella del cajón de doce y brindarían por su amor. El cajón aún estaba en el sótano, y su amor se había ido al traste.

La botella se estrelló contra el suelo con estrépito; Clairette la había dejado caer adrede.

—¿Te has vuelto loca o estás borracha?

Clairette se limitó a sonreír. Disfrutaba lanzando señales que lo espantaban.

—Si el alcohol tiene que acabar con uno de nosotros, será contigo, Marcel, no conmigo —exclamó y abandonó la habitación. Jakobi se puso de pie y le gritó:

—¿Acaso me montarás un número cada vez que me retraso cinco minutos? Tenía cosas que hacer, ¿y qué? ¿Pretendías que te llamara por teléfono?

Fue a la cocina y sacó la escobilla y el recogedor del armario del fregadero, volvió al salón, se arrodilló y barrió los trozos de cristal.

Clairette había regresado; Jakobi le lanzó un vistazo, estaba furioso.

—Estaba en Ginebra. Después de la conversación he venido a casa de inmediato. La próxima vez te llamaré.

—Hace mucho que perdiste la costumbre, Marcel. Límitate a imaginar que soy un hotel de mala muerte. Si no tienes ganas de venir, anula la reserva —dijo, permaneciendo de pie ante él y contemplándolo con desprecio. A Jakobi le fastidiaba que aún estuviera allí.

—¿Quieres que volvamos a intentarlo?

Jakobi ya no podía soportar la tensión. No quería paz, quería deshacerse de esa mezcla explosiva de rabia y tensión, quería un armisticio. Hubiera preferido mandarlo todo al diablo y abandonar la casa para siempre, porque estaba convencido de que, de lo contrario, un día él y Clairette acabarían por apuñalarse mutuamente, como fieras.

—¿Quieres que volvamos a intentarlo? —repitió Jakobi.

—Inténtalo —dijo ella con una sonrisa, y le dio la espalda con coquetería. Después salió al pasillo.

Jakobi clavó la mirada en el cuchillo de pan que había encima de la mesa. Tenía miedo de perder el control. Clairette volvió y, aterrado, Jakobi vio cómo se le estiraban los dedos de la mano derecha. Temía cometer un acto monstruoso y Clairette lo notó. El cuchillo de pan seguía encima de la mesa. Jakobi sintió un dolor punzante en las sienes, como si un puño de hierro le exprimiera el cerebro. Quiso gritar para ahuyentar la pesadilla. Clairette estaba a sólo dos metros de distancia; se había detenido. Él percibía su presencia, pero no la veía. Percibía su actitud triunfal, pero sólo veía el cuchillo. Cuando ella le rozó la espalda, lanzó la mano hacia delante con la intención de agarrarlo, pero chocó con el borde de la mesa y la levantó. Las copas y los platos resbalaron y se hicieron trizas contra la pared. Jakobi empujó la

mesa hacia arriba hasta que dio una vuelta y cayó al suelo.

Clairette permaneció inmóvil. Sólo sonreía. Quien pretendiera pelearse con ella debía estar dispuesto a todo. Le encantaba provocar a Jakobi y esperó hasta que le prestó la suficiente atención. Después se agachó, agarró la lámpara de pie, la blandió como si fuera un palo de golf y la estrelló contra la pantalla del televisor. Un estruendo apagado hizo temblar la sala. Jakobi se lanzó hacia el enchufe y arrancó el cable. La lámpara de pie pasó zumbando por encima de su cabeza, Clairette la blandía como un mazo y, con gran satisfacción, la estrelló contra la vitrina china; la vitrina estaba repleta de objetos curiosos de países remotos. El delgado cristal se partió y los focos de la lámpara destrozaron el pequeño techo de la pagoda. Un segundo golpe arrancó la cúpula de madera y la cabeza de un Buda de marfil se separó del torso y rodó por la alfombra. Clairette perdió el equilibrio y cayó al suelo, jadeando.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Jakobi en tono sosegado. Aún sostenía el enchufe del televisor en la mano.

Clairette guardó silencio. Hacía un momento sentía una gran satisfacción, pero ahora parecía muy triste. Aguardaba ansiosamente una palabra salvadora, pero Jakobi fue incapaz de pronunciarla.

—¿Qué quieres de mí, Clairette?

Ella recogió la cabeza del Buda y volvió a colocarla en el torso, pero la cabeza rodó por encima de la barriga prominente de la estatuilla y cayó en la alfombra.

—Todo.

Capítulo 12

A la mañana siguiente la mesa volvía a estar sobre sus patas, limpia. La lámpara de pie, el televisor y la vitrina habían desaparecido y nada indicaba que la noche antes hubiese ocurrido algo fuera de lo común.

Clairette había preparado café. Jakobi se sentó a la mesa, a su lado, y al cabo de un momento le preguntó:

—¿Qué quieres de mí?

—No sé si todavía quiero algo de ti.

Clairette intentaba cortar una rodaja de pan, pero estaba demasiado duro. Hacía días que no compraba comida.

—Te has convertido en una extraña para mí, Clairette, pero sigo amando a la mujer con la que me encontré en el pasaje subterráneo de la estación.

Clairette esbozó una sonrisa cansada.

—¿Qué me ocultas?

—¿Ocultarte?

Jakobi tomó un sorbo de café; no sabía a nada.

Probablemente la lata de café estaba vacía y ya no podía prepararse otra taza.

—A lo mejor sería mejor que te buscaras una mujer más joven. ¿Qué opinas, Marcel? Una tontita simpática de trasero respingón.

Jakobi se puso de pie y salió de la casa sin decir palabra.

Se fue a la cantina del pasaje subterráneo; quizás esperaba encontrar algún rastro de la persona que había sido, pero nada lo conmovió. El café era tan malo como el de su casa, su presencia parecía molestar a los hombres que habían pasado la noche encima de los pozos de ventilación: sus miradas furtivas expresaban desconfianza y envidia. Los trenes iban y venían, y ningún ángel se bajó.

Alrededor de las nueve, Jakobi llegó al edificio próximo a la Heuwaage. Tomó el ascensor hasta la cuarta planta. De pronto la cabina empezó a agitarse, cayó medio metro y por fin se detuvo entre la segunda y la tercera planta. Jakobi volvió a apretar el botón de la cuarta, pero nada ocurrió. Oyó pasos que se acercaban en la tercera y tuvo la tentación de pedir auxilio, pero no lo hizo. No quería hacer el ridículo. A fin de cuentas, el ascensor disponía de un teléfono, así que levantó el auricular y apretó el botón de alarma.

—Hola.

—¿A que es capaz de imaginar cómo sería pasar los próximos cuatro años en ese ascensor? —dijo una voz burlona.

—¿Lucas? —susurró Jakobi, incrédulo.

—Pagaré por su delito, Marcel Jakobi, con su vida o en efectivo. Puedo llevarlo a

la cárcel, pero eso no sería castigo suficiente. Usted elige.

Jakobi trató de reconocer la voz: era masculina pero sonaba falsa, extraña. No parecía una voz humana.

—No tengo dinero, ¿qué quiere de mí?

—Justicia.

—¿Con qué pretende que le pague?

Lucas calló.

—¡Diga un precio! —chilló Jakobi.

—Ciento cincuenta mil.

De repente la cabina volvió a agitarse, el ascensor subió y se detuvo en el cuarto piso. Jakobi regresó inmediatamente a la planta baja. La puerta de la oficina del portero estaba abierta y Jakobi recorrió el pasillo con lentitud; la oficina estaba vacía, junto al teléfono había un plato con un bocadillo mordido.

Jakobi subió a la octava planta y entró a la recepción de Leutwyler, S. A. No había nadie; tomó por el pasillo de la izquierda y pegó el oído a la puerta del doctor Schultheiss, pero no oyó ningún ruido. Llamó con suavidad y entró: el despacho estaba vacío.

Ahora le tocaba el turno al despacho de Kop. Cuando cruzaba la recepción por segunda vez, se detuvo delante del escritorio de Charlotte, perplejo: había oído voces, risas apagadas. Jakobi las siguió hasta su origen, se detuvo delante de su despacho aguzando el oído y volvió a distinguir las risas. Abrió la puerta y vio a Clairette: estaba detrás del escritorio marrón de caoba con una copa de champán en la mano. A su izquierda, Schultheiss sonreía pícaramente y movía la copa medio vacía como si estuviera a punto de entonar una vieja canción de camaradería. Frente a Clairette estaban Kop y Charlotte, ambos de muy buen humor. Charlotte sirvió más champán a Kop; al ver a Jakobi, se detuvo, todos se detuvieron.

—Llega con retraso, señor Jakobi.

Clairette se humedeció los labios pintados de rosa con la punta de la lengua. Llevaba un vestido negro y escotado que le ceñía las caderas y estaba muy guapa. Sus ojos verde claro resplandecían como antaño, en el pasaje subterráneo de la estación. El ángel de Jakobi había regresado y le sonrió, dispuesto a olvidarlo todo.

—Brindemos por mi padre —dijo Clairette, haciendo un gesto hacia el retrato de la pared, a la izquierda de Jakobi. Los demás la imitaron, contemplando al viejo Leutwyler, sentado en un sillón Chesterfield con aire pensativo, respetuosamente. Charlotte le alcanzó la copa de champán que quedaba en la mesa, junto al teléfono. Haciendo un esfuerzo, Jakobi la alzó y brindó de mala gana.

—Todos estamos muy contentos de que haya regresado, doctora Jakobi. El destino la ha sometido a una prueba muy cruel y usted tuvo fuerzas para soportar lo insoportable. Todos sentimos un gran respeto por usted y esperamos de todo corazón tener algún día ocasión de demostrarle nuestra admiración y nuestro agradecimiento. Permítanos ayudarla siempre que podamos.

El doctor Schultheiss alzó la copa; habían pillado a Jakobi por sorpresa. Nunca sabía qué hacer cuando alguien mencionaba a Lucien de manera inesperada. También Clairette parecía conmovida; sus ojos brillaban y asintió con rapidez, como diciendo que ya bastaba, que no siguiera hablando, y vació la copa de un trago. Quizá también a ella se le había hecho un nudo en la garganta.

Jakobi le lanzó una mirada hostil a Schultheiss, estaba realmente enfadado con él: no tenía derecho a hurgar en la tumba de Lucien, nadie lo tenía. Una vez más, buscó la mirada de su mujer, que volvía a ejercer la misma fascinación sobre él que antes del nacimiento de Lucien. No le molestó que Charlotte percibiera sus sentimientos, ni siquiera la miró cuando volvió a llenarle la copa. Toda su atención estaba centrada en Clairette.

—Gracias, doctor Schultheiss —dijo ésta en voz baja, y por fin miró a Jakobi. Pareció reflexionar, miró a Charlotte, después a Jakobi, y volvió a alzar la copa.

»Quisiera aprovechar la oportunidad para agradecer a mi marido el haberme reemplazado con tanto éxito durante los últimos cuatro años.

Con gran frialdad, Schultheiss hizo caso omiso de la mirada de Jakobi, que, decepcionado y avergonzado, agachó la cabeza y clavó los ojos en su copa de champán.

Jakobi empujó la sencilla mesa de madera hasta el despacho de Kop. Sabía que le desagradaría ocuparlo.

—Deberías alegrarte de no tener que compartir el despacho con tu mujer.

Kop tomó asiento tras su escritorio, Jakobi acercó la mesa a la de Kop hasta que ambas se tocaron, se sentó en la desvencijada silla que había descubierto en el archivo y trató de ponerse cómodo. Kop sonrió.

—No te pongas dramático, al fin y al cabo ahora yo tampoco dispongo de un despacho propio. —Volvió a sonreír.

Jakobi sabía perfectamente que pasaría los años siguientes en el despacho de Kop, pero de vez en cuando echaría de menos la habitación con el escritorio de caoba en la que uno podía dedicarse a rumiar sin ser observado.

El otro llenó su pipa con aire satisfecho, como para que se fuera acostumbrando a que en esa habitación se fumaba.

—¿Te molesta? —preguntó con hipocresía.

—A lo mejor yo también empiezo a fumar.

—No te lo recomiendo —dijo Kop, se repantigó en su silla y lanzó el humo en dirección a Jakobi.

—Hace años que intento dejarlo, es un auténtico vicio que ya me ha costado un matrimonio y una docena de dietas para adelgazar; pero por mí, inténtalo.

Kop abrió el cajón y le tendió una pipa negra. Jakobi hizo un gesto negativo con la mano. Tenía la sensación de que estaba jugando con él, de que tenía un secreto, algo que le hacía gracia.

—¿Has comprado el yate? —le preguntó cauteloso.

Kop frunció los labios.

—Todavía no, pero lo haré pronto. Tengo un asunto importante entre manos... —
dijo, sonriendo ampliamente.

—¿De cuánto dinero se trata? ¿De ciento cincuenta mil?

Kop reflexionó e intentó formar círculos con el humo.

—Tal vez. Calculo que será menos, pero pueden ser ciento cincuenta mil.

Capítulo 13

JAKOBI estaba muerto de hambre. Quería atiborrarse de comida. De pie en la cocina, meditó acerca de qué tenía ganas de comer: pan negro, queso, ajo y una botella de vino blanco. Abrió la nevera: estaba vacía y optó por abrir dos latas, una de patatas y otra de atún. La despensa situada encima del extractor estaba vacía. Eran las ocho de la noche. De la habitación infantil llegaba el tecleo poco rítmico de una máquina de escribir eléctrica. Decidió invitar a Clairette a cenar; hablarían de cualquier cosa pero, según transcurriera la conversación, no evitaría hablar de Lucas abiertamente.

Jakobi abrió la puerta de la habitación infantil; delante de la ventana había un escritorio moderno, una original estructura de acero cromado con una placa de plexiglás en forma de riñón. A la izquierda, en una estantería blanca, se amontonaban hojas de papel, sobres, Tipp-Ex, tijeras, una perforadora, pinzas y una calculadora, todo nuevo y suntuosamente empaquetado.

—¿Por qué no hay nada de comer?

Clairette se sobresaltó, parecía asustada. La presencia de Jakobi la molestaba.

Él pasó por encima de las numerosas cajas y estantes tirados en el suelo y se acercó a la ventana. Quería preguntarle si ahora aquél era su despacho, aunque en realidad ya lo sabía. Percibía la repentina iniciativa de Clairette como una amenaza. Aquel regreso a las oficinas sin previo aviso y todas esas adquisiciones en casa... «Seguro que sólo es el principio», pensó, y se sintió tomado por sorpresa, no sabía si podría seguir adelante. Los últimos años habían sido condenadamente cómodos... en cuanto al trabajo. Clairette disfrutaba con la irritación de Jakobi.

—El doctor Schultheiss ha insistido en invitarme a cenar y no he podido negarme. Que todos se hayan alegrado de mi regreso ha sido conmovedor. Bueno, casi todos.

Clairette sacó una tira estrecha de cartulina de la máquina de escribir. Jakobi no logró leer lo que había escrito. Ella metió la tira en el bolsillo de plástico pegado a la parte trasera del archivador negro.

Se había olvidado de su presencia; introdujo la siguiente tira de cartulina en la máquina y siguió tecleando. Jakobi lanzó un vistazo disimulado a la estantería: dos guías metálicas perforadas montadas verticalmente, dos ménsulas y encima el estante, quizás atornillado.

—Yo podría haberla montado —murmuró Jakobi.

Clairette siguió tecleando.

—A mí me gusta.

—No quiero decir que esté mal montada, sólo que me hubiera gustado hacerlo para ti.

Clairette desempaquetó un fichero y lo llenó de tarjetas pautadas, entre las que intercaló separadores con las letras del alfabeto.

—¿Hay algo más? —le preguntó impaciente.

—Necesito más dinero.

—¿Ganas demasiado poco? —Le lanzó una mirada sorprendida y escéptica. Jakobi incluso tuvo la sensación de que lo miraba de un modo burlón y despectivo. Sólo haciendo un esfuerzo pudo seguir hablando. A fin de cuentas, se trataba de Lucas.

—Necesito ciento cincuenta mil, es un asunto de cierta envergadura.

Clairette se puso de pie y le mostró la parte de atrás del archivador, en cuya etiqueta acababa de escribir: «Cuentas/banco, privado».

—A partir de ahora seré yo quien se ocupe de los asuntos económicos privados —dijo, señalando una cesta blanca de plástico de la estantería.

»Ahí van las cuentas.

Con amargura, Jakobi comprendió que, paso a paso, Clairette lo obligaba a batirse en retirada. Donde antes colgaban los carteles infantiles de Lucien había un tablero imantado. Sus apasionados y desinteresados cuidados ya no se centraban en Lucien sino en el dinero. Ya no era un niño quien recibía sus atenciones en esa habitación, eran las finanzas. Ella siempre había sabido delimitar sus respectivos territorios; ahora le tocaría a él ocuparse de las impermeabilizaciones. Jakobi sabía que no tenía ninguna oportunidad de quitarle algo a Clairette.

—Necesito ciento cincuenta mil, Clairette.

Ella volvió a sentarse al escritorio e introdujo una nueva tira de cartulina en el carro de la máquina.

—¿Qué quieres comprar con ese dinero? ¿Oro porque las acciones caen? ¿Con qué crees que la gente pagó las cuentas tras el desplome de la Bolsa? Cuando la onza alcance los cuarenta y cinco dólares, podremos hablar al respecto. De momento, el lema es: nada es más efectivo que el efectivo.

—Se trata de un asunto bastante importante —murmuró Jakobi en tono melancólico.

—¿Así que no quieres comprar oro? Cuéntame de qué se trata. Si es interesante, participaré.

Jakobi calló. Se trataba de su vida. ¿Debía hablarle de Lucas? Dudó de que ella aún sintiera interés por su vida, pero por otra parte casi seguro que le ayudaría, pero sólo cuando hubiera tocado fondo. No volvería a probar el champán hasta que no se hubiera bebido toda el agua del arroyo.

—Así que necesitas dinero urgentemente para un proyecto. ¿Kop tiene algo que ver?

—Ojalá lo supiera —murmuró Jakobi, preocupado.

Jakobi bajó al sótano por una botella de St. Emilion del 72. Clairette tenía razón. Se emborracharía a solas, no estaba hecho para convertirse en un adicto al trabajo,

sólo en un alcohólico.

Jakobi se despertó en su habitación alrededor de las cuatro de la mañana; había soñado con la empresa, con el cartel de latón de la entrada: lo habían reemplazado por otro con cinco letras grabadas: LUCAS.

Jakobi se arrodilló ante el antiguo secreter, abrió los cajones inferiores y sacó el álbum con la colección de monedas que su suegro había reunido para Clairette cuando era niña. Se sentó al escritorio y hojeó lentamente los pesados sobres que contenían las monedas. Cada uno contenía entre cuatro y seis monedas de oro; en otro álbum había una colección de antiguas monedas suizas de plata, piezas de cinco francos de los años 1850 en adelante. Jakobi consultó un catálogo de numismática de unos cinco años de antigüedad, pero que le serviría para hacer una estimación aproximada. Enchufó la calculadora e introdujo el valor de las monedas que figuraban en el catálogo. Era una tarea bastante aburrida que, a la vista de los numerosos sobres con monedas podría haberlo desanimado nada más empezar; pero las monedas eran su única esperanza y, cuantas más fueran, mejor.

De madrugada, la pantalla indicaba una suma de ochenta y seis mil ciento cincuenta. Hacía rato que la estrecha tira de papel llegaba hasta la alfombra. Decepcionado, Jakobi apretó la tecla del saldo. Incluso si en los últimos años el valor de las monedas hubiera aumentado un diez por ciento, el total no alcanzaría para satisfacer a Lucas. Además, era improbable que algún comprador pagara el precio de catálogo y, dada la cantidad de monedas, le ofrecerían un importe global, tal vez menos de cincuenta mil. Jakobi echó un vistazo en torno, buscando un objeto caro que pudiera empeñar o vender, pero no había ningún objeto de valor cuya ausencia Clairette no hubiera notado de inmediato.

Metió los álbumes en dos bolsas y las llevó al garaje, donde las guardó en el maletero del coche y las cubrió con una manta manchada de grasa.

Cuando Jakobi llegó al despacho, Kop ya estaba sentado tras su escritorio. Desde que Clairette había regresado a la empresa, Kop se lo tomaba con bastante tranquilidad. Las llamadas entre las ocho y las nueve de la mañana lo fastidiaban. Tomaba café, leía los periódicos y hojeaba el catálogo de la Neptuno, una empresa de venta por correspondencia.

Jakobi tomó asiento detrás de su escritorio y apoyó los brazos en él con gesto torpe. No tenía ganas de trabajar, estaba cansado. Las bolsas con las monedas estaban junto a la pata de la mesa; aguardaba la llamada de Lucas.

Kop arrojó el periódico a la papelera y se dedicó a revisar el correo.

—Pronto me tomaré vacaciones, seis meses o algo así —dijo, y le lanzó una postal a Jakobi.

Era una imagen de san Jorge, y en el reverso sólo habían escrito unas cifras: un uno, un cinco y cuatro ceros. Y el nombre: «Lucas».

Jakobi alzó la mirada; Kop no había dejado de observarlo y sonrió. Le encañonaba con una Walther de 9 milímetros.

—¿Tú? —Jakobi no se asustó, sintió alivio. Con Kop se podía hablar. Agarró ambas bolsas, sacó los álbumes y los dejó encima del escritorio—. Según el catálogo, las monedas valen unos setenta mil francos. Es lo único que tengo.

—Deberías verte la cara —dijo Kop, soltó una carcajada y volvió a pasarle los álbumes a Jakobi sin mirarlos—. Es conmovedor, Marcel, pero ese dinero no me basta para comprarme un yate, mucho menos un Princess 38. Necesito dinero en efectivo, ¿comprendes? —Le lanzó la Walther, que Jakobi recogió con cierta torpeza—. ¿Qué te parece? La compré ayer. Si vamos a navegar los dos alrededor del mundo, necesitaremos protegernos. A fin de cuentas, atracaremos en bahías jamás vistas por ojo humano alguno. —Kop rió y después añadió—: ¿Qué te parece si esta noche vamos a un club de tiro? Hay uno en Allschwill. Jugar a los bolos y emborracharse acaba por ser aburrido.

Kop volvió a agarrar la pistola, apuntó a la ventana y apretó el gatillo. Jakobi se sobresaltó.

—No seas miedica, no está cargada. Pasaré a buscarte a las ocho, ¿vale?

Jakobi lo miró; hacía un instante lo había tomado por Lucas: a Kop, su mejor amigo, su único amigo. Estaba avergonzado.

—Hoy pones cara agria, Marcel, como Clairette. Al parecer, es contagioso.

Jakobi asintió débilmente y lo miró a los ojos. Le hubiera gustado mostrar sus cartas y hablarle de Lucas y sus sospechas con absoluta sinceridad, pero si Kop no era Lucas, su franqueza sería su perdición. Kop se inmiscuiría, no sólo porque era su amigo, sino precisamente porque le encantaba mandar y el papel de solucionador era el que más le gustaba representar.

—¿Todavía tienes problemas económicos? —le preguntó Jakobi con desconfianza.

Kop le golpeó el hombro y Jakobi se dobló hacia delante.

—Te estás volviendo un melancólico, amigo mío. ¿Es que eres incapaz de pensar en algo alegre durante cinco minutos?

—¿En ti?

—¿Por qué no? —Kop rió—. Emparejaré a Clairette con el viejo Schultheiss y nosotros daremos la vuelta al mundo.

—En tu yate nuevo —murmuró, como de paso. El otro asintió con una sonrisa, pero Jakobi reaccionó con irritación.

»¿Lo has comprado o no? —quiso saber; Kop lo estaba sacando de sus casillas.

—Aún no —contestó el otro.

—Pero has reunido el dinero —insistió Jakobi.

—Pronto lo tendré. ¿Por qué? ¿Quieres que te preste un poco?

—Ciento cincuenta mil —repuso Jakobi. No quería decirlo, pero se le escapó.

Kop frunció la nariz y contempló el agitado rostro del otro; por lo visto, no sabía si bromeaba o hablaba en serio. No entendía la insinuación y trataba de encontrarle la gracia. Jakobi sonrió, quería poner fin a la conversación porque había oído pasos en

el pasillo.

Clairette entró en el despacho, Kop seguía jugueteando con la pistola, Jakobi guardó la postal de Lucas.

—¿Molesto? —preguntó Clairette con ironía.

—Estamos planificando la velada —contestó Kop en tono peleón—. Esta noche haremos prácticas de tiro. Si resulta que tenemos talento, nos presentaremos al próximo campeonato mundial.

Clairette dejó un expediente en la mesa de Jakobi.

—En caso de que dispongáis de un poco de tiempo antes de que acabe la jornada laboral, os ruego que os ocupéis del señor Sengstag. Dirige una empresa de pinturas. Quiere que averigüemos si tiene sentido convertirla en sociedad anónima.

—Para nosotros, seguro que sí —bromeó Kop. Tomó el expediente y echó un rápido vistazo a algunas páginas.

»Gana más que yo —se indignó, lanzándole una mirada picara a Clairette.

—A lo mejor también trabaja más —replicó ella en tono seco.

Jakobi abandonó la habitación. Quería aprovechar la oportunidad para hablar con Charlotte. Desde la resurrección de Clairette había perdido toda la confianza en sí mismo. Hacía que sintiera su poder, como antaño el viejo Leutwyler. Ya no podía comunicarse con ella.

Charlotte estaba copiando a máquina uno de los numerosos manuscritos de Clairette. Desde su vuelta a la empresa, todos los empleados de Leutwyler, S. A., se veían obligados a realizar tareas adicionales; probablemente Clairette se había propuesto incrementar el rendimiento, era muy capaz de ello. Los nuevos vientos que soplaban se notaban en todas partes.

Charlotte estaba sentada ante su procesador de textos. Cuando Jakobi le dio un beso alzó la vista como un cervatillo asustado.

—¿Ha llamado el señor Lucas? —susurró Jakobi.

Charlotte le tiró de la corbata y buscó sus labios.

—El que ha llamado es el señor Bryan.

—Reserve la habitación 207. Para las once y media.

Jakobi se sintió invadido por una ola de calor. Charlotte también estaba contenta. Descolgó el teléfono y reservó la habitación a nombre del señor Bryan. Y pidió una botella de Pol Roger.

Jakobi quería contárselo todo, toda aquella extraña historia de Lucas y del viaje a Ginebra. Confiaba en ella, la conocía, era previsible. Era incapaz de transformarse de la noche a la mañana de Cenicienta en reina, de señora de la limpieza en directora de empresa. Seguía deseando a Clairette, pero en su presencia se sentía un ser insignificante. Le había quitado su escritorio de caoba.

Clairette salió al pasillo.

—Por favor, Charlotte, después venga a mi despacho, la necesito —dijo, y recorrió el pasillo con paso enérgico. Al pasar junto a su marido, le dedicó una

sonrisa muy simpática, una de esas que sólo lanzan los jefes a sus subordinados.

Capítulo 14

—BUENOS días, señor Bryan.

El portero, de pie detrás del mostrador de recepción del hotel Euler, lo saludó con una leve inclinación y sonrió, como si se alegrara de verlo. Era de suponer que hacía tiempo que sabía en qué consistían esas breves reuniones a mediodía que Jakobi celebraba en el hotel desde hacía dos años y medio. Era absolutamente discreto, quizá valoraba conocer tantos secretos y sin embargo guardárselos.

Jakobi entró a la habitación 207. Charlotte ya se había metido en la ducha. Ante la ventana, en un carrito, el cuello envuelto en una servilleta blanca de la botella de Pol Roger asomaba de la cubitera plateada. Jakobi se quitó precipitadamente la ropa. En realidad hubiera preferido empezar por hablar de Lucas, pero el deseo de darse un revolcón con Charlotte era mayor. Anhelaba sus cálidos labios, su sexo húmedo. En cuanto se quitó los calzoncillos entró en el cuarto de baño. El vapor caliente había empañado el espejo.

—El señor Bryan ya está aquí, Charlotte.

Jakobi apartó la cortina con lentitud. El agua caliente lo salpicó y gritó de dolor. Dio un paso atrás y se protegió el sexo con las manos. Cuando la parte posterior de sus rodillas chocó contra la tapa del inodoro, éstas se le doblaron y resbaló en el suelo mojado. El agua caliente le quemaba las piernas. Jakobi se incorporó y retrocedió. La alcachofa de la ducha estaba a dos metros del suelo; alguien la había girado de modo que al apartar la cortina el chorro de agua caliente le diera de lleno. Jakobi se metió en la ducha y cerró el grifo del agua caliente. El teléfono sonó en la habitación. Jakobi descolgó el auricular.

—Bryan.

—Hola, señor Bryan. Lo siento. Hoy su puta no puede acudir. A lo mejor puede arreglárselas por su cuenta.

—¿Lucas? —Era la misma voz que había oído en el ascensor, más bien débil pero melódica. Un tanto imprecisa. Si uno no prestaba mucha atención, sólo un zumbido agudo. Parecía la voz de un anciano o la de una persona que simulara ser otra.

—Soy Lucas, señor Bryan. Lo espero esta tarde, puntualmente, a las cinco de la tarde, en la vieja cantera de grava de Hegenheim. Estaré en el cobertizo, detrás de la excavadora amarilla. Venga solo, no quiero testigos.

—¿Eso es todo?

—No olvide el dinero. Ciento cincuenta mil. Más adelante hablaremos de los intereses.

—No tengo ciento cincuenta mil, de veras.

Lucas guardó silencio. Jakobi se impacientó: era hora de que comprendiera que

no tenía dinero.

—Lo único que tengo es una colección de monedas. Vale al menos setenta mil francos.

—¡Qué pena!, porque en ese caso mañana estará muerto, señor Bryan. Sería una auténtica lástima. En las noticias acaban de decir que mañana será un día soleado. El sol de noviembre es el más bonito de todos. No se libraré, Bryan, créame, lo mataré y punto.

—Conseguiré el dinero —gritó Jakobi—, entonces estaremos en paz, ¿verdad? —Jakobi escuchó, expectante—. Entonces estaremos en paz, ¿verdad? —volvió a gritar a voz en cuello.

Jakobi se vistió y abandonó el hotel a toda prisa. Condujo directamente hasta la sede central del banco de Crédito Suizo, fue hasta la primera ventanilla libre y dejó su tarjeta y su documento nacional de identidad en la bandeja giratoria. El empleado la hizo girar para recoger la tarjeta.

—Ciento cincuenta mil en billetes grandes, por favor.

El empleado, un joven simpático de unos treinta años, introdujo la tarjeta en el lector y tecleó el código. Jakobi temblaba de pies a cabeza. El cajero sacudió la cabeza y volvió a teclear el código. Jakobi se impacientó. Estaba a punto de robar ciento cincuenta mil francos de la cuenta conjunta con su mujer. Sabía que Clairette le montaría un número, una auténtica escena y que posiblemente su matrimonio se rompería definitivamente. Le daba igual. Quería salvar el pellejo. Lo que ocurriera después no tenía importancia. El juego de Lucas se había acabado, quería alcanzar la meta.

—La semana pasada la señora Clairette Jakobi cerró la cuenta. Ha abierto una nueva. ¿Dispone de la nueva tarjeta?

Jakobi se aferró al mostrador. El simpático empleado cortó su tarjeta con unas tijeras, echó los trozos a la papelera y volvió a depositar el documento de identidad en la bandeja giratoria, con un formulario. Jakobi los recogió.

—Puede rellenar el formulario en casa. El resguardo que hay que firmar está en la parte de atrás. En cuanto su mujer lo haya firmado, tendrá derecho a acceder a la nueva cuenta. Recibirá la nueva tarjeta dentro de diez días.

Jakobi se esforzó por sonreír amablemente, se alejó de la ventanilla y fue a trompicones hacia la salida. Había arrugado el formulario y lo echó a una papelera situada junto a la puerta automática. Y encestó.

Capítulo 15

JAKOBI sopesó el arma, pensativo. La empuñadura estaba forrada de piel de tiburón y era muy agradable al tacto. Ajustó el punto de mira y el visor micrométrico. Calculó que cuando se encontrara con Lucas, éste estaría a unos diez metros de distancia. Empujó el percutor con el pulgar y el cargador salió de la culata; luego sacó las balas de una caja marrón y llenó el cargador. El arma pertenecía a Leutwyler, alguien se la había regalado y Jakobi estaba seguro de que su suegro no disponía de permiso de armas para aquel modelo, así que después del encuentro con Lucas la destruiría inmediatamente, al igual que todo lo que hubiera utilizado y la ropa que vestía.

Abrió una bolsa grande de plástico negro y metió en ella la caja de balas. Clairette no echaría en falta el arma porque nunca bajaba al sótano; lo detestaba por algún motivo desconocido. Allí abajo todo seguía igual que hacía treinta años: varios armarios viejos de cocina juntos; en cada cajón, en cada estante tornillos y clavos, tubos de pegamento seco, anticuadas tenazas y destornilladores. Del techo colgaba una vieja red de pesca. Jakobi subió con la bolsa de plástico negro los ocho escalones que daban al garaje, tomó asiento tras el volante del Rover y arrancó. Estaba convencido de que esa noche, a las siete, volvería a estar en casa.

En la agencia Stössler alquiló un BMW blanco por un día, a nombre de Bryan. Dijo que se alojaba en la habitación 207 del Euler y que había olvidado su documento de identidad en el hotel. Le sugirió a la empleada que llamara por teléfono, que en el Euler lo conocían. Estaba siendo muy convincente, y lo sabía. Tampoco creía que la empleada llamara al hotel y, si lo hacía, allí efectivamente lo conocían.

Condujo el BMW hasta dos calles más allá, donde había aparcado el Rover, y arrojó la bolsa de plástico negro al asiento del BMW.

En la zapatería Deiss compró tres pares de calcetines gruesos y un par de zapatos que, sin los calcetines, le hubieran quedado demasiado grandes. Eran del número cuarenta y cinco. No quería dejar huellas falsas tan obvias como para hacer sonreír a cualquier agente de policía, pero las pisadas serían lo primero que despistaría para elaborar su descripción.

—¿Quiere probarse los zapatos? —dijo la joven vendedora con una sonrisa; quería ayudarle, pero nadie excepto él podía hacerse cargo del encuentro con Lucas.

—No, gracias —contestó secamente.

La vendedora desapareció detrás de una cortina en busca del zapato izquierdo; Jakobi sostenía el derecho en la mano. Tendría unos dieciocho años y le recordó a la florista. «Ése debía de ser su aspecto a los dieciocho», pensó Jakobi. A diferencia de los de la florista, sin embargo, sus ojos no narraban ninguna historia. Los de la

vendedora aún estaban vacíos, no escondían secretos, todavía no habían visto nada de este mundo.

El reloj de pared dio las cuatro y Clairette levantó la cabeza con aire triunfal. Desde las once había permanecido sentada al escritorio de caoba, dictando interminables cartas a Charlotte. La pobre Charlotte incluso había tenido que renunciar a su almuerzo, y a la habitación 207. A las once y media, Clairette había telefonado al despacho de Schultheiss. Charlotte también hubiera querido llamar por teléfono, pero Clairette se lo había impedido.

—Si es imprescindible que llame por teléfono, hágalo ahora, pero primero tómese un café o vaya a la panadería y compre algo de comer. No estamos en las galeras.

Clairette le dedicó una sonrisa conciliadora, pero Charlotte no tenía hambre ni ganas de llamar por teléfono a nadie. Seguro que Jakobi ya se había marchado del Euler, y que esa tarde no hubiera aparecido por el despacho la inquietaba. Se sentó detrás de su escritorio en la recepción y empezó a pasar las cartas escritas en taquigrafía al procesador de textos. Clairette echó un vistazo por encima de su hombro y después se fue al despacho de Kop, que seguía ocupado en determinar las ventajas y los inconvenientes de crear una sociedad anónima para la empresa de pinturas Sengstag. La presencia de Clairette le resultaba incómoda. No le gustaba que lo interrumpieran cuando estaba trabajando, y cuando ella se paró delante de su mesa sus ganas de trabajar se esfumaron.

—Doctora Jakobi —la saludó.

—¿Quiere tomarse la tarde libre, señor Kop?

Kop se sorprendió y le lanzó una mirada de curiosidad. Clairette llevaba un vestido rojo burdeos de algodón muy fino, abotonado hasta el cuello. Se sentó al borde del escritorio de Kop, sonrió, se inclinó hacia atrás y cruzó las piernas. Tenía unas piernas muy bonitas; Kop nunca lo había notado.

—¿No quería hacer prácticas de tiro con su nueva pistola?

Kop trató de flirtear con la mirada.

—Me hubiera gustado ir con su marido a la vieja gravera, pero no sé dónde se ha metido. No tengo ganas de ir solo.

—No deje de ir, seguro que no estará solo...

—¿Acaso quiere decir que usted...?

Kop no se atrevió a expresar lo que pensaba. Clairette se bajó del escritorio con un movimiento elegante; Kop volvió a echar un vistazo a su talle, como lo hacía con todas las mujeres, buscando sus pechos con la mirada. Sentía curiosidad por su cuerpo y la miró a los ojos: no se había equivocado. Clairette se pasaba la lengua por los labios, siempre lo hacía cuando reflexionaba.

—¿Digamos a las cinco menos cuarto en la antigua gravera?

Kop se quedó mudo y se limitó a asentir con la cabeza. No lo comprendía y su desconcierto la divirtió.

—Espere en el cobertizo, detrás de la excavadora amarilla, por favor, hasta que...

—dijo con una sonrisa avergonzada. Estaba aún más guapa.

Kop volvió a asentir. Había comprendido. La idea lo excitó y contempló a Clairette como si fuera un ángel bajado del cielo para encontrarse con él. Ella salió del despacho; Kop la siguió con la mirada. Nunca la había tenido en cuenta como mujer, para él siempre había sido la gruñona que hacía juegos malabares con las cifras e infelices a los hombres, la inaccesible diosa de piedra. Se levantó y, danzando alegremente por la habitación, se regaló con el aroma sensual de la colonia de Gianfranco Ferré. Lo que más le hubiera gustado habría sido beberse el frasco.

Las campanas de la iglesia de San Antonio dieron los cuartos. Eran exactamente las cinco menos cuarto cuando Jakobi aparcó el BMW blanco en el estacionamiento de la piscina cubierta Gartenbad. Después caminó junto a los huertos hasta la gravera. Delante había un pequeño depósito de chatarra y una alambrada separaba el cementerio de automóviles de la cantera. En un punto la alambrada había caído, y Jakobi se detuvo. Se ocultó detrás de un viejo Citroën, desde donde podía ver la excavadora amarilla, situada dentro, delante del cobertizo. Jakobi se puso de rodillas detrás del Citroën. Un Buick azul recorría la calle sin asfaltar: Kop. Avanzaba despacio, quizás intentando localizar a Jakobi. «Lo he sabido siempre», pensó: Kop era Lucas. Había llegado puntualmente y sólo podía ser Lucas, que era el único que estaba al tanto de la cita en la gravera. Y volvió a recordar que Kop había robado el expediente Grauwiler del archivo. Lo había admitido, desde luego, o más bien se lo había contado de *motu proprio*. Pero ése era el elemento principal de la estrategia de Kop en cuanto a Lucas. Había querido ablandarlo para que tirara la toalla y pagara. Jakobi sintió una gran aflicción: no hubiera tenido inconveniente en perder ciento cincuenta mil francos para conservar la amistad de su amigo. ¿Por qué precisamente Kop tenía que ser Lucas? ¿Por qué no había aceptado las monedas aquella mañana? Tenía que estar loco. Si quería ese yate a toda costa, Jakobi estaba dispuesto a vender el Rover.

El Buick se acercó lentamente a la gravera. Jakobi quitó el seguro del arma y fijó el visor a una distancia de quince metros. Disponía de doce disparos. Ciento cincuenta mil francos para un amigo. Jakobi no lo comprendía. ¿Qué haría Kop, solo en su yate? Sin Jakobi, sin amigos. Las chicas que de vez en cuando se ligaba no lo reemplazarían. Kop ni siquiera estaba loco por ellas. Un poco de sexo a bordo, eso era todo. Nada de pasión, nada de amor.

Kop se apeó del coche y dejó la puerta abierta. Parecía muy seguro de sí mismo, resultaba casi inquietante. Jakobi no entendía por qué no tenía miedo. Sin duda estaba loco. Se puso de pie muy despacio detrás del Citroën. Kop sacó la Walther nueve milímetros del bolsillo y quitó el seguro. Jakobi se preguntó si debía intentar hablar con Kop una vez más. Ya sabía que no tenía dinero. ¿Qué se habría imaginado cuando fingió ser Lucas y lo amenazó de muerte? No lo comprendía. ¿Acaso creía que asaltaría un banco para conseguir dinero? Jakobi se sentía fatal, quería acercarse y mirarlo a los ojos.

Entonces Kop entró al cobertizo, justo como Lucas había dicho, así que Kop era Lucas, ya no cabía duda. Todo el rompecabezas parecía encajar, cada detalle cobraba sentido. Jakobi recordó la escena que se había desarrollado aquella misma mañana en el despacho: la tarjeta de Lucas que Kop le había tendido sin prestarle atención y la ducha en el hotel Euler... llevaban la firma de Kop, y Jakobi se sintió humillado y traicionado.

Presa de la cólera, salió de su escondrijo y corrió por la gravera. Quería pedirle explicaciones a Kop, darle una paliza.

Se detuvo detrás de la excavadora amarilla y, de repente, recordó la cuarta corona depositada en la tumba de Lucien. La corona de Lucas. Kop había osado dejarla allí y la idea lo enfureció.

—¡Lucas! —rugió a voz en cuello, y se protegió detrás de la rueda delantera de la excavadora. Empuñó la pistola con ambas manos. La puerta del cobertizo se abrió, Kop salió, Jakobi cerró un ojo y clavó el otro en el punto de mira de la pistola. Apretó el gatillo y el proyectil se perdió en la pared de madera del cobertizo. Kop soltó una carcajada y miró a su alrededor: el juego le divertía. Se humedeció los labios con la lengua, el sol se los había resecao. El segundo proyectil le destrozó la cara. Kop salió despedido hacia atrás y la pistola se le cayó. Silencio. Kop yacía delante del cobertizo, inmóvil, con los brazos en cruz. La nariz le colgaba de un jirón de piel encima del ojo izquierdo. Detrás del hueso nasal se abría un gran agujero bordeado de negro.

Ya no era el mismo Jakobi quien, poco después, se subió al BMW blanco. En cierto modo todo había sido irreal, como un sueño que aún no se ha desvanecido del todo. Metió la pistola en la bolsa de plástico y se quitó los guantes. Le daban asco y los echó en la bolsa con la punta de los dedos. Recorrió despacio la carretera de Hegenheim; le costaba concentrarse en el tráfico. De vez en cuando se sentía tentado de salirse del carril y chocar de frente con otro coche. Matar había resultado bastante fácil, pero no lograba librarse de la idea de haber matado. Quiso detener cualquier otro acontecimiento, el tiempo debía detenerse para que pudiera reflexionar unos segundos acerca de lo inconcebible.

El semáforo se puso verde y Jakobi tuvo que seguir. Quitarse los zapatos, deshacerse de la bolsa de plástico, devolver el BMW blanco, ir a casa, ducharse, dormir. Tenderse en la cama de su habitación le daba miedo. Las paredes se le vendrían encima, cualquier timbrazo lo haría sudar. ¿Por qué no había tomado las de Villadiego? ¿Por qué no se había ido al fin del mundo? Lucas no lo hubiera aterrorizado en la selva boliviana, seguro, porque no lo habría encontrado.

Decidió detenerse en la zapatería más próxima: necesitaba urgentemente pantuflas nuevas, pantuflas forradas de cuadros marrones y rojos. Eso quería comprarse, para ver esa noche un rato la televisión.

Volvió a entrar a la zapatería Deiss. La joven vendedora que lo había atendido apenas dos horas antes lo recibió con una sonrisa picara.

—¿Se ha probado los zapatos?

Jakobi asintió.

—Son demasiado grandes.

—Le traeré unos del 44.

—No, no —dijo Jakobi, contemplando la estantería cromada llena de pantuflas. Por fin las había visto: unas pantuflas de cuadros marrones y rojos.

—He encontrado algo mejor —dijo. Tendió las pantuflas a la vendedora—. ¿Puedo devolver los zapatos?

Capítulo 16

REAGAN y Gorbachov se estrecharon la mano; acababan de firmar el primer tratado de desarme. Era la primera vez después del Irangate que Reagan sumaba puntos en las encuestas de opinión. Para su asombro, sus compatriotas sentían afecto por aquel Gorbi venido del Este y por eso Ronny se ofrecía a tratar de tú a tú al representante del «poder del mal». Sin embargo, ateniéndose a los consejos de su astróloga, siguió prohibiendo la exportación de tostadoras estadounidenses debido a lo refinado de su diseño, como argumentaba el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Jakobi contempló la transmisión vía satélite con satisfacción. Las iniciativas de paz lo tranquilizaban, aunque sabía que eran fruto de consideraciones económicas únicamente. Disfrutó del final feliz provisional de aquel culebrón internacional y, contento, movió los dedos de los pies dentro de sus pantuflas forradas. Deseó que la florista apareciera en el umbral con un delantal atado a la cintura, como las madres en los libros de cuentos infantiles. Deseó que hubiera niños sentados en su regazo, de esos que le metían animalitos de plastilina en las pantuflas para tomarle el pelo. Deseó que hubiera un ambiente pacífico y armónico, un árbol de Navidad decorado y aroma a pastel navideño de almendras y especias.

El timbrado del teléfono lo sobresaltó. Ya eran las diez de la noche. Se arrodilló y descolgó el auricular del aparato apoyado en una mesita de cristal.

—Hola —jadeó.

—Soy Pfister, señor Jakobi.

—¿Qué quiere? —preguntó Jakobi, desconfiado.

—Llamo de la empresa de pinturas Pfister. Su mujer nos dijo que esta noche a las diez presentáramos el presupuesto de la pintura...

—Usted es el pintor. —Jakobi rió, aliviado.

—Sí, podemos realizar el encargo...

Jakobi soltó una sonora carcajada y colgó.

Clairette entró en el salón. Jakobi quería explicarle lo ocurrido pero no podía parar de reír, lloraba de risa.

—¿Quién era? —preguntó secamente ella.

Jakobi se dejó caer en el sofá y estiró las piernas.

—Un pintor.

—¿Qué tiene de cómico?

—Quería darme un presupuesto —dijo Jakobi, riendo para sus adentros y pasándose la mano por el pelo.

—¿Cuánto pide por pintar?

—He colgado sin querer. Lo siento, ha sido tan cómico...

Clairette se arrodilló junto a la mesita de cristal, con la intención de volver a llamar al pintor. Marcó el número y le lanzó una mirada orgullosa e implacable a su marido.

—De paso, ese Lucas ha vuelto a llamar.

La risa de Jakobi se cortó de golpe.

—¿Cuándo? —gritó.

Clairette se puso a reír entre dientes y colgó el auricular. Lo miró y disfrutó viendo su desesperación.

—¡Dime cuándo llamó Lucas! —rugió él.

—Esta mañana —contestó ella, y volvió a descolgar el auricular.

—Perdóname, no quería gritarte. —Lo lamentaba de verdad—. ¿Quieres que salgamos y hagamos algo juntos?

—Buenas noches, Marcel —contestó Clairette, ausente y despectiva. Marcó el número, era obvio que lo único que le interesaba eran los negocios y la reforma de la casa.

—¿Pretendes que me busque una amiguita? —preguntó Jakobi en voz baja.

—¿Por qué no? Un nuevo apartamento, una nueva cuenta de banco, una nueva cocinera, una nueva señora de la limpieza, una nueva enfermera...

—Una nueva amante, una nueva madre —añadió Jakobi en tono serio.

Ambos se miraron fijamente. Jakobi había roto las normas una vez más. En los últimos años habían roto tantos puentes que apenas lograban comunicarse. El escenario parecía una casa bombardeada y ninguno de los dos sabía por dónde empezar a reconstruirla. Cada paso conducía a los testigos mudos de una antigua batalla que ambos habían perdido.

—Iré a jugar a los bolos con Kop —dijo Jakobi.

—¿A las diez de la noche?

—A las diez de la noche.

—Que te diviertas, Marcel, seguro que será muy divertido.

Alrededor de medianoche, Jakobi seguía sentado ante la barra del bar Río. Bebía el mismo vino que había tomado con Kop. Pidió uno de los cigarros que Kop siempre fumaba a altas horas de la noche. El vino tinto le había dado sueño y no le sabía bien. De todos modos, en las fondas y los bares siempre lo servían demasiado caliente, y por el más barato, que al día siguiente le reventaba a uno la tapa de los sesos, se pagaba lo mismo que por un Gran Cru Classé. En realidad, sólo lo había bebido por Kop. Kop estaba muerto, él lo había matado. Había matado a Lucas, pero Kop había sido su único amigo y, por eso mismo, el mejor. Jakobi apartó la copa de vino; quería irse a casa, buscar una buena botella en el sótano y encerrarse en su despacho. Alzó la mano con lentitud tratando de llamar la atención de la camarera, se bajó del taburete y se aferró a la barra: se sentía como un saco de patatas a punto de caer y derramar su contenido en el suelo.

Estaba rodeado de personas que gesticulaban en medio de espesas nubes de

humo. Lo único que percibía era esa mezcla de voces que aumentaban y disminuían, como si un niño jugara con el control del volumen de una radio defectuosa.

—¿Dónde está su amigo?

Jakobi alzó la mirada, desconcertado. La camarera estaba de pie detrás de la barra como un vivaracho capitán.

—¿Qué amigo? —balbuceó Jakobi; le costaba hablar y tuvo que esforzarse por ordenar las ideas.

—Ese tipo tan divertido. —La camarera rió.

—¿Ése? —murmuró Jakobi haciendo un gesto despectivo con la mano que a punto estuvo de desequilibrarlo—. No era amigo mío —gruñó, lanzándole una mirada de asombro a la camarera.

—¿Os habéis enfadado?

Al parecer, la mujer quería obligarlo a volver a la barra. Había comprobado que aquel cliente aún era capaz de tomarse media copa más antes de que hubiera que meterlo en un taxi. Seguro que habría sido una excelente jugadora del Memory.

—¡La cuenta! —gritó Jakobi.

—Lucas ya ha pagado —la oyó decir Jakobi. Después desapareció entre la humareda. Un momento después la distinguió borrosamente en el otro extremo de la barra, sirviendo copas y emborrachando a los clientes. Entonces el espejo y la estantería de cristal se le vinieron encima y Jakobi vio la lámpara por encima de su cabeza. Se golpeó la nuca contra la pared que separaba la barra de las mesas. Alguien le ayudó a ponerse de pie y Jakobi buscó a la camarera con la mirada.

—¿Dónde está Lucas? —gritó con todas sus fuerzas. El dolor le atenazó el antebrazo: un hombre barbudo lo agarraba.

—Cierra el pico, pedazo de mierda.

—Tengo que hablar con Lucas —gimió Jakobi, tratando de soltarse.

—Me llamo Bruno —dijo el hombre, le clavó el codo en el estómago y después lo arrastró hasta la calle.

Era una noche helada, con temperaturas bajo cero. El hombre que dijo llamarse Bruno sentó a Jakobi en el antepecho de un escarapate y le abrochó el abrigo. Le hizo señas a un taxi que estaba aparcado detrás de la estación del tranvía, en la zona señalada por una línea amarilla. Después le subió el cuello del abrigo y le palmeó las orejas con violencia.

—Bien, señor. Listo para ser despachado. Ahora mismo lo vendrán a buscar. Buenas noches.

Capítulo 17

A la mañana siguiente Jakobi seguía tendido en la cama, en la misma posición en la que se había dejado caer. Alrededor de las diez despertó como después de una anestesia. La casa estaba vacía. No había café; a lo mejor Clairette lo tomaba en la oficina.

Pero esa mañana Clairette no estaba sentada detrás del escritorio de caoba, sino presentando un resguardo en una tienda de fotografía. El vendedor buscó el número en los sobres de película revelada y después dejó las copias en el mostrador. Su intención era abrir el sobre y comprobar que la calidad fuese buena: las fotos mal reveladas no se cobraban.

—Seguro que están bien —dijo Clairette. Pagó y se marchó a la central de Correos con el sobre de fotos. Allí las examinó y comprobó que estuvieran correctamente reveladas. Metió los negativos en el bolso y los originales en un sobre amarillo en el que ya había escrito la dirección; lo llevó a la taquilla de las cartas urgentes y la empleada le pidió que pusiera el remitente en la solapa del sobre. Clairette apuntó con el bolígrafo sujeto al marco de la taquilla un nombre de cinco letras.

Jakobi estaba bajo la ducha, bañándose las sienes con el chorro de agua tibia: sabía por experiencia que era el método más rápido para aliviar el dolor de cabeza. No oyó el timbre de la puerta hasta que cerró el grifo para aplicarse champú. Se calzó sus pantuflas nuevas, se envolvió en el albornoz de Clairette, bajó la escalera y abrió la puerta, ante la cual esperaba un joven cartero.

—Carta urgente —dijo. Le tendió un sobre amarillo, montó en su motocicleta y se marchó. Ni siquiera había apagado el motor.

Jakobi subió la escalera con el sobre. No le interesaba, quería seguir duchándose. Comprobó el remitente de pasada: LUCAS.

Abrió el sobre y sacó las fotos en color: en ellas aparecía delante de su Rover blanco, delante de la zapatería Deiss, en la gravera, detrás del Citroën negro y detrás de la excavadora amarilla. También había fotos del coche de Kop, el Buick azul, de la carcajada de Kop, de su rostro destrozado; Jakobi otra vez delante de la zapatería y luego con la bolsa de basura delante de un contenedor.

Se sentó en un escalón, tenía ganas de vomitar. Volvió a mirar las fotos por orden hasta llegar a la del contenedor, en la que él estaba deshaciéndose de los objetos con los que había cometido el asesinato. Quizá Lucas lo hubiese seguido y recuperado la bolsa de plástico. Si así era, estaba en posesión del arma del delito y disponía de todas las pruebas. Pero si Lucas seguía con vida, ¿qué diablos tenía que ver Kop con todo aquel asunto? No lograba comprenderlo. La idea de que Kop tal vez no estuviera

relacionado con Lucas lo hizo estremecer y la reprimió. Era imposible que hubiera matado a su mejor amigo de un balazo en balde. Que Kop fuera inocente le resultaba impensable.

Fue al salón y encendió un fuego en la chimenea; cuando las llamas empezaron a arder, arrojó a ellas las fotos, una detrás de otra. Sabía que no tenía sentido quemarlas: Lucas podía mandar copias nuevas todos los días; pero si de repente aparecía la policía, era mejor no tener fotos en casa.

El teléfono sonó y descolgó el auricular.

—Kop ha muerto. Lucas está vivo.

—Si Kop no era Lucas —gritó Jakobi con desesperación—, ¿por qué tuvo que morir?

—Porque usted le disparó, Marcel Jakobi.

—¿Qué más quiere de mí? Préndale fuego a la casa, haga lo que quiera. De momento no puedo darle nada, excepto esa estúpida colección de monedas.

—Su vida, Marcel Jakobi; usted sigue con vida, eso es bastante.

—¿Por qué no me mata?

—Eso no sería un castigo justo, Marcel Jakobi.

Jakobi clavó la vista en las llamas de la chimenea. Quería que Lucas estuviera allí, ansiaba matarlo con sus propias manos. Lo aborrecía y también sabía que no tenía ninguna oportunidad. Lucas lo había convertido en un asesino, tenía que ser alguien a quien nada ataba a la vida excepto el odio que él, Marcel Jakobi, le inspiraba.

—Déjeme en paz de una vez, Lucas.

No tenía ganas de seguir luchando, sabía que Lucas podía poner fin a su vida en cualquier momento, podía entregarlo a la policía o seguir jugando con él una temporada.

—Despida a Charlotte Schönenberger. Es una puta, señor Bryan.

—Si lo hago, ¿me dejará en paz?

Jakobi cobró nuevas esperanzas. Tal vez, tras convertirlo en un asesino, Lucas lo dejara en paz. Quizá se conformara con que Jakobi, su víctima, se torturara durante toda la vida con la idea de haber asesinado a su amigo. Trató de convencerse de que ése era el peor castigo del mundo. Si lo era, Lucas lo dejaría en paz. Tenía que serlo.

—Soy su sombra, Marcel Jakobi. Mientras usted siga con vida, yo también.

—¿Por qué quieres despedirla? —le preguntó Clairette, estupefacta. Alzó la mirada de los documentos y Jakobi se sintió como un niño pequeño que suplica que le aumenten la paga. Incluso el difunto señor Leutwyler parecía burlarse de él. Su retrato seguía en la pared.

—¿Por qué quieres despedir a Charlotte? —repitió Clairette—. Su trabajo es excelente, al menos eso has afirmado siempre. Yo nunca estaba del todo... en fin, cómo decirlo; en todo caso la mantuve en la empresa por ti. Ayer al mediodía, por ejemplo, insistió en tomarse dos horas libres. Se lo negué. Sé que de vez en cuando tú

le dabas permiso para ausentarse un par de horas, pero yo por ahí no paso. Hemos de recuperar el tiempo perdido durante los últimos años, Marcel, y para hacerlo es necesario que todos los empleados entren en acción.

Jakobi no podía creer lo que estaba oyendo. Clairette nunca había dicho cosas semejantes. Hablaba igual que su padre.

—Te ruego que me hagas el favor de despedir a Charlotte —dijo con la voz ronca. Se lo estaba suplicando.

—¿Por qué eso será hacerte un favor?

Jakobi se dio cuenta de que Clairette estaba dispuesta a ceder, pero quería saberlo todo. No daría su brazo a torcer hasta que él se desnudara y se cubriera de vergüenza.

—No puedo decirte nada al respecto, Clairette; mi decencia me lo impide. Han ocurrido cosas que podrían afectar a la empresa.

A Jakobi le resultaba tremendamente desagradable tener que calumniar a Charlotte para alcanzar su objetivo, pero se trataba de su vida. Ella lo comprendería. Lamentó haber hablado con Clairette, hubiera sido mejor convencer a Charlotte de que dimitiera, aunque seguramente se habría negado ahora que sabía que un futuro en común con él sólo era posible en la habitación 207. Y Clairette era la única que podía despedir a Charlotte.

—¿Qué delito ha cometido Charlotte? ¿Ha revelado secretos, ofendió a algún cliente?

—Bastará con despedirla, me parece justo. El daño que ha causado es bastante grande.

—Ésa es una acusación muy grave, Marcel. Como directora de la empresa debo ser justa con todos los empleados, independientemente de que estén o no emparentados conmigo. Por eso le diré a Charlotte que venga al despacho, para que tenga la oportunidad de defenderse, como le corresponde a cualquier acusado en un Estado de derecho.

Jakobi se quedó conmocionado; volvía a sentir que entre él y Clairette se alzaba un muro infranqueable. Parecía más alejada de él día a día. Ya no era su mujer, era la directora de la empresa, que de paso estaba «emparentada» con él.

—Vale —dijo Jakobi, avergonzado—. Lo retiro todo.

—¿De qué va esto?

Jakobi guardó silencio.

—De paso, Marcel, ¿dónde están mis monedas de oro?

—¿Tus qué...? —gritó él.

—Mis monedas de oro. Las he estado buscando; quiero completar la colección, en recuerdo de mi padre.

Jakobi lanzó una mirada furiosa al retrato de su suegro. Él también parecía estar celebrando su regreso a escena.

—Están en mi despacho. Kop insistió en verlas. Esta noche volveré a guardarlas en tu secreter.

Clairette calló y volvió a su tarea con una sonrisa.

—Sabes que mientras guardes secretos, no podré ayudarte, Marcel.

Jakobi se dispuso a abandonar el despacho, la situación le resultaba insoportable.

—¿Marcel?

Jakobi titubeó; Clairette hojeaba unos documentos.

—No olvides que siempre estaré de tu parte. No lo olvides nunca. Hagas lo que hagas, por más espantoso que sea, estaré a tu lado.

Jakobi estaba harto de todo, no quería seguir escuchando. Estaba en las últimas y sabía que Clairette lo percibía. Ahora le tendía la mano, como en aquel entonces, en el pasaje subterráneo de la estación.

—Regresa junto a mí y verás que digo la verdad. Soy la única persona que siempre estuvo de tu parte. Mientras te comportes como un extraño no podré ayudarte.

Capítulo 18

PRESA de los nervios, Jakobi caminaba de un lado a otro de su despacho como un tigre enjaulado. La tensión interior se volvía insoportable. Detestaba a Clairette, detestaba su cariño, su mirada fiel suplicando amor y el modo en el que dependía de ella. De repente se quedó quieto, miró fijamente el escritorio de Kop y pensó si habría algún modo de acabar con la vida de Clairette. Pero descartó la idea de asesinarla de inmediato. Quería volver a hablar con ella, quería derrotarla con sus propias armas, simular que la amaba y luego convencerla de que despidiera a Charlotte. Sabía que la empresa era difícil. A lo mejor volvería a enamorarse de ella, y Jakobi sonrió al comprender que la idea no le disgustaba del todo. Abrió la puerta y salió al pasillo, donde vio al doctor Schultheiss: apoyado contra la pared se cubría el rostro con una mano. Cuando Jakobi se acercó despacio, el doctor alzó la cabeza. Estaba blanco como el papel y temblaba; tenía la mirada perdida. Jakobi se giró y echó un vistazo a la recepción, donde Charlotte permanecía sentada detrás de su escritorio, rígida como una estaca. De pie ante el escritorio había un hombre alto y robusto, de rostro anguloso, poblado bigote y cortos cabellos grises. El doctor Schultheiss lo saludó inclinando la cabeza y lo acompañó al despacho de Clairette. Jakobi los siguió. Nunca había visto a Schultheiss en aquel estado; entró en el despacho con paso inseguro y se aferró al escritorio de caoba.

—Ha ocurrido algo espantoso, doctora Jakobi. El señor Kop ha sido asesinado.

—¿Asesinado? —exclamó Jakobi, mirando fijamente al desconocido. Que Clairette se negara a despedir a Charlotte lo había irritado hasta tal punto que, durante una fracción de segundo, se había olvidado de que había asesinado a Kop.

—Éste es el comisario Sutter, de la policía criminal de Basilea.

Sutter le tendió la mano; su mirada penetrante lo irritó: era como si el policía ya lo supiera todo y, de repente, creyó enfrentarse a un adversario superior.

—¿Está seguro de que el señor Kop ha sido asesinado? —preguntó Clairette, poniéndose de pie y saludando a Sutter. Le ofreció una silla, pero el comisario rehusó sentarse. A él nadie le daba órdenes.

—Aún no hemos encontrado el arma y las huellas eran escasas. Estamos intentando descubrir el motivo, doctora Jakobi. *Qui bono?* ¿Quién saca provecho de la muerte de Kop?

Clairette, Schultheiss y Jakobi intercambiaron una mirada desconcertada. Realmente no lo sabían.

—¿Tenía amigos? —preguntó Sutter.

—Él era su mejor amigo —dijo Clairette, señalando a Jakobi.

Sutter lo contempló con aire pensativo, sin dejar de pasear por la habitación. Tal

vez no fuera más que una táctica para poner nerviosos a los demás o quizás examinaba el despacho en busca de indicios. Sutter era un viejo zorro; antes había trabajado en Lucerna, era el hombre que había resuelto el caso Bluebird, la historia de un prestidigitador que acusó a la CIA de haber abusado de su hermana enferma internada en una clínica y de haberla asesinado. Sutter intentó convencerlo de que sólo se trataba de imaginaciones suyas y hasta más adelante no descubrió que la inverosímil historia de Ben Truger, el maestro ilusionista, era cierta, y que sus conjeturas estaban equivocadas. Se avergonzaba de ello todavía y hubiera dado cualquier cosa por volver a encontrarse con Ben Truger, pero el club nocturno Black Penny de Lucerna jamás volvió a contratarlo. Las agencias de artistas tampoco pudieron ayudarle. Era como si Ben Truger hubiera llevado a cabo su último truco: desaparecer sin dejar rastro. Y Sutter sabía que para Ben hubiera sido importante volver a encontrarse con el comisario para alcanzar la paz interior. No podía devolverle a su hermana, pero al menos quería devolverle un poco de autoestima y la certeza de que no estaba loco. A raíz de aquello Sutter había cambiado, se había vuelto sumamente reservado; tras la muerte de su mujer había pedido el traslado a Basilea, su ciudad natal, donde alguna vez se había sentido como en casa. Pero de todo aquello que recordaba con tanto placer en Lucerna no quedaba nada, y quizás hubiera sido mejor quedarse junto al lago Vierwaldstätter.

—¿Así que usted era su mejor amigo? —gruñó Sutter.

—Pasaba cada minuto libre en su compañía, a veces casi sentía celos —dijo Clairette.

El doctor Schultheiss asintió, mudo, como si sintiera compasión por alguien que ha perdido a su mejor amigo.

—Sí —dijo Jakobi—, Kop era mi único amigo.

Sutter sacó una pequeña agenda del bolsillo y se la mostró a Jakobi.

—¿La reconoce?

—¿Es la agenda de Kop?

El policía asintió y la abrió por las últimas páginas, donde figuraban numerosas marcas de coches: Mercedes-Benz, Jaguar, Volkswagen, Citroën, Audi 100, Saab Turbo. Detrás de los nombres había señales, como las utilizadas en el juego de cartas para contar los puntos, y números de tres cifras que no eran números de teléfono. Ésos eran de seis cifras.

—¿Qué relación tenía Kop con el ramo de los automóviles? —preguntó Sutter.

Con una sonrisa tímida Jakobi leyó los nombres y los números con expresión apenada.

—Kop adoraba la estadística. Llevaba la cuenta de todos sus amoríos. Y cada vez que se... bueno, ya me entiende, con alguna, hacía una marca y repartía puntos. A veces sólo se acostaba con una chica por motivos estadísticos.

Sutter asintió con la cabeza; hubiera sonreído para sí, pero se limitó a asentir. Quería acabar con su tarea y volver a casa, quedarse tranquilo, así que hizo las

preguntas rutinarias.

—Las marcas de los coches se refieren a los que conducían esas señoras...

—No, no exactamente...

Sutter volvió a asentir, por fin había comprendido la estadística de Kop. No obstante, Jakobi pensó que a lo mejor un loco por los coches como Kop usaba las marcas de los coches de sus amigas como código. Quería evitar que Sutter se pusiera en contacto con las relaciones casuales de Kop, sin embargo, porque en su agenda también figuraba un Austin-Healy, y ésa era la marca del coche de Charlotte.

—Kop no tenía una novia formal. Trababa relación con sus amiguitas en los bares y después las llevaba al bosque en el coche. A veces no las volvía a ver; le gustaban los escenarios extravagantes, las situaciones excitantes. No mantenía relaciones estables y ésa fue la causa del fracaso de su matrimonio. Amaba a todas las mujeres un poco, pero nunca lo suficiente.

—¿Cree que la muerte de Kop está relacionada con eso?

—No —contestó Jakobi, con la secreta esperanza de que Sutter supusiera lo contrario. A fin de cuentas, su descripción de las aficiones de Kop había sido intencionada.

—¿Y usted, señor Jakobi, nunca se peleaba con su amigo?

—Kop era una persona alegre, sencilla y bondadosa. Le caía bien a todo el mundo.

Jakobi estaba convencido de que Sutter abandonaría la habitación sin él y de que el asesinato de Kop jamás se esclarecería. La conversación se desarrollaba de un modo agradable y por eso la última pregunta de Sutter lo pilló desprevenido.

—¿Dónde estaba ayer por la tarde, entre las cinco y las siete?

—Estábamos en casa.

Jakobi miró fijamente a Clairette, porque había sido ella quien había respondido. Sutter también parecía sorprendido.

—Por pura formalidad, debo preguntarle si tiene testigos.

—Espero que no —dijo Clairette con una sonrisa encantadora—, estábamos en la cama.

El doctor Schultheiss fingió no oír la respuesta de Clairette y se rascó la nuca con aire pensativo. Jakobi evitó mirarla; su tono decidido lo había asustado. Ya no quedaba nada de la madre sacrificada que se había dedicado al cuidado de un niño mortalmente enfermo durante cuatro años; se había vuelto más fuerte que nunca. Jakobi barruntó por qué Clairette lo protegía. Lo consideraba necesario porque suponía que Jakobi en el asesino, pero no comprendía por qué. No podía saber que el día anterior había estado en la gravera, a no ser que ella hubiese tomado las fotos, pero en tal caso, Clairette era Lucas y eso le parecía imposible. Ella nunca hubiese pasado por encima de un cadáver para alcanzar su objetivo. Volvió a sentirse tan fascinado por aquella mujer como la primera vez, cuando se habían encontrado en la estación de ferrocarril. Quiso volver a pertenecerle.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber, señor comisario? —preguntó Clairette.

Sutter se lo agradeció pero rechazó la oferta con una mirada burlona: no se dejaría enredar con tanta facilidad. Sabía que los sospechosos sentían la necesidad de ofrecerle una silla, una copa, incluso un almuerzo, y no se dejó engatusar. Clairette lo había evaluado correctamente: antes era la clase de persona que acepta una copa para ahorrar un poco, un tacaño con alma de tendero, pero desde el asunto Bluebird y la muerte de su mujer había cambiado. Él mismo se daba cuenta; sufría por ello pero no osaba averiguar el motivo. Había demasiadas cosas que, a su edad, ya no tenían remedio, y era incapaz de seguir haciéndose preguntas.

—¿Kop tenía problemas económicos?

—En varias ocasiones me pidió que le aumentara el sueldo, pero eso no significa nada necesariamente.

Sutter la miró escéptico; desconfiaba de todos. En el fondo, las personas que lo rodeaban le desagradaban. Formuló sus preguntas en tono gangoso, casi gruñón, sin dejar de recorrer la habitación como un tigre inquieto, como la insatisfacción personificada.

—¿También le pidió dinero a usted, señor Jakobi?

Sutter notó que Jakobi sudaba, que sudaba como alguien que tiene miedo de perder pie. Y además sonreía, al igual que Sutter cuando estaba sentado en su casa por las noches, intentando ahuyentar ideas y fantasmas hasta que por fin caía víctima de ellos y huía a la calle en busca de lo mismo que buscaban millones de personas cuando se arrastraban junto a las fachadas de las casas como lobos hambrientos hasta que el cansancio los vencía y lograban dormir.

—Quería comprarse un yate y en cierta ocasión me preguntó si podía prestarle dinero. No podía. Más adelante mencionó un asunto, nada específico; dijo que era un asunto importante.

Jakobi se detuvo. Sutter asintió con la cabeza y se dirigió al doctor Schultheiss.

—¿Qué puede decirme de Kop?

Éste parecía sorprendido y tartamudeó.

—No lo conocía íntimamente. Y en la empresa, bien, cómo se lo explico...

—Le caía mal —murmuró Sutter malhumorado.

Schultheiss volvió a rascarse la nuca.

—Teníamos puntos de vista distintos. Los consejos del señor Kop eran... no sé cómo expresarlo, un poco osados...

—Más agresivos... —añadió Sutter.

—Sí, más agresivos, pero debo destacar que el señor Kop no cometió ningún error en la empresa. Desconozco sus actividades privadas, debería preguntarle al señor Jakobi al respecto.

El comisario se detuvo justo debajo del retrato como si fuera el enviado del viejo Leutwyler. Antes de hacer la siguiente pregunta, clavó la mirada en Jakobi.

—¿Sabía que hace un par de días Kop compró un arma?

—Sí —respondió. Le hubiese gustado añadir algo, pero sabía que Sutter lo exhortaría a que lo hiciera y quiso simular que lo obligaba a hablar, porque entonces mentir iba a resultarle más sencillo.

—¿Por qué compró un arma?

Jakobi vaciló adrede y bajó la cabeza hasta que notó que el otro lo miraba y, al oír sus pasos que se aproximaban, levantó la vista.

—No lo sé. Tenía relación con ese yate. En algún momento dijo que necesitaba dinero con urgencia, porque alguien quería echarle una bronca, y también conoció a otra mujer.

Jakobi calló. Sutter lo instó a seguir hablando con un gesto impaciente.

—Bueno, ella nunca quería hacerlo en la cama. Kop tenía que dar vueltas con el coche hasta encontrar un lugar que la excitara, como los aparcamientos y cosas así. Pero en realidad no sé si la mujer tenía algo que ver con el yate y toda esa historia. En todo caso, Kop se sentía amenazado.

—¿Qué temía? Usted era su amigo, ¿no?

—No lo sé. Nunca me lo dijo. Lo intuí, y punto. Además, jamás reconoció que tuviera miedo de algo: si usted lo hubiera conocido, lo comprendería. Siempre contaba historias aderezadas con todo tipo de indicios que dejaban muchas preguntas sin responder. Nunca fue una persona muy veraz. Kop siempre decía que la verdad era para quienes carecen de fantasía. A lo mejor todas esas historias de mujeres también eran un invento.

El comisario sacudió la cabeza y agarró la agenda de Kop. Jakobi se sentía satisfecho.

Después quiso ver el despacho de Kop, quizá ya había esbozado una primera teoría. Un hombre que vive a lo grande, necesita dinero, monta un negocio dudoso que se le va de las manos... se mete en apuros, se siente amenazado, compra un arma, se encuentra con un desconocido armado y muere de un disparo...

Sutter abrió los cajones de Kop y echó un vistazo a todos los documentos. La revista de armas despertó su interés. En ella había un anuncio marcado con rotulador amarillo fosforescente: el nuevo fusil automático G11 de la empresa Heckler & Koch GmbH, un sensacional sucesor del Nato-Typs G3 y de las ametralladoras Uzi. Sensacional porque con el G11 se podía disparar munición sin cartucho, de la que después del disparo no quedaba ni rastro. Pese al pequeño calibre, de sólo 4,7 milímetros, los proyectiles eran capaces de perforar cascos de acero como si fueran de mantequilla a una distancia de 600 metros. Pero lo que llamó la atención de Sutter no fueron tales innovaciones técnicas sino el hecho de que algunos datos estuvieran marcados con rotulador amarillo fosforescente.

Jakobi sabía perfectamente que a Kop jamás le había interesado aquel fusil y que nunca usaba rotulador amarillo, sin embargo había uno encima de su escritorio. Jakobi miró de reojo a su mujer, que le devolvió la mirada con aprobación: Jakobi estaba convencido de que ella había marcado los anuncios. Volvían a entenderse

como en los viejos tiempos en los que las miradas bastaban para comunicar los pensamientos más íntimos. Ya no le molestaba que ella se hubiera inmiscuido, ya no tenía miedo de que lo echara todo a perder. Su presencia era demasiado dominante y con ella Jakobi volvía a sentirse seguro. Luego, la rapidez con la que cobró forma la teoría acerca de los oscuros negocios de Kop lo dejó atónito: Kop, el traficante de armas.

Sutter quiso quedarse a solas en el despacho de Kop. Ya no tenía más preguntas que plantear; de momento, como especificó.

Capítulo 19

JAKOBI entró en la floristería de enfrente. Quería comprarle una flor de loto a Clairette. La florista lo atendió con más simpatía que nunca, ayudada por su hija pequeña. Hasta el día anterior, sentado ante la ventana con sus abrigadas pantuflas, Jakobi había pensado en ella. Deseaba estar a su lado, convertirse en un buen padre para la pequeña y pasar las navidades normalmente, como todo el mundo. Pero aquel deseo se había desvanecido. Clairette lo había llevado de vuelta a la tenebrosa sima de su hogar. En cierto sentido se lo debía a Lucas. Pagó las flores y abandonó apresuradamente la tienda.

Encima de la mesa del comedor había un florero vacío. Jakobi puso la flor de loto en él, bajo la atenta mirada de Clairette: era como si hubiera sabido que le traería flores. La mesa estaba puesta para dos y ella le tendió el sacacorchos; había dispuesto dos botellas de Grand Corbin.

—¿Por qué me has proporcionado una coartada? —preguntó, descorchando la botella.

—¿Es que no la necesitabas?

Jakobi llenó su copa hasta la mitad e hizo girar el vino para que el tanino se combinara con la acidez.

—¿Así que me tomas por el asesino de Kop? —preguntó sin mirar a Clairette. Alzó la copa y aspiró el aroma a madera de almendro y frambuesas. Aunque el vino no había sido decantado, era de una excelente calidad y Jakobi vació la copa de un trago.

—Te amo, Marcel, hayas hecho lo que hayas hecho.

Jakobi llenó las dos copas, ella encendió una vela y apagó la lámpara cenital. Ambos tomaron asiento.

—¿Recuerdas a Grauwiler, el fabricante de salchichas?

—Vaciaste su cuenta —sonrió Clairette. Durante una fracción de segundo Jakobi se irritó, pero después prevaleció la sensación de conjura, de certeza. Vencería a Lucas con ayuda de Clairette; brindaron.

»Hace mucho que lo sé, Marcel; en aquel entonces no le dije nada a mi padre, ya estaba muy enfermo. No quería que entraras en la empresa, te consideraba un inútil y no quise que acabara por tener razón. Siempre te he amado.

—Estoy siendo extorsionado por un tal Lucas. En aquel tiempo, «Lucas» era el código de la cuenta. Ya he ido a Ginebra, a visitar al hijo de Grauwiler. Él también se llama Lucas, pero no es él. Y Kop...

Jakobi se interrumpió. Clairette se puso de pie y le tendió la mano. Jakobi la atrajo hacia sí.

—Tampoco era Kop. Lo... lo asesinó.

Ambos se abrazaron con fuerza.

—Por fin... —suspiró Clairette.

A la mañana siguiente, Jakobi estaba sentado al escritorio de Kop, que ahora era el suyo. Sacó la pipa de su amigo del cajón y la llenó con el tabaco inglés preferido de éste; la encendió. Lo echaba de menos, incluso añoraba sus estúpidos dichos. A lo mejor el comisario Sutter ya sospechaba que quería comprar un yate para el contrabando de armas. Estaba seguro de que el cuento hubiera divertido a Kop. Lo que lo desconcertaba era que la noche anterior Clairette no hubiera mencionado el interrogatorio. Ni siquiera le había preguntado si había sido ella quien había subrayado los párrafos de la revista de armas. Lo único importante era su renovada pasión; Jakobi deseó que llegara la noche para volver a estar con ella.

El teléfono sonó y descolgó el auricular.

—Jakobi.

—Soy Lucas.

—¿Qué quiere?

—Vuelve a ser libre, Marcel Jakobi. Ya ha sufrido bastante.

—¿Y por qué así, de repente? —Pero Lucas había colgado y no comprendió por qué de pronto ya no quería dinero. Podría haberle pedido un millón. Jakobi fue al despacho de Clairette: estaba vacío y nadie sabía dónde estaba.

Jakobi visitó la tumba de Lucien. Quería compartir su alegría con alguien. Lucas había desaparecido de su vida, el horror había pasado como una tormenta que ha causado grandes estragos. Una corona reposaba en la tumba y en la cinta ponía: LUCAS. Jakobi la arrojó a un lado. La habría depositado allí ayer. Aún ignoraba el motivo que lo había impulsado a abandonar su campaña de terror, y Lucien tampoco podía decírselo.

Jakobi regresó a la oficina en busca de Clairette. Charlotte quiso darle un mensaje del señor Bryan, pero Jakobi no conocía a ningún señor Bryan. Entró al despacho de Clairette, que estaba de pie junto a la ventana. Se había comprado un vestido nuevo y la sonrisa de su marido le dijo que la encontraba muy guapa.

Jakobi se arrojó en sus brazos con la sensación de que ella ya lo sabía todo, pero no obstante se lo contó: Lucas había desaparecido de su vida. Ambos se abrazaron y sus labios buscaron los labios del otro.

El teléfono sonó. Clairette lo dejó sonar; poco después, alguien llamó a la puerta: era el doctor Schultheiss, que había hecho frente a la nueva situación.

—Disculpe, doctora Jakobi, hemos de celebrar una reunión en mi despacho. El cliente ya ha llegado.

—Encárguese de ello, doctor Schultheiss, mi marido y yo necesitamos unas vacaciones. En caso de urgencia, podrá encontrarnos en...

Clairette y Jakobi intercambiaron una mirada breve.

—... en el hotel La Rochette —terminó Jakobi.

Clairette era feliz, estaba radiante. La nueva situación disgustaba profundamente a Schultheiss.

—¿Se va de vacaciones? —preguntó, incrédulo—. ¿Ahora mismo?

—Ahora mismo —contestó Clairette.

Capítulo 20

UN coche deportivo rojo recorría el sinuoso puerto Des Rangiers. Al llegar al paso entre las montañas, Clairette tuvo que reducir la velocidad para rodear el pedestal del monumento al soldado instalado en medio de la carretera. El pedestal no sostenía nada. Unos separatistas habían dinamitado a Big Fritz y el coloso de piedra de varios metros de altura yacía en el carril contrario; aún aferraba el rifle con la mano.

En Courgenay se alojaron en una hostería, la misma en la que antaño cantaba Gilberte de Courgenay. De la pared revestida de madera colgaba todavía el retrato del general Guisan. Sólo la máquina de café automática de la barra indicaba que, desde la Segunda Guerra Mundial, había tenido lugar una revolución tecnológica. Clairette y Jakobi se sentaron junto a la ventana. El cristal estaba completamente empañado; el árido panorama dormía su sueño invernal. Un águila ratonera estaba posada en un árbol, oteando en busca de su desayuno, pero nada se movía entre los helados terrones de los campos. Todo estaba congelado, al igual que el águila ratonera posada en la rama desnuda.

—¿Lo recuerdas? —preguntó Jakobi, y tomó la mano de Clairette.

—Pedí un desayuno inglés.

—Y yo una pequeña botella de Fleur-du-Rhône, el peor vino blanco que jamás haya bebido.

—Era un lunes, hace exactamente cinco años.

La camarera les trajo el menú; ya eran las once y Clairette y Jakobi negaron con la cabeza, sonriendo.

—Dos desayunos ingleses —dijo Clairette.

—Y una botella de ese repugnante Fleur-du-Rhône —añadió Jakobi.

La camarera frunció la nariz y le gritó el pedido en francés al ayudante de cocina, que estaba detrás de la barra secando copas. Los suizos alemanes no eran bienvenidos. Si a alguno se le ocurría instalarse allí, de noche los habitantes del lugar le llenaban el jardín de maletas viejas. Si no captaba la indirecta, un par de muchachos prendían fuego a las maletas. Clairette había nacido en aquella región; Basilea la había convertido en una persona liberal y abierta al mundo, pero nunca se había deshecho del todo del puerto Des Rangiers.

El aparcamiento del hotel-restaurante La Rochette estaba desierto. Era como si las rocas hubieran abrazado la vieja hostería con fuerza aún mayor. La rama de una vid se había encaramado hasta las ventanas superiores. Clairette y Jakobi entraron en el edificio, bastante venido a menos; el dueño seguía de pie detrás de la recepción, como cinco años antes. Tenía las sienes canosas. Alzó la vista un tanto desconcertado, como si ya no esperara ningún huésped.

—¿Desean comer algo?

—Queremos una habitación.

—¿Para una noche?

Clairette besó a Jakobi en la boca.

—Tal vez para unos días —contestó.

El empapelado de la habitación estaba muy amarillento y en los bordes y las esquinas se había despegado de la pared. Clairette arrojó el abrigo en la cama y atrajo a Jakobi hacia sí. Él le acarició el pelo mientras ella le desabotonaba la camisa. Un tren recorrió la quebrada e hizo temblar el edificio.

Solían tomar el desayuno en la cama alrededor de mediodía. Por la tarde daban largos paseos por los alrededores. El invierno empezaba a emprender la retirada; la nieve de los tejados se había derretido. A mediodía, los rayos del sol de febrero iluminaban la habitación y los despertaban con suavidad. Todavía medio dormidos, buscaban el cuerpo del otro y se amaban.

A veces les parecía oír coches que se detenían ante el hotel. ¿Estarían poniendo las mesas en el jardín? ¿Dónde estaba el padre de Clairette? Lucien nunca había nacido. Lucas no había enviado ninguna postal. El tiempo podía detenerse e incluso si un día demolían el hotel para ampliar la autopista, Jakobi y Clairette permanecerían en aquella habitación acariciándose y aferrándose al instante por toda la eternidad.

El amor la había dejado satisfecha y Clairette, exhausta, permaneció tendida de espaldas disfrutando de los rayos del sol que le acariciaban el rostro como manos tibias. Jakobi se había vuelto a dormir y sonreía en sueños, con la mano apoyada en el muslo de ella. Observó cómo su miembro húmedo caía de lado y se encogía, y se acurrucó junto a su cuerpo. Alguien llamó a la puerta una vez, y después volvió a llamar. Clairette se puso la camisa de Jakobi que colgaba del cabecero y entreabrió la puerta: rosas negras y, detrás, la cara avergonzada del dueño, que sostenía una botella de Pol Roger en la mano.

—Me han pedido que le trajera esto... —dijo en un susurro.

Clairette aceptó las rosas y el champán, le dio las gracias y cerró la puerta. Le encantaban las rosas negras. Sacó el cubo que estaba debajo de la mesa junto a la ventana y lo llenó de agua fría, después metió en él las rosas y el Pol Roger. «Siempre debería ser así», pensó y, agradecida, besó a Jakobi en la frente. No quería despertarlo, quería acostarse y dormir un poco más. Volvió a la ventana y arregló el ramo. Sólo entonces vio la tarjetita colgada de uno de los tallos. Y tuvo que admitir que no era Jakobi quien le enviaba las flores y el champán sino Lucas. «Lucas os manda saludos», ponía en la tarjeta.

Clairette no comprendía nada, porque ella había sido Lucas y ya todo había acabado. Era imposible que Jakobi le estuviera gastando una broma. Habían recuperado su amor y él no lo arriesgaría con tanta ligereza.

«Cariño, vuelvo enseguida. Te amo», escribió apresuradamente en una servilleta blanca de papel, y la dejó delante del cubo. Escribir esas palabras le dolió porque

temía que todo hubiese acabado. Abandonó la habitación sin hacer ruido.

Junto a la escalera, detrás de la recepción, había una cabina telefónica de madera. Clairette llamó al doctor Schultheiss; a excepción de Jakobi, era el único que sabía dónde estaban. Schultheiss la atendió con mucha cortesía y Clairette notó que lamentaba su ausencia. En la empresa todo iba como de costumbre; Schultheiss insinuó que necesitaba ayuda, porque a fin de cuentas sólo quedaban él y Charlotte.

—¿Le ha dado la dirección de nuestro hotel a alguien? —preguntó.

—Sí —respondió Schultheiss, sorprendido—. Llamó ese señor Lucas y dijo que quería darle una buena noticia. ¿Se ha puesto en contacto con usted?

—Sí, en efecto.

—Espero haber hecho lo correcto al darle su dirección. Creía que el señor Lucas era un íntimo amigo suyo. Ayer, cuando visité la tumba de su hijo había una corona del señor Lucas. Ponía su nombre en la cinta.

—Gracias, doctor Schultheiss.

—¿Puedo preguntarle cuándo regresará?

—Le ruego que mañana acuda a la notaría de Petitpierre, en Porrentruy. Recibirá plenos poderes que le permitirán vender la empresa.

El doctor Schultheiss calló, consternado. Le dolía que Clairette se deshiciera de todo aquello que él y el padre de ella habían creado con tanto esfuerzo.

Sobre todo en aquellos momentos, con Kop muerto y Jakobi derrocado, le hubiera gustado seguir trabajando junto a Clairette algunos años más. Para él, era la mujer con la cual nunca se había encontrado de joven, por desgracia. Respetaba su decisión, no tenía fuerzas para hacerle preguntas, se sentía traicionado y engañado.

—Yo me haré cargo de la empresa, si no le parece mal, doctora Jakobi.

La empresa era su vida, y quería conservarla.

—Bien, doctor Schultheiss. Le ruego que acuda a la notaría de Petitpierre a las dos. Llegaremos a un acuerdo, se lo prometo.

Tras esta conversación, Clairette se sintió aún peor. Le tenía aprecio a Schultheiss, pero no le quedaba opción. Tras acordar la cita del día siguiente con Petitpierre, fue en coche a Yverdon y enfiló la autopista de Ginebra. Jakobi le había hablado de su visita a Lucas Grauwiler. Sólo podía ser él. También podía ser Schultheiss, pero Clairette era incapaz de imaginarse a Lucas con pajarita. Sólo un cerdo osaba depositar una señal terrorífica en la tumba de Lucien. Ella también lo había hecho durante el entierro. Pero no para destruir a nadie, sino para recuperar el amor de Jakobi.

Capítulo 21

EN el jardín de Grauwiler la nieve se había derretido casi por completo. En una zona de sombra, detrás del garaje, aún quedaba un montoncito coronado por un nabo. Era de suponer que hacía semanas alguien había esculpido un muñeco de nieve. Estaba casi derretido y pronto sólo quedaría el nabo tirado en el suelo.

El ama de llaves de Lucas se marchó de la casa a las tres. Llevaba dos grandes bolsas de la compra. Cerró la puerta sin ver el coche deportivo rojo aparcado en la acera de enfrente. Cuando se hubo alejado cien metros de la casa, Clairette se apeó del vehículo.

Entró en la casa por el garaje abierto. La escalera del sótano conducía directamente al vestíbulo. Se detuvo delante de la puerta de madera; recordaba la descripción de Jakobi y entró a la habitación de juegos con paso decidido. Dos trenes salieron del túnel, uno junto al otro: por lo visto, Lucas celebraba una carrera.

Uno de los trenes se detuvo de golpe y el otro atravesó el cruce.

—¿Lucas? —gritó Clairette.

—¿Quién es usted?

Sólo entonces vio ella la silueta en la galería.

—¿Fue usted quien depositó la corona en la tumba de mi hijo?

Lucas soltó una carcajada.

—Sí. Yo soy Lucas.

Clairette estaba furiosa, le hubiera gustado pegarle una patada a la locomotora que pasaba junto a sus pies.

—Yo era Lucas, pero ahora el juego se ha acabado. He perdonado a Marcel Jakobi —dijo Clairette muy seria.

—Mis respetos. —Lucas rió—. Logró volverlo bastante loco a su Jakobi. Su juego me gustó y ahora seguiré jugando.

—¿Cuánto quiere?

—Sólo quiero un poco de diversión. La visita que me hizo Jakobi aquí, en Ginebra, me dio la idea. Yo también quise jugar a ser Lucas. Más tarde, cuando lo llamé por teléfono, estaba bastante desesperado. Incluso me preguntó para qué había matado a Kop, aunque yo tampoco lo sabía. ¿Quiere decírmelo usted, Lucas?

—Ya no soy Lucas. El juego ha terminado.

—No, todavía no, sólo hemos repartido las cartas y Jakobi no tiene ni un solo as. Él es el asesino, eso es mérito suyo. Usted sabía que no disponía de ciento cincuenta mil francos.

—Le ofrezco un cuarto de millón por poner fin al juego.

Lucas soltó una carcajada. La conversación lo divertía.

—Para eso es demasiado tarde, lamentablemente. He llamado a Jakobi hace media hora y le he recomendado que acuda a la gruta de las estalagmitas. Él cree que se encontrará con Lucas.

—¿Qué se propone? —preguntó Clairette; estaba preocupada.

—Vuelva y busque a su Jakobi. Usted es la única que puede salvarlo.

—No puedo —gritó Clairette—, si espera a Lucas en la gruta no puedo ir.

—Tiene que hacerlo —replicó Lucas en tono seco—. Si lo ama, debe ir pese a todo. ¿A que he ideado algo bonito?

Pero también Clairette tenía algo planeado y, mientras Lucas bajaba de la galería, abrió el bolso.

—¿Lucas?

—¿Sí? —Se detuvo y le lanzó una mirada interrogativa.

—No debería haber hecho eso de la corona. Luden era mi hijo.

Sólo tras una caminata de varias horas Jakobi alcanzó la colina rocosa situada al oeste y, por primera vez, vio la cima de la Tour de Milandre que surgía del bosque, entre la bruma. Allí abajo tenía que estar la entrada a la gruta; Jakobi reconoció el gran saliente de roca detrás de la hilera de árboles deshojados. Dos horas antes, cuando lo había llamado al hotel, Lucas había descrito el lugar con bastante precisión. Jakobi hubiera preferido comentarlo con Clairette, pero no estaba y no podía esperar más. El dueño del hotel le diría que había ido a visitar las grutas.

Jakobi iluminó la entrada a las cuevas con la linterna y echó una última mirada a los campos yermos que se perdían en la bruma. No había ni una sola casa en varios kilómetros a la redonda, no se oía el rugido de los motores de los coches, no se veían animales ni seres humanos. Se colgó una segunda linterna del cinturón del abrigo; sostenía la otra en la mano izquierda. Proyectaba un haz del tamaño de un plato de sopa hacia las profundidades de la gruta, revelando los contornos de los peldaños excavados en la roca. Se aferró al pasamano de hierro; que estuviera allí le infundía confianza, porque implicaba que en algún momento alguien había visitado el lugar. Apoyó un pie en el primer peldaño y descendió a la sima tenebrosa. La escalera parecía no tener fin, las paredes se estrechaban cada vez más y los haces de luz de ambas linternas iluminaban aquel extraño y mágico mundo subterráneo.

Al cabo de media hora llegó a la llamada «cúpula» de la gruta de estalagmitas, una extravagante «sala» desde cuyo suelo las estalagmitas se elevaban hacia la cúpula; parecían gnomos de mundos remotos. Las inmensas estalagmitas se habían formado, gota a gota, a lo largo de 250 000 años. Ya casi rozaban las estalactitas que colgaban del techo como misiles Pershing. La temperatura, de unos ocho grados, resultaba muy agradable. Jakobi sintió un cosquilleo en la nariz y, mucho después, el eco repitió el ruido del estornudo. Por el tiempo transcurrido entre el estornudo y el eco dedujo que aquel universo subterráneo era enorme.

De repente llegó al final del pasamanos, cuyo último tramo faltaba, como si los obreros hubieran abandonado la tarea: como si la gruta hubiera acabado con ellos

convirtiéndolos en columnas de hielo gota a gota. Entonces vio una cuerda fijada a la pared, se aproximó y se aferró a ella, tratando de iluminar el extremo con la linterna. La cuerda se extendía a lo largo de un pasadizo muy estrecho hasta una pequeña galería superior, en cuyo extremo había un arco. A los pies del pasadizo ligeramente empinado se extendía un pequeño lago, a más de cien metros de profundidad bajo el saliente exterior que daba a la gruta. Jakobi subió agarrándose a la cuerda hasta la pequeña galería. Desde ahí la «cúpula» resultaba todavía más impresionante, un fantasmagórico laberinto de esculturas de hielo, pasadizos y huecos. Agarró el extremo de la cuerda, iluminó el suelo y después el arco que conducía a una parte más profunda de la gruta, que los habitantes del lugar denominaban «el salón de baile». En cuanto soltó la cuerda perdió pie. La linterna salió volando y Jakobi se deslizó hacia el «salón de baile» a gran velocidad. Logró proteger la linterna colgada del cinturón con una mano y estiró la otra tratando de encontrar otra cuerda de la que agarrarse. Pero las paredes eran completamente lisas, a excepción de una roca puntiaguda que sobresalía como una monstruosa nariz y que le desgarró el antebrazo. Siguió patinando por la congelada pista de baile y sólo entonces oyó el eco del grito que había soltado al resbalar. Trató de pegar las rodillas al pecho para proteger la linterna, pero se golpeó contra una columna de hielo en el extremo del «salón de baile» y al apartarse se golpeó la cabeza con algo duro y perdió el conocimiento. La linterna se rompió y se apagó.

Cuando el ama de llaves de Lucas regresó a casa al final de la tarde tras hacer las compras, el deportivo rojo aparcado en la acera de enfrente ya no estaba. Dejó las bolsas en la cocina y se dirigió al comedor. Había ideado una exquisitez para la cena: escalopines de ternera con alcaparras, acompañados de una salsa de vino blanco y limón. Antes de decidir cuál sería el primer plato, quería consultar con Lucas porque era un poco exigente al respecto. Rollos de queso Cantadou y salmón, una novedad desde cierto punto de vista, pero el ama de llaves estaba convencida de que lograría convertir a Lucas en un *gourmet*. Su cuerpo encogido yacía entre las vías, con el brazo izquierdo dentro el túnel. La alfombra de césped verde que rodeaba el molino estaba empapada en sangre. Lucas estaba muerto.

Capítulo 22

HORAS después, Jakobi recuperó el conocimiento. Se encontraba fatal: le dolía la cabeza, como si un martillo invisible no dejara de golpearlo, estaba muerto de frío y tenía las articulaciones rígidas. Se llevó la mano helada a la cabeza para quitarse la sangre de los ojos, pero lo único que logró fue embadurnarse la cara. Sólo entonces se dio cuenta de que la linterna se había roto y estaba a oscuras. Le costaba mucho pensar. No lograba identificar un sonido repetitivo. ¿Era el martillo que le golpeaba las sienes sin cesar, o era el eco de unos pasos? Aguzó el oído y volvió a oír el ruido que se aproximaba. Quiso levantar la cabeza para ver luz, pero no logró despegarla del suelo de la helada «pista de baile».

—Lucas —suplicó. Si hablaba le dolía la mandíbula. Esperó hasta que el eco se apagó y volvió a llamar a Lucas.

—Marcel.

Jakobi se incorporó, la mano en la que se apoyaba le resbaló y quedó tendido de espaldas, indefenso como un escarabajo, con la vista clavada en la oscuridad. Una gota helada le golpeó la frente y volvió a oír los pasos, más sonoros y decididos. Un rayo de luz iluminó la cúpula de hielo que se curvaba por encima de su cabeza. Las columnas, como carnosaurios congelados, colgaban encima de Jakobi, monstruos anquilosados que, tras 140 millones de años de reinado terrestre, también se habían convertido en piedra. Sus sonrisas mudas y maliciosas parecían querer comunicarle que allí empezaba la eternidad, una eternidad que consistía en permanecer tendido de espaldas contemplando columnas de hielo, sin saber si se desprenderían de la cúpula y se clavarían de punta en su cuerpo.

—Lucas —gritó Jakobi—, ¿qué quiere de mí? Ya lo he confesado todo. No puedo reparar la injusticia que cometí, Lucas. Si no me saca de esta gruta helada estoy perdido. Acérquese, estoy herido, no puedo hacerle daño, estoy en las últimas. La vida me lo ha dado todo, sólo para volvérmelo a quitar. Lo he perdido todo. Acabemos de una vez, Lucas.

Las palabras de Jakobi provocaron múltiples ecos, como si cientos de corredores de Bolsa estuvieran sentados encima de montones de acciones de un metro de altura de las que pretendían deshacerse a grito pelado antes del último desplome bursátil. Hacía rato que Jakobi había tirado la toalla. Permanecía tendido como un perro que le ofrece la garganta al enemigo, con las manos abiertas que, flácidas, reposaban en el resplandeciente suelo de la pista de baile subterránea.

—Te amo, Marcel.

Jakobi percibió el roce de sus cabellos en el rostro, la fragancia de manzanas. Era el ángel vengador que lo abrazaba en el más allá, para quitarle el último hálito de

vida. Pero la voz del ángel era dulce y su aliento le recordó a Clairette. Su cuerpo temblaba, las gotas que le golpeaban la cara eran tibias y saladas, y Clairette apretó la cabeza de Jakobi contra su pecho. Quería dormir, no quería seguir luchando, quería soltarse, entregarse al ángel de la muerte. Y entonces volvió a perder el conocimiento.

Cuando despertó estaba tendido en la habitación del hotel La Rochette. No sabía si habían pasado horas o días. Clairette, sentada en el borde de la cama, le ayudaba a beber café caliente. Llevaba la cabeza vendada y tuvo que esforzarse por mantener los ojos abiertos.

—¿Eres Lucas?

Clairette sonrió con tristeza. Apoyó la taza de café en la mesilla de noche y se acostó a su lado, acariciándole el rostro como si estuviera en trance.

—¿Recuerdas que en cierta ocasión te dije que siempre te amaría?

—¿Eres Lucas?

—Te lo explicaré todo, Marcel. —Clairette se interrumpió, no sabía cómo explicárselo—. Fue idea de Lucas Grauwiler; él quiso que me tomaras por Lucas.

Clairette quería decirle la verdad, pero *no* podía. Lo haría más adelante, tal vez. Pero Marcel quería saberlo enseguida y percibía que ella mentía.

—Tú eres Lucas —dijo en tono cansino. Estaba decepcionado.

—Sólo al principio, has de creerme. Tras la visita del comisario Sutter te concedí la libertad. ¿Lo recuerdas? Todo volvía a ser como antes, pero Lucas Grauwiler prosiguió con el juego. La idea se le ocurrió cuando lo visitaste en Ginebra... — Clairette quería seguir hablando de Lucas Grauwiler sin parar, pero Jakobi se negaba a escucharla. Lo único que le interesaba era Kop.

—Kop era mi único amigo. Lo maté. Por culpa de Lucas. Y Lucas eras tú...

Clairette lo abrazó, Jakobi trató de soltarse.

—Tienes que perdonarme, Marcel, como yo te he perdonado a ti. Fui cruel, pero te amo, Marcel. Te amo.

—Te detesto —dijo, apartándola de un empujón.

Capítulo 23

AL día siguiente Jakobi se encontraba bastante mejor. No habló mucho, trató de entender a Clairette, de comprender por qué le había hecho aquello. No estaba enfadado, le había perdonado, como ella a él.

—¿En qué piensas? —le preguntó ella mientras almorzaban; siempre almorzaban en el hotel.

Él se mantuvo en silencio. Clavó la mirada en el trozo de ternera con alcaparras y rodajas de limón que tenía en el plato. No podía mirarla a los ojos; no estaba enfadado con ella, pero su voz le resultaba insoportable.

—A las dos me reuniré con el doctor Schultheiss y el notario, en Porrentruy. Le venderé mi parte al doctor y después tú y yo nos iremos. —Clairette sirvió más vino tinto, un agradable Côtes-du-Rhône aún impregnado del aroma a tanino que se desvanecía en el paladar con rapidez—. El horror ha acabado, Marcel —susurró Clairette y brindó por él en silencio.

Después le sirvió unas hojas de lechuga en el platito azul de su izquierda. Era como si adivinara cada uno de sus deseos. Jakobi no tenía inconveniente en que le hiciera de madre, como había hecho con Lucien. A lo mejor incluso se quedaba junto a ella, como un niño que decide que jamás aprenderá a caminar.

—Lucas —murmuró Jakobi.

—Lucas Grauwiler está muerto.

—Tú eres Lucas.

Jakobi estaba sentado junto a la ventana de la habitación del hotel, observando fijamente la carretera. A juzgar por el tráfico, era domingo. La gente sacaba a pasear sus coches recién lavados. Sus camisas eran aún más blancas y, los ríos, más sucios. Jakobi le pidió al dueño del hotel que le trajera un Cabernet Sauvignon de dieciocho años a la habitación, un Burdeos noble de intenso aroma a grosella negra. Era incapaz de pensar con claridad sin beber vino. Sabía que el alcohol enturbiaba los sentidos, pero de vez en cuando le parecía que estaba más cerca de la verdad tras descorchar la segunda botella de Burdeos. Amaba a Clairette, pero la fascinación ya no era la misma, se mezclaba con el terror, con el espanto. Admiraba lo que había hecho por él, a decir verdad; pero volver con ella a la casa de su suegro le daba miedo. Siempre había sabido que era capaz de cualquier cosa. Lo había sabido también en aquel entonces, cuando lo había amenazado con amarlo para siempre y le había dicho que su amor jamás se acabaría. Pero se había pasado de la raya, y él también. La muerte ya no significaba nada para ella y por eso tenía miedo. Se sentía herido en las entrañas, le parecía que su vida se colaba como el vino en la alfombra cuando, con un movimiento torpe, derribó la botella del alféizar. Quería pedir otra, el Burdeos más

añejo del sótano. Por fin optó por un Rioja Gran Reserva del mismo año del nacimiento de su hijo Lucien, un tinto de color cereza con un intenso punto violeta. El sabor rústico estaba un tanto encubierto por la leve fragancia de los cítricos.

El dueño le subió la botella y vio la oscura mancha de vino en la alfombra, pero no hizo siquiera ademán de secarla con un trapo. Dejó a Jakobi en paz y abandonó la habitación en silencio.

Jakobi sacó la pipa de Kop del bolsillo de su abrigo y la llenó con el tabaco inglés de su amigo. Nunca se había conformado con la realidad, siempre había querido más, aun cuando supusiera el fin y, en el caso de Clairette, éste había llegado. Había observado cómo cargaba el arma de su padre y abandonaba la habitación. Estaba seguro de que, en ese preciso momento, estaba frente a Sutter en la gruta de estalagmitas. Encendió la pipa, aspiró una profunda bocanada y tomó un sorbo de vino. Hacía rato que había bebido más que suficiente, pero no quería parar, quería seguir bebiendo hasta caer de la silla. Oyó su propia voz sin comprender las palabras; veía los ojos de Clairette y sabía que ya empuñaba el arma. Creyó oír el apagado estampido resonando bajo la cúpula congelada. Creyó notar el aliento de Sutter en los labios, poco antes de que el disparo lo arrojara a la sala congelada, con el cráneo destrozado, entre los gnomos de hielo que lo acogían en el reino subterráneo de la eternidad. Volvió a llenar la copa, tratando de decidir qué tipo de vino pedir. ¿Garnacha? Tal vez no lo hubiera en la bodega de aquella hostería venida a menos. Tal vez un Gamay-noir-Traube. La pipa se había apagado.

La puerta se abrió y Clairette entró en la habitación. Jakobi sabía que acababa de matar a Sutter, con la misma arma con la que él había matado a Kop. No comprendía por qué Clairette había ido tan lejos. Ella cerró la puerta esbozando una sonrisa. Cuando le rozó el hombro con la mano, Jakobi dejó caer la cabeza contra el alféizar. Clairette lo abrazó. Un escalofrío sacudió el cuerpo de Jakobi, como si quisiera desprenderse de un revestimiento. Clairette trató de decirle que no había ido a la gruta ni matado a Sutter, que todo estaba en orden: el doctor Schultheiss se había hecho cargo de la empresa y vendería la casa en un par de semanas. Irían en coche a Basilea, donde tomarían el tren al aeropuerto de Kloten. Jakobi estaba borracho, ya no distinguía la realidad.

Capítulo 24

CUANDO el tren entró en la estación central de Basilea, hacía rato que Jakobi había tomado una decisión. Tomaría un taxi hasta el aeropuerto de Basilea-Mulhouse y allí montaría en el primer avión que lo llevara a algún país remoto. En todo el mundo había estaciones de ferrocarril donde trabajar. Quería quedarse a solas con su asesinato y sus secretos, pero no logró hablar de ello con Clairette en todo el trayecto. Pensó en Lucien, en Charlotte y en la florista. ¿Por qué nunca se había encontrado con una mujer normal con la cual fundar una familia normal...? La florista. A lo mejor debería haberle hablado, pero ya era demasiado tarde. Celebraría las navidades sin él. Quizá pensara en él de vez en cuando. Le hubiera gustado volver a verla pero hacía rato que el tren se había detenido en la estación de Basilea.

Jakobi y Clairette bajaron al andén. Él quiso decírselo pero ella esquivó su mirada. No quería oírlo.

—No puedo seguir viviendo contigo, Clairette.

Los rasgos de Clairette se tensaron, se aferró de su brazo, estaba indefensa. No era la mujer fuerte que le servía la ensalada en el plato azul a mediodía. Jakobi no quería regresar a casa con ella.

—¿Sabes lo que acabas de decir?

—Te dejo, Clairette, para siempre. Tomaré el próximo avión que despegue de Basilea-Mulhouse, tú puedes ir al aeropuerto de Zúrich-Kloten.

Los ojos de Clairette brillaban, se aferraba a su brazo con ambas manos.

—Necesitas dormir, Marcel, vamos a casa, por favor, vamos a dormir.

Se zafó con un movimiento brusco. La temía, le infundía pánico. Hubiera preferido echar a correr. No quería entrar en casa con ella, no quería oír el ruido de la llave en la cerradura. No quería verla con su camisón blanco metiéndose en la cama con él y acurrucándose a su lado, aquel ángel de la muerte que había acabado con todo para arrojarse al infierno con él, a solas. Sus alas estaban manchadas de sangre.

—Adiós, Lucas.

Jakobi volvió a soltarse por segunda vez y se abrió paso a toda prisa entre la multitud. Recorrió el andén, quería alcanzar el pasaje subterráneo, pasar rápidamente junto a la cantina donde había conocido a Clairette, subir las escaleras a toda prisa hasta la parada de taxis. Y marcharse. Pero delante de la cantina estaba Sutter, el comisario Sutter. Jakobi se irritó. En su borrachera lo había visto en la gruta de las estalagmitas, pero lo que lo desconcertaba no era eso. ¿Qué hacía allí? Parecía estar esperándolos. Jakobi se detuvo y Clairette volvió a agarrarlo del brazo. Ella también lo había visto.

—Si la policía descubre algo, yo cargaré con el asesinato. ¿Me oyes, Marcel? Iré

a la cárcel por ti. Soy más fuerte que tú, Marcel, pero quédate a mi lado, Marcel, quédate a mi lado.

Sutter se aproximó lentamente y se detuvo.

—Buenos días, señor comisario.

Clairette quiso pasar por su lado, pero Sutter negó con la cabeza.

—Estaba esperándolos —dijo en voz baja y tono compasivo, como si lo lamentara.

—¿A nosotros? —dijo Clairette con una sonrisa encantadora. Interpretaba su papel a la perfección.

Sutter señaló hacia el interior de la cantina. El penetrante olor a aceite de patatas fritas rancio aún flotaba en el aire como un velo, como si durante los últimos años no lo hubieran cambiado ni una sola vez. Las mismas personas ocupaban las mesas altas y redondas: los viejos empleados del ferrocarril que pasaban sus horas libres después del trabajo, mudos detrás de sus copas de cerveza, con los ceniceros repletos de colillas, como si estuvieran impacientes por empezar el turno siguiente.

El comisario se acercó a la barra y pidió tres tazas de café. Jakobi pidió un coñac. Clairette lo contemplaba con insistencia, quería una respuesta. Ambos sabían que la presencia de Sutter no era casual. Tal vez los habían vigilado durante todo el trayecto. Sutter encendió un cigarrillo sin perderlos de vista. Los observaba como si tratara de comprender. Al parecer, estaba convencido de que no podían escapar; quizás incluso había tomado medidas de precaución. No parecía contento. Hacía mucho que arrestar a sospechosos de un delito no le producía ninguna satisfacción. Cuanto más envejecía, tanto más comprendía los tropiezos humanos. En otra época se alegraba, por él, por sus jefes y por el Estado, su patrón, pero ya... Sutter aspiró el humo del cigarrillo. Necesitaba la nicotina.

—No dispongo de mucho tiempo —murmuró secamente Jakobi.

Sutter arqueó las cejas y sostuvo la mirada del otro, que la esquivó y metió la mano en el bolsillo, nervioso. Sacó la llave de su casa, la contempló con aire distraído y miró de reojo a Clairette. Ella lo miraba con insistencia, suplicante. Volvió a guardar la llave en el bolsillo.

—Tengo una cita —dijo Jakobi en tono áspero e impaciente.

La mirada de Clairette se volvió tenebrosa. Metió la mano lentamente en el bolso sin perder de vista a su marido. Ella también parecía nerviosa. Trató de sonreír, pero le temblaban los labios.

—¿Estás absolutamente seguro de que hoy el señor Bryan tomará un avión? — Jakobi se acercó a ella y le tendió la mano. Ella la tomó y él la atrajo hacia sí y le besó las mejillas. Percibió como su pecho se hinchaba.

—Completamente —respondió él en voz baja, estrechándola aún más. Clairette se aferró a su cuerpo y lo besó en la boca.

—Mi pequeño Marcel —susurró.

Su voz se quebró y Marcel la sostuvo entre sus brazos.

—Nuestro pequeño Lucien —balbuceó, pero su voz también se quebró.

—Nuestro pequeño Lucien —repitió Clairette, abrazando a Jakobi con todas sus fuerzas. Hacía rato que se habían olvidado de Sutter. El comisario contemplaba la escena con aire respetuoso. No quería molestar, sabía que había vencido. Casi avergonzado, agachó la cabeza y aguardó pacientemente a que ambos se separaran, pero no lo hicieron. Unieron sus mejillas arrasadas de lágrimas murmurando palabras que habían sido muy importantes en la vida de ambos.

Clairette apoyó la cabeza en el hombro de Jakobi y cerró los ojos.

—Estás llorando, Clairette —dijo Jakobi, besando sus ojos húmedos y acariciándole el pelo. Ella volvió a abrir los ojos y miró a Sutter, que seguía allí, ante su taza de café, y parecía asentir con la cabeza, comprender. Lo miró directamente a los ojos y, al percibir el repentino espanto reflejado en su rostro, sonrió despectiva: el comisario había visto el arma que empuñaba y retrocedió dos pasos en silencio. Clairette besó los labios de Jakobi y buscó su lengua con desesperación. Le clavó el cañón del arma en el vientre y disparó. Él se encogió y el segundo disparo lo derribó al suelo. Era como si una aguja ardiente acabara de perforarle el cuerpo. El comisario trató de inclinarse sobre el herido pero Clairette se lo impidió. Se tomó la copa de coñac que había pedido Jakobi y, sin tragar, inclinó la cabeza hacia atrás y se metió el cañón de la pistola entre los dientes. Sutter se cubrió la cara con las manos. Jakobi oyó el disparo, pero no vio cómo la cabeza de Clairette estallaba, sólo notó su cuerpo cayéndole sobre el pecho. Pensó en la florista. Nunca la había besado, nunca le había dicho cuánto la amaba y eso le dio rabia. Quiso ponerse de pie y alzar el vuelo, pero su cuerpo permaneció tendido como un pedazo de plomo y, mientras agonizaba, volvió a ver a la florista por última vez. Y la besó en los labios.

Pero no eran los de la florista. Eran los labios de Clairette y los de Lucien.



CLAUDE CUENI (Basilea, Suiza, 13 de enero de 1956). Escribió su primera novela en 1980, y desde entonces, ha publicado más de 40, de géneros que van desde el policíaco al de ficción histórica, pasando por el fantástico, que se han traducido a multitud de idiomas. Ha escrito novelas radiofónicas y obras para teatro. Con sus guiones, se han rodado más de 50 películas, incluidas algunas de sus novelas. Es también conocido por haber fundado una empresa de *software* (*Black Pencil*).

Más rápido que la vista (*Schneller als das Auge*, 1987), *El druida del César* (*Caesars Druiden*, 1998) y *El jugador* (*Das große Spiel*, 2006) han alcanzado un notable éxito internacional. *La cuarta corona* (*Der vierte Kranz*, 1989) ha sido la última en publicarse en español en 2010.